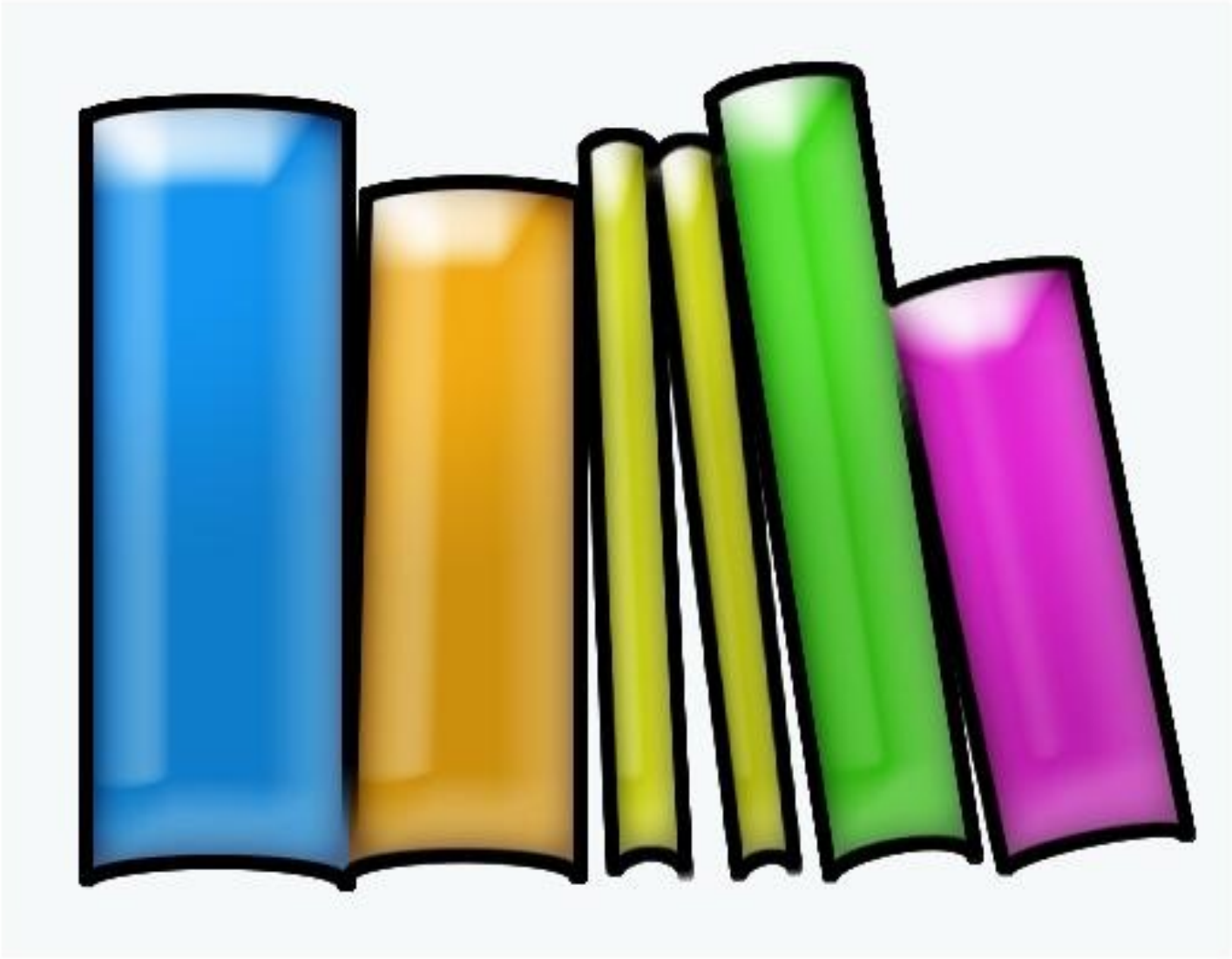
Un dia en la vida de Ivan Denisovich



Solzhenitsyn, Aleksandr

Produced by calibre 0.6.26

Un dia en la vida de Ivan Denisovich

Sobrecubierta

None
Tags: General Interest

ALEXANDR SOLSCHENIZYN
UN DIA EN LA VIDA DE
IVAN DENISOVICH

Alexandr Solzchenitzyn nacio en Rostov en 1919.
Curso estudios superiores en la universidad de Moscu y durante la guerra mundial lucho como artillero, alcanzando el grado de capitán con una brillante hoja de servicios. Al acabar la guerra, se le asignó un puesto de profesor en una escuela de enseñanza media. Un día Solschenizyn escribió una carta a su esposa. Era el año 1945. La carta fue intervenida y el futuro premio Nobel se convirtió en una víctima más de las «purgas» desencadenadas por Stalin. Fue sentenciado a ocho años de trabajos forzados. Por ese tiempo enfermó de cáncer, enfermedad que logró superar. En 1953, cumplida su condena, aún estuvo desterrado cuatro años más en Siberia, basta que en 1957 fue rehabilitado por Kruschev. En la actualidad ejerce de profesor de matemáticas en un colegio de Ryazan.
Sin embargo, aún no han acabado las persecuciones para Alexandr Solschenizyn. A la caída de Kruschev de nuevo fue desacreditado, aunque ahora ya era conocido en todo el mundo como uno de los herederos más genuinos de la gran literatura rusa. Durante su destierro en Siberia había ido preparando un libro: Un día en la vida de Iván Denisovich, que dio la vuelta al mundo. El propio Kruschev no hubiera podido encontrar mejor argumento para utilizarlo contra la brutal represión llevada a cabo por Stalin, así que personalmente urgió la publicación de la obra y durante un cierto tiempo Solschenizyn disfrutó de la protección y el respeto oficial. Siguió publicando: Matryona en el hogar, Por el Dios de la causa, Pabellón de cancerosos -relato de sus experiencias como preso político y enfermo de cáncer-, y El primer Círculo. En 1969 comenzó de nuevo la persecución. Fue expulsado de la Unión de Escritores y obligado a permanecer en silencio. Se le ha querido facilitar la salida del país, pero Solschenizyn se ha negado a abandonar su patria. Como hacía durante su destierro en Siberia, guarda ahora en su memoria breves relatos, apuntes de una realidad que no puede plasmar, pero que se niega a ignorar. Su actitud de dignidad, su actitud de exaltación de la persona humana, resumida en su primera novela, le ha valido ahora el premio Nobel 1970. Más que su obra, se ha premiado su vida, una vida que, como en Un día en la vida de Iván Denisovich, se ha convertido en testimonio orgulloso ante la miseria, el dolor y la injusticia, en un patético canto a esa condición humana pisoteada y ofendida. Hay un episodio en esta novela que resume plenamente el sentido de esa lucha terca del autor: Un preso va a sufrir un duro castigo en la checa; alguien, al salir del barracón, le grita: «¡Manten la cabeza erguida!» Esa clase de terquedad, ese orgullo final, es el último recurso que le queda al humillado, para afirmar, a pesar de todo, su condición de hombre libre, su dignidad.

A las cinco de la mañana, como siempre, resonó el toque de diana: un golpe dado con un martillo en un carril de la barraca central. El interrumpido sonido penetró débilmente a través de la ventana cubierta con dos dedos de hielo y enmudeció pronto; hacía frío, y en la guardia se les pasaron las ganas de tocar más veces.

El sonido se había extinguido, y detrás de la ventana todo estaba como cuando durante la noche Sujov visitaba las letrinas, tétrico y sombrío. Sólo el triste resplandor de tres lámparas amarillas, dos en la zona exterior y otra en el propio campo, penetraba a través de la ventana.

Por alguna razón nadie venía a abrir la barraca ni se oía tampoco que los que se cuidaban de sus servicios cogieran las letrinas para sacarlas al exterior.

Sujov jamás se había quedado dormido después del toque de diana; se levantaba siempre puntual. Hasta la hora de la marcha quedaban libres una hora y media, las cuales le pertenecían a uno por completo, y quien conoce la vida del campo de concentración aprovecha todas las oportunidades para hacerse merecedor de alguna cosa: uno podía echar un remiendo con cualquier clase de tela en las manoplas de éste o aquél, o alargar a los de la brigada que aún estaban en los catres las polainas secas, a fin de que éstos no tuvieran que dar vueltas con los pies desnudos y escoger sus botas de en medio del montón. O recorrer, uno por uno, los almacenes y mirar a quién se podía hacer un favor, como barrer el suelo o traerle cualquier cosa; o recoger, en la barraca destinada a comedor, los platos de hojalata apilados por todas partes sobre las mesas de madera y llevarlos al fregadero, con la esperanza de encontrar alguna sobra.

Desgraciadamente, la gente se abría paso a codazos para realizar este servicio; y cuando, con mucha suerte, se encuentra un resto ínfimo en una de las escudillas de hojalata, se pierde el dominio de sí mismo y uno lo vacía a lengüetadas. A Sujov se le habían quedado grabadas en la memoria las palabras del primer brigada, Kusiomin, un más que experimentado lebrato de campos de concentración que ya en 1943 llevaba doce años de experiencia en ellos encima de las costillas, y que había dicho una vez en un calvero abierto en el monte en un fuego de campamento y ante el avituallamiento traído del frente: «Aquí, muchachos, impera la ley de la taiga. Pero también aquí viven hombres. En el campo sucumben aquellos que lamen los platos, especulan con la enfermería o denuncian.»

En lo que concierne a denunciar había él, naturalmente, exagerado. Ya se cuidaban ellos bien de no exponerse a ningún peligro, sólo que esta prevención la compraban con la sangre de los demás.

Siempre se había levantado Sujov al toque de diana, pero hoy no se levantó. Ya desde ayer no se encontraba bien, tiritaba y le dolían los huesos. Por la noche no había conseguido entrar en calor. Le pareció, en sueños, como si se encontrara muy enfermo y que, más tarde, disminuía algo su enfermedad. Quería y no quería que amaneciera.

Pero también aquella mañana amaneció.

Y ¿dónde diablos va aquí uno a calentarse? En la ventana, completamente helada, y en las paredes, a todo lo largo de las junturas del techo y por toda la barraca -un edificio gigantesco-sólo había rayas blancas: la escarcha.

Sujov no se levantó. Estaba tendido en el catre de arriba, tapado hasta las orejas con la manta y la enguatada chaqueta, con los pies metidos en las subidas mangas de la sahariana. No veía nada, pero percibía todos los ruidos y se daba cuenta de lo que pasaba en la barraca y en su rincón. Allí los del servicio de la barraca arrastraban afuera -graves y pesados pasos a todo lo largo del pasillo-uno de los ocho cubos que servían de letrinas. Uno piensa que esto es un trabajo fácil, un trabajo para inválidos, pero ¡intenta sacar una cosa así afuera sin verter nada! Allá, alguien de la brigada 75 hacía restallar un manojo de polainas sobre los sitios secos del pavimento. También en nuestra brigada se hacía lo mismo (también nos había tocado hoy a nosotros el turno de secar las polainas). El brigadier y su ayudante se calzaban las botas en silencio; su catre crujía. El ayudante del brigadier marcharía inmediatamente para la recepción del pan y el brigadier se iría de la barraca central a la barraca de guardia.

Pero no sólo para dirigir el cambio de guardia como hacía a diario. Sujov lo recordaba ahora: hoy se decidía el destino. Pretendían separar su brigada, la 104, de la construcción de los talleres y enviarla a un nuevo edificio, a la «Sozkolonie» (Colonia Socialista). Y esta «Sozkolonie» es sólo un calvero con puras nevascas, y lo que allí se debe hacer lo primero es cavar hoyos con las palas, levantar postes y tender el alambre de púas con las propias manos para que ninguna de aquéllas sobresalga. Después, y sólo después, construir.

Allí se comprueba cómo un hombre es incapaz de encontrar calor en parte alguna: no hay ni una miserable choza. Tampoco hay que contar con un fuego de campamento. ¿Cómo calentarse entonces? ¡La única salvación es trabajar hasta reventar!

El brigadier estaba preocupado. Y se puso en movimiento para arreglar el asunto. Hay que llevar allí como sea, a alguna otra brigada que no sea la nuestra. Claro, con las manos vacías no lo conseguiremos; hay que pasarle a escondidas al jefe de guardia medio kilo de grasa. Quizás un kilo.

Intentarlo no cuesta nada. ¿No es hasta cierto punto natural que uno pueda ponerse un día enfermo y pasarlo en la enfermería? La verdad es que me duele todo el cuerpo.

Algo más todavía. ¿Qué inspector está hoy de servicio?

Tiene servicio -se le ocurrió-Poltora Iwan, un macilento y altísimo sargento de ojos negros. Cuando se le ve por primera vez se asusta uno, pero una vez se le conoce resulta el más tratable de todos los de servicio. No le pone a uno a la sombra ni le lleva arrestado a ver al oficial del regimiento. Todavía puede uno, pues, permanecer un rato tumbado, hasta que los de la barraca 9 se dirijan al otro lado, hacia la barraca comedor.

Las camas de campaña crujían y se movían. Dos se levantaron al mismo tiempo; el vecino de la litera de arriba de Sujov, el anabaptista Alioska, y el de abajo, Buinovski, antiguo capitán.

Los de servicio en el barracón, dos hombres viejos, que ya habían sacado afuera las letrinas, se disputaban para ver a quién le tocaba ir a buscar agua caliente. Reñían obstinadamente, como mujeres. El electricista de la brigada 20 gruñó, arrojándoles una polaina:

–¡Eh, vosotros, vigilantes! ¡A ver si os calláis!

La bota resonó apagadamente contra uno de los postes. Enmudecieron.

En la brigada vecina, el ayudante del brigada murmuraba:

–¡Vasil Fiodoritsch! En el reparto de provisiones me han engañado estos atorrantes; había cuatro porciones de novecientos gramos y ahora hay sólo tres. ¿A quién se lo voy yo a quitar ahora?

Habló bajo, pero, naturalmente, la brigada completa había aguzado las orejas y contenido la respiración. A alguien le sería acortada la ración de la tarde.

Y Sujov seguía tumbado sobre las duras virutas de madera de su colchón. Si por lo menos pudiera uno sobreponerse, si tuviera escalofríos o si se terminaran esos lancinantes dolores. Pero ni una cosa ni otra ocurría.

Mientras el anabaptista musitaba sus oraciones, volvió Buinovski de afuera y dijo entre dientes y con un tonillo malicioso:

–Agarraos bien, rojos marineros. ¡Treinta grados justos!

Y Sujov decidió visitar la enfermería.

Pero en ese mismo momento una poderosa mano retiró violentamente su chaleco y la enguatada chaqueta de su cuerpo. Sujov apartó la sahariana de su rostro y se incorporó. Debajo de él se encontraba el flaco Tatarin, cuya cabeza alcanzaba casi los cantos de la litera más alta.

Al parecer tenía servicio fuera de turno y estaba de ronda.

–S-ochocientos cincuenta y cuatro -leyó en alta voz Tatarin, en el blancuzco remiendo sobre la espalda de la negra sahariana-. ¡Tres días de reclusión con trabajo!

Y apenas había resonado su curiosamente comprimida voz cuando ya en el barracón -en el que no estaban encendidas todas las lámparas y en el que dormían doscientos hombres en cincuenta literas de a cuatro, plagadas de chinches-empezaron los rumores y todos aquellos que aún no se habían levantado empezaron a vestirse con toda rapidez.

–¿Por qué, camarada jefe? – preguntó Sujov, y su voz sonó más plañidera de lo que pretendía.

Salir a trabajar significaba todavía media reclusión, uno obtiene algo caliente y no queda tiempo para reflexionar. Pero reclusión total significa: sin trabajo.

–¡Por no levantarse a la llamada! ¡Largo, hacia la Jefatura del campo! – aclaró Tatarin indiferente, porque para él, tanto como para Sujov y todos los demás, estaba bien claro el porqué del castigo.

En el barbilampiño, marchito rostro de Tatarin no había ninguna excitación. Se dio la vuelta buscando una segunda cabeza de turco, pero ya todos -los que estaban en la penumbra, los que se encontraban bajo las mortecinas luces y los de los primeros y segundos pisos de las literas-metían sus piernas en los negros pantaIones de guata con el número colocado en el muslo superior izquierdo o, ya vestidos, ponían los pies en polvorosa y se precipitaban hacia la salida para esperar a Tatarin en el patio.

Si Sujov hubiera recibido el castigo por alguna otra cosa, por la cual se lo hubiera merecido, no estaría tan enojado. Pero precisamente le molestaba porque él siempre había sido uno de los primeros en levantarse. El rogar y suplicar a Tatarin no tenía ningún sentido, ya lo sabía de sobra, pero de todos modos, de acuerdo con las ordenanzas, Sujov comenzó a implorar a Tatarin, al mismo tiempo que se ponía los pantalones (encima de la rodilla izquierda del pantalón había, cosido, igualmente, un parche gastado y sucio y pintado en él, con un negro y ya desvaído color, el número S-854). Se puso la chaqueta (también sobre ella había dos números, uno en el pecho y otro en la espalda), escogió del montón de polainas que yacían en el suelo las suyas, se caló la gorra (con un parche parecido, con el número delante) y siguió a Tatarin.

La brigada 104 entera vio cómo Sujov era conducido, pero nadie dijo una palabra; bromas aparte, ¿qué se podía decir? El brigadier hubiera podido interceder en su favor, pero ya se había ido. El mismo Sujov no habló tampoco a nadie con objeto de no excitar a Tatarin. Que se tomarían su desayuno, era una

cosa segura.

Iban demasiado lejos.

El frío y la niebla le cortaban a uno la respiración. Desde las lejanas torres de control resplandecían dos grandes reflectores que cruzaban sus luces sobre toda la zona del campo. Las lámparas de la zona exterior y las del interior estaban encendidas. Las habían cargado tanto que eclipsaban completamente a las estrellas.

Los penados se apresuraron a ir en busca de sus propios asuntos: bajo sus polainas crujía la nieve; uno iba al retrete, otro a los depósitos, el de más allá a la recogida de paquetes, aquél otro a entregar cebada perlada en las cocinas privadas. Todos llevaban la cabeza cubierta, mantenían la chaqueta apretada contra sí y todos se helaban, no tanto por el frío en sí como por el pensamiento de tener que pasar todo el día con un frío semejante. Tatarin, sin embargo, en su viejo abrigo, atado con dos desgastados, cordones azules, marchaba con paso comedido y aparentemente no le importaba la temperatura.

Contornearon la alta talanquera en dirección a la prisión del campamento -un edificio de piedra-, pasaron por delante de la alambrada que protegía la panadería del campo de los penados, y dejaron atrás la barraca central donde, suspendido en un poste y sujeto con un grueso alambre, había un carril completamente cubierto de escarcha. De nuevo, al lado de un segundo poste, del que colgaba, protegido para no marcar demasiado bajo, un termómetro enteramente cubierto de rocío congelado, Sujov miró de reojo, esperanzado, al blanquecino tubo: si hubiese marcado cuarenta y un grados no los hubieran podido enviar afuera, al trabajo. Pero aquel armatoste no parecía querer moverse jamás por encima de los cuarenta.

Penetraron en el barracón central y se dirigieron inmediatamente al alojamiento de los inspectores. Lo que ya Sujov había presentido por el camino se confirmó allí. No hubo reclusión de ninguna clase; lo que ocurría simplemente era que el pavimento del alojamiento de inspectores no había sido limpiado. Ahora, aclaró Tatarin, perdonaba a Sujov y le ordenaba fregar el suelo.

El fregar el suelo del alojamiento de inspectores era tarea de un detenido especial, que no necesitaba salir a trabajar: el asistente del barracón de oficiales. Pero éste se había llegado a hacer tan familiar entre los oficiales, que tenía entrada en los aposentos del Mayor, del oficial del regimiento, del soplón; los servía a todos y escuchaba, de cuando en cuando, cosas que jamás llegaban a oídos de los inspectores. Desde hacía algún tiempo, el limpiar suelos para simples inspectores le parecía estar por debajo, en cierto modo, de su dignidad;

los vigilantes le habían llamado varias veces oliéndose, finalmente, la tostada. Así fue como empezaron a uncir a los «trabajadores» para limpiar los suelos.

En el cuarto de los guardas la estufa estaba al rojo vivo. Dos vigilantes que se habían despojado de toda su ropa, excepto de sus sucias camisas, jugaban a las damas, mientras que el tercero, tal y como estaba, con la ceñida piel y las polainas, dormía sobre un estrecho banco. En un rincón había un cubo con trapos para la limpieza.

Sujov se alegro y dijo a tatarin, puesto que le habia perdonado:

Gracias, camarada jefe. Ahora no volvere jamas a quedarme tumbado mas de lo debido.

Aquí reinaba una ley muy sencilla: ¿ Listo? ¡ fuera!

Ahora, una vez que Sujov tenia trabajo asignado, sus dolores parecian tambien haberse terminado. Atrapo el cubo y se fue sin guantes (con la prisa los habia dejado debajo de la almohada) en dirección de la fuente.

Los brigadieres, que habian salido en dirección al puesto de guardia, se apelotonaron rodeando al poste, y uno de ellos, un joven y antiguo heroe de la union sovietica, se suspendio del poste y froto el termómetro.

Desde abajo le aconsejaron.

–¡Échale el aliento; si no, sube!

Suba o no… Inútil, desde luego.

Tiurin, brigadier de Sujov, no estaba entre ellos. Sujov había dejado el cubo a su lado, las manos escondidas en las mangas y miraba curioso en derredor suyo.

–¡Veintisiete y medio! ¡M…!

Por razones de seguridad echó todavía una ojeada hacia abajo y saltó después al suelo.

–¡No marcha bien! Miente siempre -dijo alguien.

–Ya se cuidarán de no poner ninguno que marche bien.

Los brigadieres se marcharon y Sujov se apresuró en dirección a la fuente. Las orejas, bajo las orejeras bajadas pero no sujetas, empezaban a torturarle por el frío.

El pozo estaba cubierto por una espesa capa de hielo, de tal modo que el cubo apenas cabía por el agujero. La soga estaba rígida, helada.

Sin notarse las manos, Sujov regresó, con el cubo humeando, hacia el barracón de los vigilantes y metió las manos en el agua del pozo. Se las calentó.

Tatarin no estaba allí, por ello se hallaban reunidos los cuatro vigilantes. Habían terminado los unos de jugar a las damas y el otro de dormir, y discutían

la cantidad de mijo que se les daría en enero (en la colonia las cosas iban muy mal con los alimentos y se compraba a los vigilantes, aun cuando tampoco se dispusiera de muchas cosas).

–¡Cierra la puerta, mal bicho, hay corriente! – dijo uno de ellos, distrayéndose de lo que estaban hablando. No conducía a nada empaparse las botas ya desde por la mañana. Uno no se podía poner otras ni aun dentro de los barracones. En relación con el calzado, en los ocho años Sujov había vivido diferentes ordenanzas. Había ocurrido tener que marchar durante todo el invierno sin polainas; y también no recibir ni uno solo de estos zapatos, sino sólo calzados hechos de corteza o de neumáticos de coche. Ahora se había arreglado todo, por decirlo así, en la cuestión del calzado. En octubre, Sujov había recibido un par de sólidos y fuertes zapatos, lo suficientemente grandes para meter algunos harapos que protegieran sus pies (en realidad, los había robado del aposento situado detrás del asistente del brigadier). Durante una semana entera se había pavoneado dentro de ellos como un niño el día de su cumpleaños con un regalo, martilleando continuamente el suelo con los tacones nuevos. Y en diciembre habían llegado las polainas justo a tiempo; una vida agradable, no hay por qué morir. Después, alguien así como un diablo de la administración, había sugerido al jefe del campo: «Si tienen polainas, que devuelvan los zapatos.» No concebía que uno de los penados poseyera simultáneamente dos pares. Y Sujov debía escoger ahora entre andar el invierno entero con zapatos o con botas de fieltro, y andar con ellas también en tiempo de deshielo, pero optó por devolver los zapatos. ¡Los había cuidado tanto, manteniéndolos flexibles, gracias a un unto -Solidel-, y ahora, ay, adiós flamantes zapatos! En los ocho años no había sufrido por nada tanto como por esos zapatos.

Alguien los habrá arrojado a cualquier montón, en la primavera ya no te pertenecerán más Inmediatamente le vino a Sujov un pensamiento. Se descalzó, colocó las botas de fieltro en un rincón y tiró los andrajos de los pies detrás de él (la cuchara resonó en el suelo, aunque se había apresurado al llamarle, no había olvidado la cuchara); disfrutó correteando con los pies desnudos, distribuyendo el agua con la bayeta, sin ahorrarla, de la que también las botas de fieltro de los vigilantes recibieron su parte.

–¡Eh, tú, basura, con más cuidado! – dijo uno de ellos indignado, levantando sus pies sobre una silla.

–¿Arroz? ¡El arroz va según otra norma! ¡No se te ocurra comparar al mijo con el arroz!

–¡Eh, cabeza de madera, qué estás haciendo con tanta agua! ¿Quién es el que

friega así el suelo?

–¡Camarada jefe! No hay otra forma de hacerlo. La porquería ha corroído demasiado el suelo…

–¿Es que no has visto nunca cómo fregoteaba tu mujer el suelo, cerdo?

Sujov se incorporó con el goteante trapo en la mano. Sonrió mansamente y mostró las mellas dentales que el escorbuto le había ocasionado en 1943 en Ust-Ishma, cuando la cosa se puso bastante fea. Tan fea que la disentería lo dejó completamente desmirriado y el enfermizo estómago no quería, sencillamente, admitir nada más. Ahora sólo le quedaba de aquel tiempo, todavía, unos retortijones de tripas.

–Camarada jefe, me han separado de mí mujer desde 1941. No tengo ni idea de lo que puede haber sucedido con ella.

–Mírales cómo friegan… No pueden ni quieren hacer nada, los granujas. No valen ni el pan que se les da. Se les debería cebar con m…

–¿Y por qué demonios hay que fregar el suelo cada día? La humedad no desaparece. ¡Tú, 854, escucha! Friega un poco por ahí, para que esté algo mojado y lárgate con viento fresco.

–¡Arroz! ¡Mira que comparar arroz con mijo! – dijo el otro, volviendo a lo suyo.

Sujov había logrado lo que se propuso.

El trabajo es como un bastón, con dos extremos. Si lo haces para hombres, te ennoblece; si lo haces para imbéciles… Si lo haces para imbéciles, no te esfuerces. Así pensaban todos ellos. Si no, estaba claro que ya habrían reventado hace tiempo.

Sujov lavó el suelo de tal manera que no quedara ningún sitio seco, arrojó la retorcida bayeta detrás de la estufa, se calzó en el umbral sus botas de fieltro, arrojó el agua sobre la conducción que servía de desagüe, hurtó el cuerpo y pasó corriendo por delante de la Sauna y de la barraca-club, oscura y helada, hacia el barracón comedor.

Tenía que lograr quedarse en la enfermería, de nuevo le dolía todo el cuerpo. Además, debía uno andarse con cuidado para no caer en las manos de algún vigilante. El mismo comandante del campo había dado orden estricta de coger a los prisioneros rezagados y ponerlos a la sombra.

Delante de la barraca comedor -¡qué milagrosa casualidad!– no se apelotonaba hoy la masa, no había que hacer cola. ¡Adentro! En el interior, un vaho como en la Sauna; desde la puerta hacia adentro, neblina del frío y vapores de la sopa. Los brigadieres estaban sentados en las mesas o se apretujaban en los

pasillos, esperaban hasta que una plaza quedara libre.

Gritando y abriendose paso entre las masas, dos o tres hombres de cada brigada llevaban, en bandejas de madera, fuentes con sopa y pure, y buscaban sobre las mesas un sitio donde ponerlas. Sin embargo, Sujov no oye nada, ni el ruido de los taburetes, ni el pataleo, y ahora ha topado él también con una de las bandejas. ¡Zas, zas! Alguien le golpea en la nuca con la mano libre. ¡Otro, también! ¡Es natural! No te pongas en medio del paso, no te quedes parado donde haya algo para lamer.

Allá, detrás de la mesa, sin haber sumergido la cuchara en la fuente, se santigua un muchacho. Claro, un ucraniano occidental, y encima recién llegado. Mientras los rusos han olvidado incluso con qué mano se santigua uno.

Hace frío, sentado en la barraca comedor. La gente come, en su mayoría, con la gorra puesta pero sin prisa; pesca, entre las hojas de la lombarda, los pequeños trozos de pescado recocidos y medio disueltos, y escupe las espinas en la mesa. Se ha acumulado un gran montón de ellas encima de la mesa y antes de que la nueva brigada llegue, alguien las barre con la mano y las tira al suelo, donde rechinan cuando se las pisotea. Escupir directamente en el suelo es considerado como una indelicadeza.

El barracón está atravesado en su centro y de un extremo a otro por dos filas de pilares, vigas maestras o algo semejante, y en uno de estos postes estaba sentado Fetiukov, compañero de brigada de Sujov, que le guardaba el desayuno. Era uno de los últimos pertenecientes a la brigada, situado por debajo de Sujov. Exteriormente toda la brigada se parecía mucho, con las mismas negras chaquetas enguatadas y con los mismos números, pero contemplada interiormente, era muy desigual. Había grados. Buinovski no esperaría con los platos de otro y tampoco Sujov aceptaba cualquier trabajo; había tipos que sufrían aún más humillaciones.

–Está todo frío. Ya iba a comer yo por ti; pensé que te habían encerrado.

El no se esperó porque sabía que Sujov no dejaría nada, que limpiaría completamente los dos platos.

Sujov extrajo la cuchara de la bota. Quería a esta cuchara, le había acompañado por todas partes en el Norte, la había fundido él mismo con arena e hilo de aluminio y en ella, arañada con un clavo, se podía leer: «Ust-Ishma, 1944.»

Sujov se quitó la gorra de la trasquilada cabeza. Hiciera el frío que hiciese, sencillamente, es que no había podido nunca decidirse a comer con la gorra puesta. Removió la, por tantos motivos, desvirtuada sopa y se aseguró con

rapidez de lo que le habían echado en el plato. Regular. No le habían servido de los bordes de la marmita, pero tampoco del fondo. De Fetiukov era de suponer que mientras le había guardado los dos platos, le habría pescado una patata.

La única ventaja de la sopa es que está caliente, pero para Sujov estaba ahora completamente fria. A pasar de ello, comenzo tan lenta como circunspectamente a tomarla a cucharadas. Ahora podia empezar a arder el cobertizo; no habia ninguna razon para apresurarse.

Exceptuando el sueño, el ocupante de un campo de concentración vive para si exclusivamente diez minutos cada mañana en ocasión del desayuno, cinco durante la comida y otros cinco durante la cena.

La sopa era la misma cada dia; ello dependia de la clase de verdura que se hubiera almacenado para el invierno. El año pasado se habia almacenado exclusivamente zanahorias saladas, y asi la sopa, desde septiembre hasta junio, no tenia otra cosa que zanahorias. En el año actual era la Lombarda. El tiempo de las vacas gordas para los prisioneros del campo es junio; después todas las verduras han sido consumidas y se las sustituye por cebada perlada. El de las vacas flacas es julio. Entonces lo que contienen las marmitas son ortigas picadas.

De los pescaditos salían cada vez más espinas; la carne estaba recocida hasta los huesos, deshecha, y sólo había algo que rascar chupándolos. Sujov no dejó del desmoronado esqueleto del pescado ni una sola escama, ni una migaja, masticó la raspa con los dientes, la chupó y la escupió encima de la mesa. No importa de qué pescado lo comía todo, las agallas y la cola, incluso los ojos cuando cogía algún trozo de ellos con la cuchara, pero ahora sobrenadaban hervidos y solitarios en el plato unos enormes ojos de pez y no se los comió. Los otros se rieron de él.

Sujov había vivido hoy económicamente. Puesto que no había ido al barracón, no había recibido su ración y comió ahora sin pan. El pan lo comería solo, después, con gran apetito. Solo, sacia más.

Como segundo plato había puré de mijo, convertido ya en un informe montón congelado. Sujov lo cortó en pedacitos. No era sólo porque la mezcla de hinojo y de mijo se hubiera quedado fría; caliente tampoco hubiera tenido ningún gusto y no llenaba. Sabía a hierba y sólo tenía del mijo el color amarillo. De algún chino, como se suele decir, se les había ocurrido distribuir eso, en vez de cebada o trigo mondados. Cocida, la pasta pesaba 300 gramos y basta. Puré y nada eran la misma cosa, pero tú te tienes que arreglar sólo con eso. Sujov, después de haber chupado cuidadosamente la cuchara y de guardarla en su viejo escondite de la bota de fieltro, se caló la gorra y se fue a la enfermería.

En el firmamento, cuyas estrellas no se veían por la iluminación del campo, todo seguía estando oscuro. Los dos reflectores dividían el campo en dos anchos rayos. Cuando se instaló este campo, el especial, los puestos tenían todavía, procedentes del frente, un sinnúmero de bengalas de situación. Apenas se había extinguido la luz cuando la zona cerrada se inundaba de cohetes, blancos, verdes y rojos -una guerra en toda regla-. Después finalizó el disparo de estos cohetes. ¿O es que resultaban demasiado caros?

Reinaban las mismas tinieblas que cuando el toque de diana, pero para el ojo experimentado era fácil comprobar, por pequeños indicios, que pronto sería dada la señal de marcha. El asistente de Kromoj (el de servicio, destinado al barracón comedor, Kromoj, sostenía a su vez a un ayudante y le daba de comer) se encaminó a la Barraca de Inválidos 6, es decir, los que no tenían que salir a trabajar, a llamarles para el desayuno. Un viejo pintor barbudo se dirigió a la sala de estudios para buscar color y pincel y pintar los números. De nuevo, Tatarin, con enormes pasos, de prisa, cruzó la divisoria del campo en dirección al barracón de oficiales. Casi todos los tipos se habían retirado del exterior, todos se habían camuflado y se recalentaban durante los últimos dulces minutos.

Sujov se escondió rápidamente de Tatarin, detrás de una esquina del barracón. Crúzate de nuevo en su camino y te llevará esta vez del cabezal. Ya, y sobre todo, que uno no puede estar nunca papando moscas. Se debe procurar que un vigilante no te vea nunca solo, sino en manada. Quizá busque él un hombre para darle trabajo, quizá no tiene a nadie en quien desfogar su ira. En los barracones, la orden ha sido leída: cinco pasos antes de encontrarse al vigilante hay que quitarse la gorra y volvérsela a poner tres pasos después. A uno de los vigilantes, que da vueltas de acá para allá como un ciego, le da todo igual; pero a los otros eso les viene muy a propósito. ¡A cuántos han enviado a chirona a causa de estas gorras! No; es preferible permanecer tras el rincón.

Tatarin había pasado por delante y Sujov se había decidido por la enfermería, cuando se le ocurrió, repentinamente, que hoy por la mañana, antes de la marcha, había hecho un encargo al largo Lette, el de la barraca 7; podría ir y comprarle dos vasos de tabaco de su propia cosecha. Pero Sujov se había entretenido tanto que se le había olvidado. El largo Lette había recibido ayer por la tarde un paquete y seguramente mañana ya no quedaría nada de ese tabaco. ¡Y quién espera otro mes para un nuevo paquete!

A Sujov le invadió la indignación, pataleó. ¿No sería mejor regresar a la barraca 7? Pero la enfermería estaba sólo a dos pasos y subió rápidamente la escalinata. La nieve crujía, perceptiblemente, bajo sus pies.

El corredor de la enfermería estaba, como siempre, tan limpio que uno tenía miedo de pisar el suelo. Las paredes estaban pintadas con laca blanca, los muebles eran todos blancos.

Las puertas del dispensario se hallaban cerradas. Seguro que los médicos no se habían levantado todavía. En el cuarto de guardia, sentado detrás de una limpia mesa, con una bata blanquísima, estaba el médico Kolia Dovuskin, un muchacho joven. Escribía algo.

Aparte de él no había nadie.

Sujov se quitó la gorra, como delante de los jefes, y tuvo, siguiendo una vieja costumbre del campo, que mirar servil a todas partes, donde uno no pudiera advertir que Nikolai estaba escribiendo unas derechísimas líneas y que cada línea, empezando desde el margen, comenzaba, escrupulosamente, una detrás de otra, con mayúscula. Naturalmente Sujov comprendió en seguida que no se trataba de ningún verdadero trabajo, sino de algo fraudulento, pero eso a él no le importaba.

–Es sólo que… Nikolai Semionitch… estoy… enfermo… -dijo Sujov avergonzado, como si dijera algo que él mismo no creía.

Dovuskin levantó los ojos, grandes y tranquilos, de su trabajo. Vestía un quepis blanco y una bata blanca, pero no tenía ningún número.-¿Por qué vienes tan tarde? ¿Y por qué no lo hiciste anoche? Ya sabes que por las mañanas no hay ambulatorio. La lista de los exentos de trabajo está ya en el cuerpo de guardia.

Todo eso lo sabia Sujov; sabia tambien que por la noche tampoco era sencillo ser inscrito como enfermo.

–Hombre, ya sabes, Kolia… Por la noche, cuando seria necesario, es cuando no duele…

–¿Que quieres decir? ¿Qué es lo que te duele?

–Si tengo que decirlo exactamente, tengo la impresion de que nada me duele, pero un malestar general.

Sujov no pertenecía a aquellos que visitan la enfermería todos los días, y Dóvuskin lo sabía. De todos modos, sólo estaba capacitado para dar de baja por las mañanas como máximo a dos hombres, y estos dos habían sido ya eximidos del trabajo. Debajo del verdoso cristal de la mesa estaban estos dos hombres anotados y subrayados con una línea.

–Deberías haberte preocupado de ti un poquito antes. ¿Por qué vienes también con tan poco tiempo antes de la marcha? ¡Toma!

Dóvuskin sacó de un vaso cubierto de gasa, en el que se encontraban los termómetros, uno de ellos. Le secó la humedad proviniente de un líquido

aséptico y se lo pasó a Sujov para tomarle la temperatura.

Sujov se sentó en el estrecho banco pegado a la pared, justo en su canto externo, como si no quisiera contaminarse con él. No lo hizo intencionadamente, sólo de un modo involuntario. Dio a entender con ello que era un extraño en la enfermería y que no la visitaba sólo por pequeñeces.

Dóvuskin, mientras, seguía escribiendo.

La enfermería estaba situada en el ángulo más alejado del campo y ningún resplandor penetraba en ella. Tampoco había relojes, los penados no tenían derecho a utilizarlos; la hora la sabía por ellos, la dirección del campo. Tampoco había ratones aquí; todos habían sido cazados por los gatos de la enfermería, empleados exclusivamente para este fin.

Para Sujov era maravilloso estar sentado en una habitación tan limpia, durante cinco minutos enteros, con semejante silencio, con una iluminación tan clara, y sin tener nada que hacer. Contempló todas las paredes y no pudo descubrir nada sobre ellas. Revisó su chaqueta, y restregó un poco el número colocado sobre el pecho: necesita ser renovado para que no te echen el guante a causa de él. Con la mano libre se palpaba, además, la barba. Razonablemente tupida, crece desde aquella Sauna de hace diez días. Pero no molesta. Dentro de tres días habrá de nuevo Sauna, y entonces le afeitarían. ¿Por qué guardar estúpidas colas en el peluquero? Sujov no necesitaba embellecerse para nadie.

Contemplando el quepis de Dóvuskin, blanco como la nieve, Sujov recordaba el hospital de sangre del batallón en el río Lovat; cómo logró llegar hasta allí con su mandíbula herida y cómo después -¡mira que había sido tonto!– había vuelto, voluntariamente al frente; ¡se habría podido quedar allí cinco días! Hoy sueña uno con enfermar dos o tres cortas semanas, no de muerte ni de peligro de operación, por supuesto. Le parecía que se quedaría allí tres semanas, sin moverse, mientras le alimentaban con sopa de Cuaresma; no estaría mal.

Pero Sujov se acordó de que ahora ya no se podía guardar cama allí. Vete a saber de dónde, había aparecido un nuevo doctor: Stefan Grigoritch, un mono gritador que se mataba a trabajar y que no dejaba en paz a ningún enfermo. Se le había ocurrido echar fuera del hospital a todos los enfermos capaces de caminar y emplearlos en las inmediaciones: en levantar cercados, construir caminos, llevar tierra a los bancales y almacenar nieve en invierno. Decía que el trabajo era la mejor medicina.

Con el trabajo revientan hasta los caballos, esto hay que comprenderlo.

Si él mismo se hubiera derrengado en la construcción de todos esos muros, ahora preferiría estar tranquilamente sentado.

…Y Dovuskin escribía lo suyo. En realidad, se ocupaba en un trabajo «bajo cuerda», que era completamente incomprensible para Sujov. Transcribía un largo poema, que había terminado ayer y había prometido enseñárselo hoy a Stefan Grigoritch, precisamente a ese médico tan fanático de la terapéutica.

Stefan Grigoritch había aconsejado a Dovuskin, como sólo es posible hacerlo en los campos de concentración, hacerse pasar por médico, le había asignado el trabajo normal de un médico de campaña y había empezado a enseñarle a poner inyecciones intravenosas a los incultos «trabajadores», a los cuales, en su buena fe, jamás se les hubiera ocurrido pensar que el médico no era tal médico. Kolia había sido estudiante de literatura y fue detenido en el segundo semestre. Stefan Grigoritch quería que escribiera en la prisión lo que no le dejaban escribir fuera de ella.

La señal para la marcha, que penetró a través de la doble ventana, opaca por el hielo, era apenas perceptible. Sujov suspiró y se levantó. Tenía escalofríos como antes, pero no bastaban para no ir a trabajar. Dovuskin alargó la mano hacia el termómetro y lo miró:

–Lo ves, nada; 37,2. Si tuvieras 38 estaría claro para todo el mundo. No puedo inscribirte enfermo. Si quieres, y bajo tu propia responsabilidad, quédate aquí. Si después de la auscultación, el doctor te inscribe como enfermo, quedarás exento. Pero si te declara sano, eso significa que eres un holgazán e irás a prisión. Mejor es que vayas con los demás.

Sujov no respondió. Se caló la gorra y se fue.

¿Entenderá, alguna vez, aquel que está sentado en un lugar caliente al que se hiela de frío?

El frío atenazaba. Una cáustica niebla envolvía a Sujov y le obligaba a toser. Veintisiete grados de frío afuera; dentro de Sujov treinta y siete grados de calor. ¿Ahora, quién, a quién?

Sujov trotó hacia la barraca. Las callejuelas del campo aparecían desiertas, el campo entero parecía muerto. Era uno de aquellos pocos momentos en los que a uno le es indiferente sentirse engañado, sentirse ya desligado de todo o el que hoy no hubiera que marchar. Los centinelas estaban sentados en las calientes casetas, las cabezas soñolientas apoyadas en los fusiles. Para ellos tampoco iba a ser un caramelo, con este frío, el caminar a tientas en sus atalayas. En el cuerpo principal de guardia, los vigilantes echaban carbón en la estufa. Los vigilantes, en su alojamiento, fuman los últimos cigarrillos hechos a mano antes del último control, mientras los penados, con todos los miserables harapos pegados al cuerpo, ceñidos por toda clase imaginable de correas, embozados desde la

barbilla hasta los ojos en trapos contra el frío, siguen tumbados sobre la manta de sus catres, con las botas de fieltro puestas, con los ojos cerrados, como petrificados. Hasta que el brigadier exclame: «¡Arriba!»

En la barraca 9, los de la brigada 104, junto con todos los demás, estaban medio dormidos. Sólo el asistente del brigadier, Pavlo, movía los labios mientras sumaba algo con un lápiz, en tanto que en la litera superior el anabaptista, Alioska, vecino de catre de Sujov, esmeradamente lavado y aseado, leía en su libro de notas, que había cubierto completamente con citas del Evangelio.

Sujov inclinó la cabeza con cuidado y la asomó un poco sobre el catre del asistente del brigadier.

Pavlo levantó la cabeza:

–¿No le habían encerrado, Iván Denisovich? ¿Está usted vivo aún?

A los ucranianos occidentales no hay quien los haga aprender. Le hablan a uno, incluso en el campo, de usted y le nombran con el nombre paterno.

Cogió la ración de la mesa y se la alargó. Sobre el pan había amontonado una montañita de azúcar.

Sujov tenía mucha prisa; no obstante, contestó convenientemente (el ayudante del brigadier es también un superior, del que dependen muchas cosas, incluso más que del comandante del campo). A pesar de la prisa y de las cosas que debía hacer -retirar con los labios el azúcar del pan, lamerlo luego con la lengua, poner un pie sobre la tarima y trepar para hacer la cama-encontró tiempo para examinar cuidadosamente la ración por todos lados. Sopesarla en la mano para ver si tenía los 550 gramos que le correspondían. En prisiones y campos de concentración, había recibido Sujov miles de raciones como ésta. A pesar de que jamás había tenido ocasión de pesar ninguna y de que, como tímido, nunca se había atrevido a armar jaleo y a insistir en su derecho, hacía tiempo que para Sujov y los demás penados estaba claro que no recibían, en la distribución del pan, el peso debido. Cada porción estaba falta de peso, pero ¿en qué cantidad? Por ello y para apaciguar el ánimo, la examinaban todos los días. Quizá no me han engañado hoy demasiado descaradamente. Quizá tenga casi todos los gramos que me corresponden…

«Faltan unos veinte gramos», rezongó Sujov, y dividio la ración en dos mitades. Una de ellas la introdujo en el espacio comprendido entre pecho y chaqueta; ahí se había cosido un bolsillito especial, blanco (puesto que en la fábrica cosen las chaquetas para los presos sin bolsillos). Pensó en comerse la otra mitad inmediatamente, pero comer con prisas no es comer; no aprovecha, no satisface. Se enderezó, con el propósito de esconder la media ración en los

cajones que servían de mesilla, pero lo pensó mejor, al ocurrírsele que ya era la segunda vez que el de servicio del barracón se había llevado una tunda por robo. Un gran barracón es como un palomar.

Por esta razón, Iván Denisovitch, sin dejar el pan de las manos, se despojó tan diestramente de las botas de fieltro que dejó dentro de ellas los trapos que hacían las veces de calcetines y la cuchara, y descalzo se encaramó a la litera, ensanchó el agujero del colchón y dejó que la media ración desapareciera entre las virutas. Se quitó la gorra de la cabeza, y sacó aguja y torzal, los cuales mantenía cuidadosamente escondidos dentro de ella. También palpaban las gorras en los registros, por lo que una vez un guarda se había pinchado con la aguja, y lleno de cólera, casi le rompe la cabeza. Mientras el azúcar se había disuelto completamente en la boca, Sujov estaba con todos los nervios en tensión, ya que en seguida empezaría a gritar el jefe de parada en la puerta. Los dedos de Sujov se movían como rayos, en tanto que su cabeza planeaba de antemano qué es lo que había que continuar haciendo.

El anabaptista leia las citas del evangelio, pero no para si, sino que lo hacia en voz baja, y en cierto modo, hacia abajo (posiblemente a propósito para Sujov, puesto que a estos anabaptistas les gusta hacer propaganda):

–«Que ninguno de vosotros sufra como el ladrón o como el asesino o como aquel que codicia los bienes ajenos. Obra como cristiano y no te avergüences, sino alaba a Dios por tu destino.»

Alioska es estupendo: hace desaparecer su librejo tan rápidamente en las resquebrajaduras de la pared que, hasta ahora, no se lo han encontrado en ningún registro. Con los mismos ágiles movimientos descolgó Sujov la chaqueta guateada del travesaño, y sacó los guantes de cuero del colchón, además de un par de calcetines malos y un trapejo dividido en dos tiras. Repartió bien proporcionalmente el serrín del colchón (que estaba duro y apelmazado), colocó el cobertor debajo del colchón, puso la almohada en su sitio y empezó a calzarse las botas, poniéndose primero los calcetines de punto en buen estado y, encima, los malos.

Y entonces empezó el brigadier a ladrar, se enderezó y anunció:

–¡Se acabó el racanear, 104! ¡Afuera!

Inmediatamente se irguió la brigada entera, soñolienta o no, bostezó y se encaminó hacia la salida. El brigadier llevaba diecinueve años enchiquerado; cuando ordenaba algo, había de hacerse ya. Había dicho: «¡Afuera!», y eso significaba que no se podía tardar ni un minuto en salir.

Y mientras los miembros de la brigada, uno tras otro y en silencio, salían -

primero por el comedor, después por el zaguán y finalmente por las escaleras-y mientras el brigadier de la 20, en unión de Tiurin, gritaba igualmente: «¡Afuera!», Sujov había conseguido calzarse las botas junto con los trapos para los pies, ponerse el anorak sobre la chaqueta y ceñírselo con una cuerda.

Así había llegado Sujov al mismo tiempo que los demás y dio alcance a los últimos de su brigada en el zaguán; sus espaldas, junto con los números, pasaron por la puerta hacia las escaleras. Los miembros de la brigada, que se habían puesto todas las ropas que poseían, marchaban por las calles del campo, pesadamente, arrastrando los pies, en fila india y apretada, cuidando de no adelantarse el uno al otro; la nieve rechinaba.

Continuaba la oscuridad a pesar de que el cielo, a la salida del sol, se teñía de un color verdoso y comenzaba el amanecer. Del Este soplaba un sutil y maligno viento.

No existen momentos más amargos que los de por la mañana al marchar al trabajo. En la oscuridad, con frío, hambrientos para el resto del día. La lengua está como paralizada; no se tienen ganas de hablar. En el camino del campo, el jefe de cuerpo más joven iba de acá para allá.

–Eh, Tiurin, ¿cuánto tiempo tendremos que esperar todavía? ¿Te rezagas de nuevo?

Es posible que Sujov temiera a este joven jefe de cuerpo, pero no así Tiurin, al que no le gustaba abrir la boca, sobre todo con este frío, cuando no era necesario. Siguió caminando en silencio. La brigada detrás de él -tap, tap-, sobre la chirriante nieve.

Deben de haber soltado un kilo de grasa, ya que la brigada 104 volvia de nuevo a su antiguo puesto; se conocia esto por las brigadas de al lado. A la colonia social (Sozkolonie) ira algun otro mas pobre y mas tonto. ¡Oh, hoy hara alli un frio terrible! ¡ventisiete grados, viento, ningun refugio, y nada para calentarse!

Un brigadier necesita mucha grasa. Para llevarla a la Plana Mayor y llenarse la propia barriga. Un brigadier no se queda sin grasa, aun cuando él mismo no reciba ningún paquete. Aquel de la brigada que recibe alguno, le hace inmediatamente entrega de él.

De otra forma no se puede sobrevivir.

El jefe de cuerpo superior anotaba algo sobre una tablilla:

–En tu brigada, Tiurin, hay hoy un enfermo. ¿Marchan veintitrés?

–Sí, veintitrés -asintió el brigadier.

–¿Quién falta, pues? ¿Panteleiev? ¿Estará enfermo?

E inmediatamente un murmullo atraviesa la brigada entera: Panteleiev, ese hijo de perra, se ha vuelto a quedar en el campo. Ni idea de estar enfermo. El comisario del Ministerio del Interior lo ha retenido. Volverá a denunciar a alguien.

Estará con él, tranquilo, durante tres horas; nadie ha visto ni oído nada.

Pero la baja se la darán como enfermo…

La calle del campo estaba negra de anoraks; despacio y a lo largo del camino, las brigadas continuaban avanzando, para el registro. Sujov se acordó de que había querido renovar los números de la chaqueta y se abrió paso hasta el otro lado. Allí, y ante el pintor, había dos, tres filas de penados. También Sujov se puso a la cola. Sólo un número, querido amigo, puede ser tu desgracia. Gracias a él se percata de ti el vigilante ya desde muy lejos; también te anota el del puesto de guardia; si no renuevas el número a tiempo te ponen también a la sombra. ¿Por qué no te preocupas del número?

En el campo hay tres artistas pintores. Pintan cuadros gratis para los jefes del campo y pintarrajean, además, alternativamente, los números para la marcha.

Hoy es el viejo de la barba cana. Cuando te pinta los números con el pequeño pincel es como si el pope te ungiera con aceite la frente.

Pinta y pinta y se echa el aliento a las manos. Tiene guantes de punto, muy finos; la mano se le queda helada, no puede dibujar las cifras.

El pintor restauró a Sujov el «S-854» de la chaqueta y Sujov alcanzó a los de la brigada; sin anudarse la chaqueta guateada, ya que quedaba poco hasta el control. Sostenía la cuerda en la mano, e inmediatamente se percató de que su camarada de brigada, Zesar, fumaba, y que no lo hacía en pipa; era un cigarrillo. Se le podría pedir uno. Pero Sujov no comenzó a suplicarle así, sencillamente, sino que se plantó a su lado y le miró, al pasar junto a él, volviéndose un poco de perfil.

Miró, casi indiferente, al pasar, pero vio cómo después de cada chupada (Zesar fumaba despaciosamente y sumido en sus pensamientos) un anillo de candente ceniza avanzaba a lo largo del cigarrillo, lo consumía y se aproximaba a su fin.

En el mismo instante, ese chacal de Fetiukov tuvo la misma idea, se colocó justo delante de Zesar y comenzó a mirarle fijamente a la boca; sus ojos echaban chispas.

Sujov no poseía ya ni un gramo más de tabaco y no veía, antes de anochecer, ninguna posibilidad de hacerse con él. Esperaba, como un resorte en tensión, la colilla; la deseaba más aún incluso, en aquel momento, que la libertad. Pero él

no se hubiera rebajado ante Zesar tanto como Fetiukov, no le miraría así a la boca.

En Zesar se mezclaban todas las nacionalidades; quizás era griego o judío, quizá gitano. Incomprensiblemente. Era joven todavía, y había hecho cine. Pero no había terminado de filmar la primera película cuando lo detuvieron. Llevaba un abundante y acicalado bigote negro. No se lo habían afeitado aquí porque también lo llevaba en la foto del expediente.

–Zesar Markovitch. – Fetiukov no pudo contenerse más y comenzó a tragar saliva.– ¡Déjeme dar una chupada! – Su rostro temblaba de avidez y codicia.

Zesar abrió los párpados, que mantenía medio cerrados sobre sus negros ojos, y contempló a Fetiukov. Precisamente por esto prefería fumar en pipa, para que nadie le interrumpiera mientras fumaba, o le suplicara el que les concediera una chupada. No le sentaba mal por el tabaco, sino porque interrumpían sus pensamientos. Fumaba para abstraerse, para encontrar alguna ilusión duradera. Pero apenas había encendido un cigarrillo cuando ya leía, inmediatamente, en todos los ojos: Deja algo para nosotros.

Zesar se dirigió a Sujov:

–¡Eh!, toma, Iván Denisovich.

Y con el pulgar expulsó de la boquilla de ámbar la encendida colilla.

Sujov volvió la cabeza (estaba acechando el momento en que el mismo Zesar le ofreciera el cigarrillo), agarró agradecido la colilla y mantuvo, protectora, la otra mano debajo por si tenía que dejarla caer. No tomó a mal el que a Zesar le repugnara dejarle fumar la colilla en la boquilla misma (hay algunos que tienen la boca limpia, otros no), y no se notó nada en el calloso dedo al mantenerla encendida. Lo importante es que había aventajado a ese chacal de Fetiukov. Inhaló el humo hasta casi quemarse los labios. ¡Hmmm! El humo penetró por su hambriento cuerpo, lo notó en la cabeza y en las piernas. Pero apenas había atravesado su cuerpo esa deliciosa sensación, cuando Iván Denisovich percibió un barullo de voces:

–¡Te quitan la camisa…!

Así es la vida de los presidiarios, a la cual Sujov se había acostumbrado: había que mantener siempre los ojos bien abiertos para que nadie te saltara al cuello.

¿Por qué las camisas? Las camisas las había distribuido el mismo comandante del campo. No, no podía ser…

Sólo faltaban dos brigadas para pasar el control, cuando toda la 104 vio cómo el teniente de régimen, Volkovoi, se aproximaba desde la barraca de

oficiales y les gritaba algo a los vigilantes. Y aquellos que, en ausencia de Volkovoi, habían llevado a cabo el registro con cierta negligencia, se estremecieron. Se precipitaron como animales salvajes mientras el sargento gritaba:

–¡Desabrochaos las camisas!

No sólo los penados y los vigilantes temían a Volkovoi, sino -según se decía- hasta el propio comandante del campo. ¡Pero eso era mantener la cuerda en casa del ahorcado! Volkovoi parecía un lobo. Sombrío, muy alto, con un rostro siempre hosco y movimientos felinos. Como un rayo apareció de detrás de las barracas:

–¡Qué hace aquí esta manada de cerdos!

No se le podía eludir. Al principio llevaba siempre consigo un látigo de cuero trenzado, de una longitud de medio brazo, que -según contaban- hacía silbar en el barracón de prisioneros, y también cuando los penados se apelotonaban al entrar en las barracas al toque de retreta. Entonces se aproximaba furtivamente por detrás y hacía restallar el látigo sobre las nucas:

–¿Por qué no te mantienes en formación, tú, animal hediondo?

Como una ola la masa de penados retrocedía delante de él. El castigado se llevaba las manos a la garganta, se limpiaba la sangre y callaba. ¡Si encima no te encierra!

Ahora, por alguna razón, ya no llevaba más consigo ese látigo.

Cuando hacía mucho frío regía, para las revistas diarias -no las de la noche sino las de la mañana-, un reglamento más suave. El penado desabotonaba su anorak y mantenía los faldones abiertos y lejos de su cuerpo. De esta manera marchaban de cinco en cinco hacia los vigilantes colocados enfrente. Estos tanteaban al penado a ambos lados de su deforme chaqueta, palpaban el único bolsillo permitido en el muslo derecho y mantenían allí, durante un rato, sus guantes de cuero. Cuando notaban algo sospechoso, no lo extraían inmediatamente, sino que preguntaban con negligencia:

–¿Qué es lo que tienes aquí?

¿Qué es lo que podía uno encontrar por las mañanas sobre un penado?

¿Cuchillos? Estos no los saca uno del campo de concentración, si acaso los tiene. Tal vez se ejercita el control por las mañanas por si acaso alguien transporta consigo tres kilos de provisiones para largarse con ellas. Hubo un tiempo en el que se temían tanto estos doscientos gramos de la ración del mediodía, que se dio la orden: «Cada brigada ha de construirse una maleta de madera en la que se traerá todo el pan de la brigada y en la que se guardará el

pan de los miembros de la brigada una vez distribuido.» Lo que, naturalmente, permaneció en el misterio era el objeto que se perseguía con esto. Pero el propósito, seguro, era vejar a la gente, proporcionarles una preocupación más: ¿debía uno, mejor, mordisquear su porción, para reconocerla después en la maleta, ya que los trozos de pan son todos iguales? Uno piensa en ello todo el día y se atormenta con la idea de si el trozo propio no será cambiado, y, a veces, se llega a pelear. Pero un día se dieron el bote, del lugar de trabajo, tres tipos con un auto y se llevaron consigo todas las maletas llenas de pan. Despabiló entonces la Jefatura del campo y en seguida todas las maletas del cuerpo de guardia fueron hechas astillas. ¡Ahora, transportad vuestras raciones vosotros mismos!

¿O le controlan a uno por las mañanas para ver si alguien lleva un traje de civil bajo las ropas de penado? ¡Qué estupidez! Todas las ropas civiles se las quedan ellos cuando uno cae en este pozo, y prometen devolverlas después de la expiación de la pena. Es decir, nunca, porque en este campo nadie ha vivido lo bastante para verlo.

Aún quedaba por controlar si alguien lleva cartas encima para enviarlas por medio de algún civil. Pero si se quisiera registrar a todos en busca de cartas nos daría aquí todavía la hora del mediodía.

Pero tan pronto como Volkovoi daba una orden, gritando, para el registro, los vigilantes se quitaban inmediatamente los guantes, mandaban abrirse las chaquetas (en las cuales se había almacenado un poco del calor del barracón), desabrocharse las camisas para comprobar si bajo ellas no había nada contra las ordenanzas. Al penado le están permitidas sólo una camisa y una camiseta: todo lo demás ¡fuera!

La orden de Volkovoi fue transmitida por los penados de fila en fila. ¡Vaya suerte para las brigadas que ya están a salvo! Algunas se encuentran ya al otro lado de la puerta del campo, mientras que a las de este lado se las grita:

–¡Desabrochaos!

Aun con este frío tremendo quien se haya puesto debajo alguna cosa, debe quitársela en el acto.

Así se empieza a hacer, pero a consecuencia de ello se produce un gran desbarajuste. Ante la puerta está ya todo despejado y el del puesto de guardia vocifera:

–¡Largo! ¡Adelante!

Volkovoi se muestra indulgente con la brigada 104:

–Apuntad al que lleve puesto algo superfluo. Debe entregarlo él mismo por la tarde en el depósito y dejar una aclaración escrita del cómo y del porqué lo ha

ocultado.

Sujov llevaba sólo las ropas de ordenanza: ¡Ahí, palpa tranquilo, sólo pecho y alma! Pero a Zesar le anotaron una camisa de franela, a Buinovski lo que aparentemente parecía un chaleco o algo así como una faja abdominal. Buinovski se encolerizó. Estaba habituado a su torpedero, lo que no le ocurría con el campo en los tres meses que llevaba en él:

–¡No tenéis ningún derecho a desnudar a la gente con este frío! ¡Infringís el artículo 9 del Código Penal!

Conocen el artículo, pero tienen derecho. Vives en la luna, mi querido amigo.

–¡Vosotros no sois soviets! – repetía el capitán a continuación.

–¡Vosotros no sois comunistas! Volkovoi se había tragado lo del artículo del Código Penal, pero ahora reaccionó impetuosamente:

–¡Diez días de encierro!

Y, al sargento, un poco más bajo:

–Hoy por la tarde arregla esto.

Porque no les gustaba meter a uno en chirona por las mañanas, se perdería un día de trabajo. Que trabaje primero todo el día como un negro y luego, por la tarde, ¡a la trena con él!

La prisión del campo se halla inmediatamente al lado de la carretera; un edificio de piedra con dos alas. La segunda ala la construyeron nueva en este otoño; en la otra ya no cabían todos dentro. Una prisión con dieciocho celdas; subdivididas, además, en separaciones individuales. El campo completo, los barracones, eran de madera; sólo la cárcel era de piedra.

El frío se había metido por debajo de la camisa, y ya no había manera de quitárselo de encima. ¡Con el cuidado que habían puesto ellos en abrigarse, todo a la m…! Sujov notaba ya el frío en la espalda. Poderse tumbar en una cama del lazareto y dormir. Era todo lo que uno deseaba. Sólo la manta un poquito más gruesa.

Los penados se hallan delante de las puertas del campo, anudan sus chaquetas, las atan, mientras la escolta desde afuera grita:

–¡Vamos! ¡Adelante!

Y los jefes de marcha les golpean en la espalda:

–¡Vamos! ¡Adelante!

La primera puerta, la antezona, la segunda puerta.

Aparte del bloqueo a ambos lados del puesto de guardia.

–¡Alto! – chilla el centinela-. Como un rebaño de corderos, ¡de cinco en

fondo!

Amanece. El fuego de campamento de la escolta, detrás del puesto de guardia, está casi consumido. Antes de la marcha encienden siempre un fuego para calentarse y tener más luz para el recuento.

Un centinela empieza a aullar, enérgico:

–¡Un, dos; un, dos!

Y las cinco filas marchan en formación de tal manera que, miradas por delante o por detrás, se ven cinco cabezas, cinco espaldas y diez piernas.

En la otra intercepción hay un segundo centinela, callado -el interventor-, que sólo controla si el recuento ha sido bien hecho.

Hay, además, un teniente que observa.

Todos ellos pertenecen al campo.

El hombre es más valioso que el oro. Si al otro lado de la alambrada falta una cabeza, debes tú poner la tuya.

Y otra vez la brigada estará completa.

Y ahora empieza a aullar el sargento de escolta:

Por segunda vez se ponen en marcha las columnas de a cinco.

Y desde el otro lado, controla el ayudante del comandante.

Y, además, un teniente.

Estos pertenecen a la escolta.

No puede haber ningún error. Si has firmado y hay un hombre menos, has de ofrecer tu cabeza por él.

La columna destinada a la central térmica la han formado en semicírculo, mantienen las ametralladoras agarradas por la culata justo delante de tus hocicos.

Luego los laceros con sus perros y guías. Un perro rechina los dientes como si se riera de los penados. Los de la escolta llevan todos cazadoras de piel. Sólo seis con pellizas. Se cambian las pellizas unos a otros. La mejor se la pone el que ha de estar de vigía.

Y de nuevo, mezclando las brigadas, todas, la escolta vuelve a contar la columna entera destinada a la central eléctrica, en filas de a cinco.

–¡A la salida del sol es cuando hace más frío! – dice el capitán-. Porque es entonces cuando se alcanza el punto más intenso de la congelación nocturna.

Generalmente, al capitán le gusta explicarlo todo. Qué luna tenemos, si es menguante o creciente. Te lo calcula para cualquier año, para cualquier día.

El capitán va envejeciendo, visiblemente, tiene las mejillas hundidas, pero mantiene su buen humor.

Aquí, detrás del campo, el viento arrecia y el frío muerde cruelmente el ya

acostumbrado a todo rostro de Sujov. Como él ya había barruntado que el viento les soplaría en plena cara durante todo el camino hasta la central eléctrica, se cubre con el trapo. Precisamente lo llevaba encima -él como otros muchos-para el caso de que se levantara el viento. Los forzados sabían por experiencia que esos trapos ayudan. Sujov se envolvió el rostro hasta los ojos, pasó las tiras por debajo de las orejas y se lo anudó con fuerza en la nuca. Después se cubrió la nuca con las orejeras del gorro y se levantó el cuello de la chaqueta de guata. Además estiró el ala delantera del amplio gorro sobre la frente. Y de este modo sólo quedaban sus ojos al descubierto. Se apretó la chaqueta, firmemente, con un cordel. Ahora estaba todo en regla, aunque las manoplas no valían nada, porque las manos están ya heladas. Se las frotó una contra otra y se golpeó con ellas todo el cuerpo porque sabía que pronto tendría que ponérselas a la espalda y mantenerlas así durante toda la marcha.

El jefe de la escolta de acompañamiento canturreaba el «sermón» cotidiano del preso, del que todos estaban hasta la coronilla:

–¡Atención, reclusos! ¡Durante la marcha hay que respetar la formación en columna! ¡Caminad sin dejar demasiada distancia, no marchéis demasiado juntos, no cambiéis de una fila de cinco a otra, no habléis, no miréis a los lados, las manos siempre detrás de la espalda! ¡Un paso hacia la derecha o hacia la izquierda será considerado como intento de evasión; el cuerpo de guardia dispara sin previo aviso! ¡Jefe de columna, marchen!

Como estaba señalado, dos de la escolta abrían la marcha por la carretera. La columna de marcha avanzaba vacilante, balanceando las espaldas de un lado para otro, mientras la escolta marchaba a derecha e izquierda, a unos veinte pasos de la columna, guardando entre sí unos diez pasos de diferencia, con las ametralladoras siempre a punto.

Hacía una semana que no nevaba y el camino estaba muy batido. Doblaron el campo, y el viento les soplaba ahora, de lado, en el rostro. Las manos cruzadas detrás de la espalda, las cabezas hundidas, la columna marchaba como en un entierro. Lo único que se veía eran las piernas de dos o tres de los hombres de delante y un trozo del pataleado suelo donde uno ponía los pies. De vez en cuando gritaba un centinela:

–¡Ju-cuarenta y ocho, las manos en la espalda! ¡B-cincuenta y dos, enderezarse!

Luego los gritos se espaciaban, ya que el viento molestaba también a los centinelas y les impedía la visualidad. A ellos no les estaba permitido arrollarse trapos. No era, tampoco, un servicio agradable…

Cuando hacía menos frío, en la columna hablaban todos, tanto si les gustaba como si no. Pero hoy todos se habían replegado en sí mismos, todos se ocultaban tras la espalda del que iba delante y seguía sus propios pensamientos.

Pero tampoco los pensamientos de los detenidos se movían libremente: ¿No hallará alguien, por casualidad, su ración dentro del colchón? ¿Te inscribirán hoy como enfermo? ¿Le encerrará a uno o no el capitán por la tarde? ¿Cómo ha conseguido Zesar su caliente ropa interior? Seguro que ha sobornado a alguien de los del guardarropa privado. Si no, ¿cómo…?

Como Sujov había desayunado sin la ración de pan y comido todo frío, no se sentía satisfecho y, para que el estómago no empezara a pellizcarle ni a pedirle comida, dejó de preocuparse del campo y empezó a pensar en la carta que pronto iba a escribir a casa.

La columna paso al lado de las edificaciones en madera que los forzados habian construido, del bloque de viviendas tambien de madera (las barracas las habian levantado tambien los penados, aunque eran civiles los que vivian dentro), del nuevo club (desde los cimientos hasta el revoco todo hecho por los penados, mientras los civiles veian películas), y salio a la estepa contra el viento y en dirección al naciente y rojizo sol. La pura y blanca nieve se extendia a izquierda y derecha hasta el horizonte, y en toda la estepa no habia ni un solo arbolillo.

El nuevo año 1951 había empezado, y Sujov tenía derecho a escribir dos cartas. La última la había enviado en julio, y en octubre había recibido la contestación. En Ust-Ishma había empezado otra clase de orden, allí uno podía, al menos, escribir cada mes. Pero ¿qué podía uno escribir? En aquel entonces, Sujov tampoco escribía más a menudo que ahora…

Sujov había salido de su casa el 23 de junio de 1941. Aquel domingo, la gente había vuelto de la feria de Polomuja gritando: «¡Hay guerra!» En Polomuja lo había sabido la oficina de correos. En Temgeniovo, antes de la guerra, nadie poseía una radio; hoy dicen que resuena un altavoz en cada cabaña.

Escribir, ahora, significa arrojar piedrecillas a un tranquilo y profundo lago.

Lo pasado está pasado y lo lejano está lejano, no hay más que hablar. Al fin y al cabo, no puedes escribir en qué brigada trabajas ni la clase de brigadier que es Andrei Prokofievich Tiurin. Con Kilgas, el letón, tiene uno más de que hablar que con los de casa. También ellos escriben un par de veces al año -¿pueden tener intimidad?-. ¡Jamás se los imagina uno con sentimientos! Un nuevo presidente del Koljós, todos los años lo mismo. Han juntado los Koljoses. Ya lo habían hecho antes y luego los habían repartido otra vez. O uno no había

cumplido las normas de trabajo y entonces le eran arrebatadas hasta quince áreas de tierra, y a otros, incluso toda.

Por lo que Sujov no quería pasar era por las noticias que le escribían de que desde la guerra ni un alma había vuelto a pisar los Koljoses. Las muchachas y los muchachos se las arreglaban de una manera o de otra para huir en masa a la ciudad, a la fábrica, a la industria que los transformaría en turba. Le decían que la mitad de los hombres no habían vuelto de la guerra, y que aquellos que habían vuelto no querían saber nada del Koljós; que entre los hombres que habían permanecido en el Koljós estaban el brigadier Sajar Vasilitch y también el carpintero Tichon, que tiene ochenta y cuatro años y se ha casado hace poco; también hay niños. En el Koljós se marchitaban las mismas mujeres que en 1930.

Precisamente esto no le cabía a Sujov en la cabeza. Viven en el Koljós y trabajan en otras partes. Sujov había visto la vida del labrador individual y la vida en el Koljós, pero eso de que los labradores no trabajaran en su pueblo, esto no le cabía en la cabeza, no lo entendía. ¿Es que no se asemejaba eso al comercio ambulante, o…? ¿Y cómo marcha la siega del heno?

«El comercio ambulante -le volvían a escribir un año después-hace tiempo que se ha acabado. Ya no se trabaja a destajo ni de carpintero -a causa de lo cual su región había sido muy conocida-, ni se hacen cestos de mimbre; ya no los utiliza nadie. En cambio, ha surgido un oficio nuevo y curioso; pintar tapices. Alguien ha traído, desde la guerra, modelos, y desde entonces marcha la cosa; y cada vez habrá más de esos maestros; se les llaman pintores. No están empleados en ningún sitio, ayudan en el trabajo del Koljós durante un mes, precisamente en la recolección. Después el Koljós les hace un certificado para once meses en que dice que el del Koljós tal y tal tiene permiso a causa de asuntos privados y que no existe ninguna reclamación sobre él. Después viajan por todo el país y utilizan hasta aviones, porque deben economizar su tiempo, pero ganan rublos a millares y pintan tapices por todas partes, a cincuenta rublos el tapiz; cubren de colores cualquier clase de lienzo viejo, del que uno podía prescindir y para que a uno ahora no le dé pena. Se puede pintar un tapiz así en una hora, como mucho.»

Su familia alimentaba la gran esperanza de que Iván volvería y se convertiría también en un pintor de ésos. Podrían, entonces, escaparse de la miseria en la que se debatían, enviarían a los chicos al Técnico y en vez de la ruinosa cabaña instalarían una nueva. Todos los pintores se instalaban en casas nuevas. En las inmediaciones del ferrocarril ya no costaban las casas cinco mil rublos como antes, sino veinticinco mil.

Sujov escribió entonces pidiendo se le describiera cómo él podría convertirse en pintor, si él no había sabido nunca pintar. Y qué clase de maravillosos tapices tenían que ser los pintados. Su familia le había respondido que sólo un tonto no sabría pintar; sólo hay que poner encima el modelo y pasar el pincel por los sitios. De estos tapices hay sólo tres clases: una, el «tapiz-troika», en el que un oficial de húsares lleva las riendas de una troika con hermosos arreos; después, un «tapiz de venados», y luego un tercero pintado a la manera persa. No hay más modelos, pero por éstos las gentes de todo el país te decían: «Muchas gracias», y te los quitaban de las manos. Porque un tapiz auténtico costaba no cincuenta rublos, sino muchos miles.

Si Sujov hubiera podido echar al menos una mirada a esos tapices…

En los campos y cárceles, Sujov se había quitado la costumbre de devanarse los sesos sobre lo que pudiese ocurrir mañana, o dentro de un año, y cómo hacer para alimentar a la familia. Todo el trabajo de pensar se lo ahorran a uno los superiores, y así es sin duda más fácil. Y aún se pasaría encerrado un verano y luego otro invierno y otro verano. Pero lo de los tapices le daba mucho que pensar.

Una ganancia fácil y rápida, claro. También era fastidioso ser menos que los demás vecinos del pueblo… Pero, con todo, la cosa de los tapices no terminaba de gustarle. Se necesitaba descaro, frescura, para endilgárselas a éste o al otro. Sujov ya llevaba cuarenta años vegetando en este mundo, le faltaban la mitad de los dientes, su cabeza era calva. Nunca había endilgado nada a nadie, ni tomado nada. Ni en el campo aprendió a hacerlo.

El dinero fácilmente obtenido no pesa, no tienes la sensación de habértelo ganado. Decían bien los viejos: «Lo que no pagas, no lo has comprado.» Sujov aún tiene buenas manos, fuertes. ¿No iba a encontrar trabajo como fumista, carpintero o fontanero cuando estuviese en libertad? Pero como ha perdido todo derecho, nadie querrá emplearle, ni le dejarán volver a su casa. Entonces, por Dios, que vengan los tapices, cuando llegue el momento.

Entre tanto, la columna había llegado, antes que los vigilantes, a la extensa obra, haciendo alto. Algo antes, al llegar a la zona de trabajo dos vigilantes con sus pieles se habían destacado y trotaban a campo traviesa hacia sus torres de vigilancia. Hasta que no ocupaban todas las torres, no dejaban entrar a nadie. El jefe de la escolta se dirigió a la guardia con la metralleta terciada. El humo brotaba en inacabables voluntas de la chimenea del cuarto de guardia. Allí estaba de vigilancia un civil, toda la noche, para que no sacaran tablas ni cemento.

Como sumergido en la niebla, un gran sol rojizo luce a través del portal

alambrado, corta todo el terreno de la obra y la alambrada del otro lado, en la lejanía. Junto a Sujov, Alioska contempla el sol y se alegra; una sonrisa retoza en sus labios. Las mejillas hundidas, no cuenta más que con la ración. No tiene ninguna ganancia extra…, ¿de qué se alegra? Los domingos se les ve secreteando con los demás baptistas. Estar en el campo les tiene sin cuidado.

El trapo que protege el rostro durante la marcha se ha empapado durante el camino por la respiración, convirtiéndose en una costra helada. Sujov se lo apartó de la cara y volvió la espalda al viento. No le había perjudicado mucho; sólo en las manos tenía frío, por los malditos guantes, y los dedos del pie izquierdo estaban insensibles. Esto era a causa de la bota de fieltro, chamuscada y remendada dos veces.

Tenía retortijones en el pecho y la espalda, hasta en los hombros. ¡Tiene que trabajar ahora!

Se volvió, y su mirada tropezó con el brigadier, que había ido en la hilera de cinco de atrás. El brigadier tiene los hombros fuertes, es recio como un armario. Se queda parado y te mira, sombrío. Por lo que se refiere a su brigada, no ahorra denuestos, pero en cuanto a la comida, no hay queja de él. Procura que las raciones sean mejores. Es la segunda vez que está enchiquerado; el favorito de la comandancia del campo, conoce las costumbres de aquí al dedillo.

El brigadier lo es todo en el campo: un buen brigadier te regala una segunda vida, pero uno malo te lleva a la tumba. Sujov ya conocía a Andrei Prokofievitch desde Ust-Ishma, pero allí no estuvo en su brigada. Cuando, por el artículo 58, pasaron a los condenados del campo corriente a éste de castigo, Tiurin le echó aquí el guante.

Sujov no tiene nada que ver con el jefe del campo, la plana mayor, los aparejadores ni los ingenieros. En todas partes, el brigadier responde por él; el brigadier tiene el pecho de hierro. Por eso mueve sólo las cejas o hace un signo con el dedo: «¡Vamos, adelante!» En el campo engaña a quien quieras, menos a Andrei Prokofievitch, y seguirás con vida.

Sujov querría preguntar al brigadier si trabajarán en el mismo lugar que ayer o si cambian de puesto de trabajo, pero tiene miedo de turbar el curso de sus elevados pensamientos. Precisamente acaba de ahorrarles la «Sozkolonie» y está calculando los porcentajes de los que depende la comida para los próximos días.

El brigadier tiene toda la cara picada de viruelas. Se mantiene erguido contra el viento, sin torcer el gesto, la piel de la cara como corteza de encina. Todos los de la columna se golpean con los brazos, patean el suelo. ¡Qué viento más terrible! Los seis zoquetes parecen estar ya en sus torres, pero aún no los dejan

entrar en la obra. Exageran la vigilancia.

¡Por fin! El jefe de escolta y el controlador salen del cuarto de guardia, se apostan a ambos lados de la puerta y abren.

–¡En fila de a cinco! ¡Primera! ¡Segunda!

Como en el desfile, a paso de marcha, empiezan a entrar los presos. Ahora, a la zona de obras; allí, que nadie nos diga lo que hemos de hacer.

La oficina viene a continuación del cuarto de guardía. Allí está el aparejador y hace señal de acercarse a los brigadieres, que de todos modos ya se dirigían hacia él. También Derr se acerca, jefe de década y preso como nosotros, un bandido redomado que acosa a sus compañeros peor que un perro.

Las ocho y cinco minutos (acaba de sonar la sirena). La dirección de la obra teme que los presos puedan perder tiempo, desperdigarse por los cuartos de calefacción, a pesar de que el día es largo para ellos y el tiempo alcanza para todo. Todos los que están en el terreno de la obra se inclinan: una astilla por aquí, otra por allá. Fuego para nuestra estufa. Comienzan a meterse en sus agujeros.

Tiurin ordena a su ayudante Pavlo que le acompañe a la oficina. También Zesar se desvía hacia allí. Zesar es rico, recibe paquetes dos veces al mes, siempre pasa algo al que le hace falta, y trabaja de listero en la oficina, como ayudante del calculista de normas. El resto de la brigada 104 se hace a un lado y… a empezar.

El sol, rojo y neblinoso, sale sobre la obra vacía. Las piezas de madera de las casas prefabricadas están cubiertas por la nieve; aquí se empezó un muro, se hizo un fundamento y se dejó; aquí hay una cuchara de draga, rota, allá un cubo, más allá un montón de chatarra; un canal de desagüe a medio hacer, fosos excavados; los talleres de reparación de automóviles terminados sin el techo; la central de fuerza, sobre la colina, se comenzó por el primer piso.

Todos se han esfumado. Sólo los seis vigilantes están en sus torres, y en las oficinas corren de un lado para otro. ¡Ese es nuestro momento! Todas las veces que el aparejador responsable amenazó con asignar las brigadas ya la noche anterior -se dice-fue un fracaso. Porque entre ellos desde la mañana a la noche todo va de cabeza.

¡Ha llegado nuestro momento! Hasta que la dirección de la obra haya puesto sus cosas en claro, métete donde hace más calor, agáchate o siéntate, que ya te doblarás la espalda trajinando. Es bonito estar cerca de la estufa y poder volver y calentar un poco los trapos de los pies. Pero también está bien aunque no haya estufa.

La brigada 104 ha pasado al gran taller de reparación de autos, que tiene vidrios desde el otoño, y en el que la brigada 38 moldea planchas de hormigón. Algunas planchas están dentro de los encofrados, otras están dispuestas verticalmente; allí hay acero para las armaduras. Una nave alta, suelo de tierra. Aquí no hará calor, pero al menos caldean esta nave un poco, no ahorran el carbón. Incluso hay un termómetro, y hasta en domingo, cuando por el motivo que sea el campamento no sale a trabajar, un civil se queda encargado de caldearla.

Naturalmente, nadie ha ordenado a la 38 acercarse a la estufa. Ellos mismos se han sentado alrededor y se secan los trapos de los pies. De acuerdo, nos decidiremos por ese rincón de ahí.

Con el trasero de su pantalón de algodón ya muy desgastado, Sujov se acomodó al borde de un encofrado, apoyando la espalda en la pared. Al resbalar un poco, le aprietan la chaqueta enguatada y el chaleco y siente algo que le oprime en el lado izquierdo del pecho, sobre el corazón. Ese algo duro es la esquina de la corteza de pan, la mitad de la porción de la mañana, reservada para el mediodía. Siempre se llevaba al trabajo la misma cantidad, sin tocarla antes de mediodía. Por lo demás, siempre comió la otra mitad por la mañana, menos hoy. Y Sujov comprendió que no había ganado nada con ello. Ahora era presa del deseo de comerse la ración allí mismo, al calor. Hasta el mediodía quedaban aún cinco largas horas.

El dolor de los lomos había pasado ahora a las piernas. Se sentía vacilante, ¡si al menos pudiese acercarse a la estufita!…

Sujov puso los guantes sobre sus rodillas, desabotonó la chaqueta, desanudó de la nuca el helado protector de la cara, lo dobló un par de veces y se lo metió en un bolsillo. Luego sacó la mísera corteza de pan del trapo blanco y, manteniendo el trapo en el bolsillo superior, para que no se desperdiciase ninguna miga, comenzó a masticar muy lentamente, a bocados pequeños. Como había llevado el pan bajo dos prendas de vestir calentándolo con el calor de su propio cuerpo, no se había helado.

En los campos, Sujov recordaba alguna vez lo que solían comer en el pueblo: patatas -sartenes llenas de ellas; puré-a ollas enteras, y antes aún, carne, en buenos trozos. Y sobre todo eso, atiborrándose de leche hasta reventar. Hay que comer con todo el pensamiento dedicado a la comida. Así mismo, como ahora comes este pequeño bocado, estrujándolo con la lengua y chupándolo en el carrillo, qué aromático te parece ese pan negro y mojado, que Sujov lleva comiendo desde hace ocho años, y quizás aún un noveno año más. Nada que

decir. Y además trabaja. ¡Y cómo!

Así estaba Sujov, ocupado con sus doscientos gramos, mientras cerca de él, al mismo lado, estaba toda la brigada 104.

Dos estonianos estaban sentados juntos, como hermanos de sangre, sobre una baja plancha de hormigón, pasándose el uno al otro una triste colilla de cigarrillo. Esos estonianos eran ambos muy rubios, muy altos, muy delgados. Y ambos tenían largas narices y grandes ojos. Estaban tan unidos, como si el uno no tuviera suficiente aire para respirar sin el otro. El brigadier nunca los separaba. Compartían la comida a medias y también la litera superior. Y cuando estaban en fila esperando a salir, y cuando se echaban a descansar, hablaban todo el rato entre ellos, siempre en voz baja, calmosamente. Pero no eran hermanos, sino que se habían conocido aquí, en la brigada 104. El uno, se decía, era un pescador de la costa; el otro fue llevado por sus padres a Suecia de pequeño, cuando la ocupación de los soviets. Ya mayor, volvió por su propia decisión, para terminar la carrera en Estonia. Luego dicen que la nacionalidad no significa nada, que en todos los países hay malvados. Pero, de tantos estonianos como había conocido Sujov, nunca encontró ninguno malo.

Todos estaban sentados: éste sobre las planchas, el otro sobre el encofrado de madera, otros en el suelo, simplemente. Por la mañana, la lengua no se inclina a conversar; cada cual seguía el hilo de sus pensamientos y callaba. Ese chacal, Fetiukov, había recogido colillas de algún lugar (no le importaba pescarlas de la escupidera). Ahora las deshacía sobre las rodillas y echaba los restos de tabaco en un papel.

Antes Fetiukov era padre de tres hijos. Desde que estaba encerrado, todos le habían repudiado, y su mujer se casó con otro. De modo que no recibía ninguna ayuda.

Buinovski miraba de reojo a Fetiukov durante todo el rato, y finalmente ladró:

–¿Por qué diablos recoges toda esa porquería de microbios? ¿Es que quieres agarrar la sífilis? ¡Deja eso!

El capitán de fragata está acostumbrado a mandar. Cuando habla con la gente, es como si diera órdenes. Pero Fetiukov no depende de Buinovski para nada, y el capitán tampoco recibe paquetes. Por ello replica, torciendo en una sarcástica sonrisa su boca casi desdentada:

–¡Espera, capitán, a estar ocho años encerrado, y tú también las recogerás! Ya hemos tenido gente más orgullosa que tú en el campo…

Fetiukov juzga según su propia experiencia, pero el capitán quizá no doble la

cabeza…

–¿Qué pasa? ¿Qué pasa? – Senka Klevschin, que no oye bien, no lo ha cogido todo. Piensa que hablan de cómo por la mañana, al salir, Buinovski montó en cólera.

–¡No vale la pena alterarse! – movió la cabeza, abatido-. Todo termina por olvidarse.

Senka Klevschin es un pobre tonto. Ya se le rompió el tímpano en 1941. Por este tiempo fue hecho prisionero, escapó, volvieron a echarle el guante y le encerraron en Buchenwald. Allí escapó a la muerte de milagro. Ahora cumple su condena resignadamente: si sales de tus casillas, estás perdido.

Eso es cierto; gime y aguanta. Si te rebelas, te pierdes. Alexei tenía la cara oculta entre las manos y callaba, rezando.

La porción de Sujov se había quedado en nada; de todos modos, se guardó un trocito roído de la corteza redonda del trozo de pan. Pues con ninguna cuchara puede aprovecharse todo el puré de la escudilla tan bien como con el pan. Envolvió la mísera corteza otra vez en el trapo blanco, para la ración del mediodía; guardó el envoltorio en el bolsillo interior, bajo el chaleco, se abotonó la chaqueta a causa del frío y se dispuso a trabajar. Claro que sería mejor si aún esperara un poco.

La brigada 38 se puso en pie, dispersándose. Este a la máquina mezcladora, el otro a por agua, el otro a las armaduras. Pero ni Tiurin ni su ayudante Pavlo se dejaban ver de su brigada. Y aunque la 104 llevaba sólo veinte minutos esperando, y la jornada invernal abreviada era hasta las seis, a todos les parecía una gran felicidad, como si no faltase ya mucho hasta el anochecer.

–¡Ah! ¡Hace mucho que no hay tormenta de nieve!

–suspiró el sonrosado y bien alimentado letón Kilgas-. ¡En todo el invierno, ni una sola tormenta de nieve! ¡Eso no es invierno ni es nada!

–Sí…, tormentas de nieve…, tormentas de nieve…

–suspiró toda la brigada.

Cuando había tormenta de nieve el temor no era de salir a trabajar, sino simplemente de traspasar la puerta del barracón. Pues si del barracón de los dormitorios al del comedor no han tendido un cable, uno se pierde. Si un preso se hiela en la nieve, mal rayo lo parta. Mas, ¿y si se las pira? Ya pasó. Durante las tormentas, la nieve es como polvillo y se adensa durante la nevisca como si alguien la apisonara. Precisamente durante una de esas tormentas, al quedar la alambrada cubierta de nieve, se largaron algunos. Claro que no llegaron muy lejos.

La tormenta de nieve, si se piensa bien, no trae ninguna ventaja. Los presos quedan encerrados, el carbón no llega a tiempo y el calor se disipa del barracón. No traen harina al campo, y no hay pan. Ni en la cocina les llega. Pero, por tiempo que dure una de estas tormentas -tres días, una semana quizá-, esos días cuentan como tiempo libre y luego le echan a uno a trabajar el mismo número de domingos.

A pesar de todo, los presos aman la tormenta de nieve y rezan para que se presente. Apenas se hace un poco insistente el viento, todas las miradas se dirigen al cielo. ¡Si hubiera candela! ¡Candela!

O sea, nieve.

Con un viento rasante sobre el suelo, no puede resultar una tormenta de nieve como es debido.

Ya se acercaba uno para calentarse a la estufa de la brigada 38, siendo ahuyentado ruidosamente.

En el mismo momento, Tiurin entró en la nave. Estaba sombrío. Los compañeros de la brigada comprendieron: había que hacer algo, y en seguida.

–Bieeen -miró Tiurin a su alrededor-. ¿Todo listo, la ciento cuatro?

Sin controlar ni hacer recuento -a Tiurin jamás se le escapará nadie-, comenzó a repartir rápidamente. Los dos estonianos, junto con Klevschin y Gopsik, fueron enviados a llevar la gran artesa para el mortero a la central de energía. Con esto resultaba evidente que la brigada se cambiaba a la central, que no estaba terminada y había sido abandonada a finales de otoño. Dos hombres fueron enviados a la entrega de herramientas, donde Pavlo recibía utensilios. Cuatro hombres fueron encargados de quitar la nieve de los alrededores de la central, de la entrada a la sala de máquinas, de la misma sala de máquinas y de las escaleras. Dos más recibieron la orden de cargar la estufa de la nave con carbón, y de procurarse y partir madera y tablas. Otro transportaba cemento allí con el trineo. Dos llevaban agua, dos acarreaban arena y uno debía quitar la nieve de esta arena y reducirla a trocítos con el formón.

Con ello, sólo quedaron Sujov y Kilgas, los capataces de la brigada. El brigadier los llamó así:

–Bien, muchachos -no tenía más edad que ellos, pero tenía la costumbre de llamarlos «muchachos»-, a partir del mediodía empezaréis a levantar una pared con tochanas en el primer piso, donde terminó la sexta brigada en otoño. Ahora hay que calentar la sala de máquinas. Tiene tres grandes ventanas, que habrá que tapar de alguna manera. Os daré gente para que os ayuden, pero antes hay que pensar con qué taparlas. La sala de máquinas servirá para mezcla de mortero y

calefacción a la vez. Si no conseguimos calentarla, pasaremos un frío de perros, ¿entendido?

Quizás habría seguido hablando, pero entonces se acercó Gopsik, un muchacho de unos dieciséis años, rosado como un cerdito, para quejársele de que la otra brigada no quería entregar la artesa y había disputas. Tiurin se puso en camino hacia allí.

Aunque era difícil comenzar la jornada de trabajo con aquel frío, sólo era cuestión de aquel comienzo. Lo único que importaba era superarlo.

Sujov y Kilgas se miraron. No era la primera vez que trabajaban juntos, y apreciaban cada uno en el otro al carpintero y al albañil. No sería fácil encontrar en ese desierto de nieve algo que sirviera para tapar las ventanas. Pero Kilgas dijo:

–¡Vania! Sé un sitio, al lado de las casas prefabricadas. Hay un grueso rollo de cartón alquitranado. Yo mismo lo guardé. ¿Vamos allá?

Aunque Kilgas es letón, habla ruso como su lengua materna. En la vecindad había un poblado de baptistas, y allí lo aprendió de niño. Hace sólo dos años que Kilgas conoce los campos, pero sabe de todo: lo que no sacas a mordiscos, tampoco lo sacas pidiendo.

Decidieron agenciarse el cartón de cubiertas. Sujov se dirigió antes, acompañado por Kilgas, al edificio del taller de reparación de automóviles, dentro del recinto de la obra, para buscar su paleta. La paleta es algo extraordinario para el albañil, pues se adapta bien a la mano y es ligera. Pero en todas las obras la regla era que por las mañanas se recibían las herramientas y por la noche se devolvían. Era cuestión de suerte la herramienta que se cogía a la mañana siguiente. Un día, Sujov engañó al encargado y no devolvió la mejor de las paletas. Ahora la escondía todas las noches en un sitio distinto y cada mañana, si había que levantar una pared, volvía a sacarla. Seguro que si la 104 hubiera tenido que ir a la «Sozkolonie», Sujov se habría quedado sin paleta. Mas ahora apartó una piedra, metió el dedo en la hendidura y la sacó. Sujov y Kilgas abandonaron el taller de reparación de coches y se dirigieron a las casas prefabricadas. Su respiración formaba densas nubes de vapor. El sol había salido ya, sin rayos, como entre la niebla. A un lado se erguían unos postes.

–¿No son postes eso? – señaló hacia delante Sujov.

–¡No nos han de molestar los postes! – Kilgas hizo un gesto negativo y comenzó a reír:- A menos que hayan tendido alambres de púas entre ellos. ¡Eso es lo que importa!

Kilgas no dice una frase sin bromear. Por eso le aprecian en toda la brigada.

¡Y cómo charlan con él los letones del campo! Bien, Kilgas se alimenta normalmente, dos paquetes al mes, está sonrosado y como si no estuviera en un campo de concentración. Así ya se puede bromear.

El terreno de la obra es gigantesco. Se tarda algún tiempo en cruzarlo. Por el camino se encuentra a los compañeros de la brigada 82. Están haciendo fosas de 50 X 50 en cuadrado y sólo 50 de hondo, pero el suelo es aquí como piedra, incluso en verano, y ahora está helado además: ¡Intenta penetrarlo! Si golpeas con el pico, rebota, y saltan chispas. De tierra, ni asomos. Cada uno de los muchachos está sobre su agujero, mirando a su alrededor. No hay donde calentarse, y no les dejan marcharse. De manera que vuelven a coger su pico; al menos, calienta.

Entre ellos, Sujov reconoce a uno de la región de Viatka y le da un consejo:

–Oye, haced una hoguera sobre cada agujero y se deshelará la tierra.

–No lo permiten -suspira el paisano-, ni dan madera.

–Hay que encontrarla. Kilgas escupe al suelo.

–Bueno, Vania, tú mismo: si la dirección de la obra tuviera entendimiento, ¿pondría gente a cavar el suelo con picos, con frío?

Kilgas rezonga cosas incomprensibles durante un rato aún, y luego se calla, pues el frío quita las ganas de hablar. Siguen y siguen adelante, llegando al lugar donde están cubiertas por la nieve las planchas para casas prefabricadas.

A Sujov le gusta trabajar con Kilgas. Sólo tiene una falta; no fuma, y en sus paquetes no le envían tabaco.

Realmente, Kilgas es un fino observador. Levantan una tabla, luego otra, y debajo aparece el rollo de cubierta alquitranada.

Lo sacan. Ahora ¿qué? ¿Cómo llevarlo? Pueden ser vistos desde la torre de vigilancia, pero eso no importa. Los zoquetes sólo se ocupan de que no se les escapen los presos, pero dentro de la obra podrían hacer palillos de la madera de construcción; aunque les viera el inspector del campo, no sería grave. El también procura por su interés. A los «trabajadores» les importan un pito las casas prefabricadas, igual que a los brigadieres. Sólo el aparejador civil, el jefe de década de entre los presos y el altísimo Schkuropatenko, un preso cualquiera. Por esto le han encargado provisionalmente de vigilar las casas prefabricadas para que los presos no se lleven nada. Ese Schkuropatenko es precisamente quien podría pescarlos en campo abierto.

–No debemos llevarlo horizontal, Vania -reflexiona Sujov-. Cojamos el rollo verticalmente; así podremos transportarlo con facilidad y cubrirlo con nuestros cuerpos. Desde lejos no lo verá.

La idea de Sujov es buena. Sería incómodo llevar el rollo bajo el brazo. Abandonan el intento y en su lugar lo llevan apretado entre los cuerpos, de manera que parece un tercer hombre. Visto de perfil, se diría que dos hombres caminan uno al lado del otro.

–Pero más tarde el aparejador verá el cartón en las ventanas y así lo descubrirá -dice Sujov.

–Y a nosotros ¿qué nos importa? – pregunta Kilgas, admirado-. Nosotros lo encontramos todo puesto en la central, ¿íbamos a arrancarlo?

También era verdad.

Los dedos se han quedado rígidos dentro de los delgados guantes; están insensibles. La bota de fieltro izquierda aguanta. Eso es lo principal. Las manos ya se deshelarán durante el trabajo. Ambos cruzan por la nieve virgen y llegan a las huellas del trineo, que llevan del cobertizo de las herramientas a la central. Sin duda acarrean ahí el cemento.

La central eléctrica está en una colina; detrás termina la zona exterior. Hace mucho que nadie pasaba por aquí, todos los caminos de entrada a la central están uniformemente cubiertos de nieve. Por eso se marcan con más claridad las huellas del trineo y el rastro reciente, las profundas huellas que ha dejado nuestra gente. Ya están despejando con palas de madera el espacio alrededor de la central, y abren el camino para el camión.

Si al menos hubiera funcionado el pequeño montacargas. Pero el motor está quemado, y evidentemente no ha sido reparado. Eso quiere decir que una vez más uno tiene que subirlo todo al primer piso por sí mismo. El mortero. Las tochanas.

Durante dos meses la central ha quedado abandonada en la nieve como un esqueleto gris. Ahora llega la 104. ¿Qué ha de hacer la gente? Las tripas vacías están rodeadas con una faja de lona; hace un frío atroz, y en ninguna parte una oportunidad de calentarse, ni una chispita de fuego.

Mas, a pesar de todo, llega la 104, y la vida empieza de nuevo. Nada más entrar a la sala de máquinas, la artesa se parte en dos. Ya estaba vieja, y Sujov no hubiera creído posible traerla sana hasta allí. El brigadier suelta algunas maldiciones para cubrir el expediente, pero dándose cuenta de que nadie tiene la culpa. Ahí llegan Kilgas y Sujov trayendo entre los dos el cartón alquitranado. El brigadier se alegra y en seguida organiza una nueva distribución: Sujov arreglará el tubo de la chimenea; Kilgas está encargado de reparar la artesa del mortero, en lo cual le ayudarán dos estonianos, y a Senka Klevschin le dan el hacha para que haga listones largos en que clavar el cartón, pues éste sólo es la mitad de ancho

que la ventana. ¿De dónde sacar listones? El aparejador no proporciona madera para una nave de calefacción. El brigadier mira a su alrededor, y los demás también. No hay más que una solución: arrancar algunas de las tablas que en la escalera del primer piso sirven de baranda. No hay que adormilarse al subir, y así no se caerá nadie. ¿Qué podía hacerse, si no?

¿Por qué habría de partirse los lomos trabajando durante diez años un preso en un campo de concentración? No quiero, y basta. Hay que estirar el trabajo durante el día, hasta que anochezca, y así al menos le pertenece a uno la noche.

Mas este cálculo no sale. Para eso se inventaron las brigadas. Naturalmente, no se trata de brigadas como las de fuera del campo, en las que Iván Ivanitch recibe más paga que Piotr Petrovitch. La brigada en los campos no está para que la comandancia vigile a los presos, sino para que unos presos se vigilen a otros. Entonces sólo hay una solución, todos trabajan más, o todos revientan. ¿No trabajas, marrano? ¿Habré de pasar hambre por tu culpa? ¡A pensar, sucio!

Y cuando llega encima un momento como el de ahora, sí que no debes quedarte sentado. Quieras o no, has de saltar, correr y moverte. Si en dos horas no organizamos una nave de calefacción, habrá sonado la última hora para nosotros.

Pavlo ha traído ya las herramientas; no tiene más que escoger. También hay algunos tubos. No son herramientas de fontanero, desde luego, pero hay un martillo de mecánico, de tamaño menor, y una pequeña hacha. Ya nos arreglaremos.

Sujov se golpea los guantes, acopla los tubos y une las junturas. Alternativamente, se golpea las manos y une tubos (acaba de esconder su paleta aquí cerca. Hasta los compañeros de la brigada podrían cambiársela. Hasta Kilgas).

Todos los pensamientos quedan como apagados de repente. Sujov no piensa más que en cómo hará para componer y montar los codos y que no se escape el humo. Envía a Gopsik a buscar alambre, para que el tubo de la chimenea pueda colgarse de la ventana.

En el rincón todavía hay una estufa baja con un tiro de obra. Tiene arriba una plancha de hierro, que puede caldearse. Sobre ella se deshiela y seca la arena. La estufa ya está encendida. El capitán y Fetiukov traen la arena en artesas de mano. Para ese trabajo no se necesita mucho entendimiento. Por eso el brigadier emplea en él a los que fueron mandos. Fetiukov parece haber sido un director importante de alguna oficina; iba en coche.

Durante los primeros días, Fetiukov se insolentaba con el capitán y le gritaba

a veces. Pero en una ocasión el capitán le atizó un gancho en la barbilla, y hubo paz.

Los muchachos se arraciman junto a la estufa con la arena, para calentarse, pero el brigadier les advierte:

–¡Ya os haré yo entrar en calor! ¡Terminad antes la instalación!

A perro escarmentado, no hay más que enseñarle el palo. El frío es duro, pero el brigadier aún lo es más. Los chicos ponen otra vez manos a la obra. Sujov oye cómo el brigadier le dice en voz baja a Pavlo:

–Quédate aquí y vigila. Voy a fijar los tantos por ciento.

Depende más de los tantos por ciento que de todo el trabajo. Si el brigadier es listo, se empeña en esto, y así vamos pasando. Cuando no se hizo cosa alguna, demuestra que se hizo. Si algo se paga poco, dale de vueltas para que te den más. Para eso el brigadier ha de tener algo de mollera y estar a la altura de los de la norma. También éstos tienen que ser vivos.

Si se piensa bien, ¿para quién son esos tantos por ciento? Para los del campo. Se saca de la obra unos cuantos miles de más y se da prima a los tenientes; como a ese Volkovoi para su látigo. Y a ti te dan doscientos gramos más de pan para cenar, doscientos gramos que deciden de tu vida.

Traen ahora dos cubos de agua, que se heló durante el camino. Pavlo se dio cuenta que así no valía la pena. Sería más rápido fundir agua de la nieve. De manera que colocaron los cubos sobre la estufa.

Gopski trajo hilo de aluminio, como el que usan los electricistas para tender conducciones.

–¡Iván Denisovich! Este cable es bueno para cucharas. ¿Me enseñará usted cómo se funden las cucharas?

Iván Denisovich ama a ese Gopsik, ese pillo (su propio hijo murió, de pequeño, y sólo le quedan en casa dos hijas mayores). A Gopsik le encerraron por llevar leche a los partisanos del bosque. Le condenaron igual que a los mayores. Es un animalillo amable, siempre de buen humor con todos. ¡Y es listo! Siempre se come sólo lo de sus paquetes, y a veces mastica por la noche. No se puede dar de comer a todos.

Cortaron el cable en trozos para la cuchara, y los escondieron en un rincón. Sujov clavó dos tablas formando una escala y encargó a Gopsik de colgar el tubo. Ligero como una ardilla, Gopsik trepó por las traviesas, clavó un clavo, le ató un cable y colgó el tubo. Mientras tanto Sujov no se estuvo mano sobre mano, sino que proyectó al tubo de un recodo hacia arriba. Hoy no hace viento, pero aunque haga mañana, el humo no entrará. Hay que entenderlo: la estufa está

para uno mismo.

Senka Klevschin había terminado los listones, y el rápido Gopsik tuvo que clavarlos. El pequeño diablo trepó y aullaba desde arriba.

El sol estaba más alto, habiendo dispersado la niebla; los postes habían desaparecido… y el disco parecía más rojo. Y mientras tanto, aquí calentábamos la estufa con la madera robada. Así era mucho más divertido.

–En enero el sol calienta las costillas de las vacas -explicó Sujov.

Kilgas terminó de clavar la artesa, golpeó unas cuantas veces con la pequeña hacha y exclamó:

–¡Oye, Pavlo, por este trabajo el brigadier tendrá que pagarme cien rublos; con menos no me conformo! Pavlo rió.

–Cien gramos más te darán.

–¡El fiscal te pondrá algo de propina! – bramó Gopsik desde arriba.

–¡Quieto! ¡Deja eso! – exclamó Sujov. Habían empezado a cortar mal el cartón alquitranado.

Les enseñó cómo debía hacerse.

Se habían reunido mucha gente alrededor de la estufita de hojalata. Pavlo los separó. A Kilgas le asignaron un ayudante con la orden de hacer cubetas para mortero, con el fin de poder subirlo. Dos hombres más se destinaron a acarrear arena. Pavlo los mandó arriba para que limpiaran de nieve el puesto de trabajo y el muro. Luego destinó a otro para que quitase la arena caliente de la estufa y la vertiese en la artesa. Fuera se oyó el rugido de un motor; traían las tochanas.

Pavlo salió corriendo y movió los brazos para indicar dónde tenían que descargar el material.

Entretanto quedó clavada una, luego otra tira de cartón. Pero ¿qué protección puede dar el cartón? El papel no puede ser más que papel. Con todo, se formaba una especie de pared continua. En la nave, ahora a oscuras, la estufa al rojo brillaba más.

Alioska trajo carbón. Los unos le gritaban: «¡Carga!»; los otros: «¡No cargues! ¡Nos calentaremos con la madera!» El se detuvo, y no sabía qué partido tomar.

Fetiukov se había sentado junto al fuego. El muy idiota se acercaba mucho al fuego con las botas de fieltro. El capitán lo cogió por el cogote y lo empujó hacia las cubetas:

–¡A llevar arena, cabrito!

El capitán consideraba el trabajo del campo igual que el servicio de la Marina. ¡Si se ha recibido una orden, hay que ejecutarla! Ha adelgazado mucho

en el último mes, pero aún puede con el paquete.

En fin, las tres ventanas han quedado tapadas. Sólo por la puerta entra aún la luz, pero también el frío. Pavlo ordena cubrir la parte superior de la puerta y no dejar más espacio que el necesario para pasar con la cabeza baja.

Mientras, tres volquetes han subido las tochanas y han descargado. El siguiente problema será el de subirlas. ¿Cómo podrá hacerse sin montacargas?

–¡Los albañiles, vamos, iremos arriba! – les estimula Pavlo.

Cuestión de honor. Sujov y Kilgas suben con Pavlo. Si la escalera ya era estrecha antes, ahora, después que Senka ha arrancado la baranda, hay que arrimarse al muro para no caer. Además, la nieve se ha helado en los escalones, redondeándolos, de modo que el pie no encuentra apoyo. ¿Cómo podrá subirse el mortero?

Se vuelven hacia donde se ha de levantar el muro. Otros están quitando la nieve de encima con palas. ¡Ah!, bien. Romperemos el hielo que cubre el muro viejo con el hacha y lo quitaremos con la escoba de ramaje.

Calculan desde dónde habrá que pasarse las tochanas, y miran hacia abajo. Luego deciden lo siguiente: En vez de acarrear las piedras por la escalera, cuatro hombres las lanzarán al puesto de trabajo, hacia arriba, donde dos más las seguirán pasando. Al primer piso irán también dos hombres para pasarlas, y así adelantará más de prisa el trabajo.

Arriba, el viento no es fuerte, pero hay corriente de aire. Los traspasará durante el trabajo; pero tú te colocas detrás de la parte terminada, te ocultas detrás del muro, y así será un poco más soportable, menos frío. Sujov miró al cielo: ¡Ah, qué despejado, y el sol casi en el cénit! ¡Cómo pasa el tiempo trabajando! Como muchas otras veces, Sujov se dio cuenta: los días en el campo pasan volando. Pero la condena misma no parece cambiar; no toca nunca a su fin.

Volvieron abajo. Todos estaban junto a la estufa; sólo el capitán y Fetiukov seguían transportando arena. Pavlo se enfureció y mandó a ocho hombres de una vez para que se ocuparan de las tochanas. Otros dos hubieron de echar cemento en la artesa y mezclarlo en estado seco con la arena. Uno fue enviado a buscar agua, otro a por carbón. Y Kilgas se dirigió a su comando:

–Bien, hijos míos, hay que acabar de una vez las cubetas.

–¿Puedo echarles una mano? – Sujov pide así a Pavlo que le dé trabajo.

–Bien -asiente éste.

En aquel momento traen un recipiente con que derretir nieve para hacer el mortero. Alguien dice que ya son las doce.

–Deben ser las doce -explica Sujov-, porque el sol está en su cénit.

–Cuando está en el cénit -anuncia el capitán-no son las doce, sino la una.

–¿Cómo? – se asombra Sujov-. Pero si ya los antiguos sabían que a mediodía el sol está en lo más alto.

–¡Sería en la Antigüedad! – replicó secamente el capitán-. Pero ahora se ha publicado una orden, por la cual el sol ha de estar en lo más alto a la una.

–¿Quién ha publicado esa orden?

–¡El Gobierno soviético!

El capitán sale cargado con sus cubos, y Sujov no quiere peleas. ¿Será cierto que hasta el sol obedece las órdenes de ellos?

Siguieron martillando y golpeando, y al fin terminaron cuatro cubetas de albañil pequeñas.

–Está bien; sentémonos y calentémonos un poco -dijo Pavlo a los dos albañiles-. Y usted, Senka, ayudará a levantar el muro después de comer. ¡Siéntese!

Se acurrucaron debidamente junto a la estufa. Antes del mediodía, de todos modos, no comenzarían a levantar pared, y no valía la pena de empezar a mezclar el mortero, pues entre tanto se helaría. Los carbones esparcían un calor bastante regular. Claro que no se notaba sino cerca de la estufa; en el resto del recinto hacía un frío de perros, igual que antes.

No conviene acercar demasiado los pies calzados al fuego, ¡conviene recordarlo! El cuero se vuelve quebradizo y se raja. Las botas de fieltro se humedecen, empiezan a desprender vapor, pero de calentarse los pies, ni asomos. Si los acercamos más al fuego, se chamuscan. Luego vas con un agujero hasta la primavera, y no te hagas ilusiones de conseguir otro par.

–¿Qué hace Sujov ahí? – inicia Kilgas una conversación-. El Sujov, muchachos, casi está con un pie en casa.

–Sí, con el desnudo -interviene uno. Todos ríen: Sujov se ha quitado la bota izquierda, la que está chamuscada, y seca los trapos al fuego.

–Sujov ya termina de cumplir su condena.

Al propio Kilgas le clavaron veinticinco años. Los demás tuvieron más suerte en el juicio; los tomaron en bloque y los encerraron por diez años. Mas, desde 1949, todas las condenas eran mayores, a veinticinco años sin discriminaciones. Diez años aún pueden pasar de algún modo, pero sobrevivir durante veinticinco…

Sujov se sentía satisfecho cuando todos los dedos le señalaban: «A ése le falta poco para salir.» Pero en su fuero interno no estaba muy seguro. Los que

cumplían la condena durante la guerra fueron retenidos «en reserva» hasta 1946. El que estaba condenado a tres años por ejemplo, se quedaba encerrado cinco años más. Es una ley muy elástica. Pasan los diez años, y pueden caerte otros diez, o el destierro.

Cuando uno lo piensa, se vuelve loco. Alguna vez tiene que acabar la condena, como un film… ¡Dios mío! ¿Ser dueño de sí mismo? ¿Estar en libertad?

Naturalmente, como perro viejo en los campos, esto no podía decirse en alta voz, no hubiera estado bien. Sujov se dirigió a Kilgas:

–¡No cuentes tus veinticinco años! Querer cumplir veinticinco años de condena sería como sacar agua con un tenedor, ¿no? Llevo ya ocho años encima, justos.

Somos en este mundo como una brizna de paja.

Según la acusación, Sujov estaba condenado por alta traición. El había confesado y declaró que hizo que le cogieran prisionero con intención de traicionar a su país, y que fue puesto en libertad para cumplir una misión del servicio secreto alemán. Cuál fuese esta misión, no pudo precisarlo Sujov ni el juez de instrucción. Una misión, pues, quedó en los papeles.

El cálculo de Sujov fue bien sencillo: si no firmas, será tu muerte; si firmas, aún vivirás unos añitos. De manera que firmó.

En realidad, las cosas ocurrieron así: en febrero de 1942 encerraron a todo el ejército en una bolsa del frente, y de los aviones ya no tiraban comida, pues no debían de quedar aviones. Llegaron incluso a raspar los cascos de los caballos que reventaron, mezclando luego esa materia córnea con agua, para comérsela. Tampoco había con qué disparar. Así, los alemanes los cazaron en grupos a través de los bosques, haciéndolos prisioneros. Con uno de estos grupos, Sujov estuvo unos días en cautiverio, aún dentro de los bosques, y luego se escapó con otros cuatro. Ocultándose en los bosques y los pantanos, encontraron al fin, como por milagro, las propias tropas. Un tirador de ametralladoras segó a dos de ellos allí mismo, el tercero murió a consecuencia de su herida; los dos restantes consiguieron pasarse. Habría sido mejor decir que se perdieron en los bosques, y no hubiera ocurrido nada. Pero ellos confesaron abiertamente: ¡prisioneros de los alemanes, sí! ¿Conque prisioneros? ¡Hijitos de puta! ¡Si hubieran sido cinco, se habrían comparado sus declaraciones, y les habrían creído; pero siendo dos, ¡imposible! ¡Los muy canallas se han puesto perfectamente de acuerdo en esa historia de la fuga!

Senka Klevschin ha oído, como de lejos, que la conversación versa sobre

fugas y prisiones, y dice en voz alta:

–Yo me largué tres veces, y las tres volvieron a cogerme.

Senka, el paciente, se vuelve cada día más silencioso. No puede oír a las personas, y no se mezcla en ninguna conversación. Por esto se sabe poco de él, salvo que estuvo en Buchenwald y perteneció a una organización de resistencia que introducía armas en la zona del campo de concentración, para organizar una revuelta. Y que los alemanes lo colgaban con las manos atadas a la espalda y le daban de bastonazos.

–Tú, Vania, llevas ocho años preso. ¿En qué campos? – interviene Kilgas.

–En los normales, pues. Viviríais con mujeres. No llevabais números. ¡Pásate ocho años en el campo de castigo, en cambio! ¡Eso no lo resiste nadie!…

–¿Con mujeres?… ¡Con viruela de ballena, y no con mujeres…!

Con los vigilantes, pues.

Sujov tiene los ojos fijos en la lumbre y se acuerda de los siete años pasados en el Norte. Cómo transportó durante tres años, con el remolcador, madera escuadrada y traviesas. Allí también había hoguera durante las pausas entre la corta de madera; no de día, naturalmente, sino por la noche. El comandante del campo lo había convertido en ley: si una brigada no cumple la norma del día, se queda por la noche en el bosque.

Y luego volver al campo a medianoche, y por la mañana otra vez al bosque.

–No, hermanos, aquí hay más tranquilidad… -murmuró para sí-. Aquí el final del trabajo es ley. Terminado o no… ¡al campo! Y la norma garantizada es de cien gramos más. Aquí se puede vivir. Un campo de castigo. Bien, pero ¿te molestan los números? No pesan nada esos números.

–¡Silencio! – siseó Fetiukov. Se acerca la pausa de mediodía, y todos se apretujan junto a la estufa-. ¡Matan personas en la cama! ¡Silencio!

–No personas, sino soplones -Pavlo alza el dedo, amenazando a Fetiukov.

En efecto, algo nuevo pasaba en el campo. Una mañana, dos conocidos soplones fueron encontrados en sus yacijas, degollados. Luego le ocurrió a un inocente, cuyo lugar confundieron. Otro denunciante escapó a la dirección, a las celdas del campo, donde le escondieron… en el «bunker» de hormigón. Cosa rara… ¡Aquello no pasaba en los campos normales! Ni allí pasó nunca hasta entonces.

De súbito sonó la sirena; al principio no a plena potencia, sino de manera algo ronca, con un gorgoteo.

¡Mediodía! ¡Descanso!

¡Perdido, lástima! Había pasado el momento de ir al comedor a hacer cola.

En la obra trabajaban once brigadas, pero en el comedor cabían sólo dos. El brigadier aún no ha vuelto. Pavlo recorre el terreno con rápida mirada y decide:

–Sujov y Gopsik, conmigo. ¡Kilgas! ¡Cuando le envíe a Gopsik, traiga en seguida a la brigada!

Otros ocupan en seguida sus puestos junto a la estufa, que rodean como a una mujer a quien quisieran abrazar.

–¡Basta de charla! – gritaron los muchachos-. ¿Quién fuma uno?

Todos se miran entre sí, a ver cuál fuma. Pero nadie tiene; o bien no hay tabaco, o lo retiene y no quiere mostrarlo. Salen afuera con Pavlo; Gopsik trota tras ellos.

–Hace más calor -comprueba inmediatamente Sujov-. Dieciocho grados, no más. Irá bien para trabajar.

Se vuelven hacia las tochanas. Los muchachos han subido muchas al puesto de trabajo, algunas incluso al piso anterior.

Sujov mira también hacia el sol, con los ojos entrecerrados, por lo de la orden de que habló el capitán. En terreno abierto, que pasa libremente el viento, el frío aprieta aún. No olvides que estamos en enero.

La cocina de la obra es una choza de tablas, muy pequeña y miserable, montada alrededor del hogar, y claveteada con chapa oxidada para tapar las rendijas. Por dentro, esa mísera choza está dividida en cocina y comedor por medio de una pared. Ni en la cocina ni en el comedor hay entablado. Tal como apisonaron el suelo con los pies, así ha quedado, con pequeñas jorobas y hoyos. La cocina no es más que un hogar cuadrado con caldera encastrada.

En esta cocina mandan dos hombres, el cocinero y un sanitario. Cuando salen al campo por la mañana, el cocinero recoge en la gran cocina del campo la cebada. Para cada uno alrededor de cincuenta gramos, un kilo por brigada; y la columna de trabajo recibe algo menos de un «pud». El cocinero no llevaría ese saco de cebada tres kilómetros; para eso tiene a su peón. Antes que tullirse los lomos con la carga, prefiere dar al peón una ración especial a costa de los «trabajadores». Ir a por agua, llevar madera, encender la cocina, todo eso no lo hace el cocinero por sí mismo, sino los «trabajadores» y muertos de hambre, que reciben su ración especial; regalar bienes ajenos no duele. Luego se ordenó que sólo se debía comer en el comedor; hay que traer las escudillas del campo (no puedes dejarlas en la obra; por la noche las roban los civiles), cincuenta unidades y no más, las lavan aquí y vuelven a usarlas, para ir más de prisa (el portador de las escudillas también recibe su ración especial). Para que no desaparezcan las escudillas del comedor, se aposta otro ayudante a la puerta; ninguna escudilla ha

de salir de allí. Pero, por mucho que vigile, siempre desaparece una, sea convenciendo o distrayendo al vigilante. Por esto hay que enviar por toda la obra a un hombre que va recogiendo las escudillas sucias y las devuelve a la cocina. A éste una ración, al otro otra ración.

El cocinero sólo hace lo siguiente: Echa la cebada y la sal en la marmita, y divide la grasa entre ésta y él mismo: la grasa buena ni la ven los «trabajadores», la mala va a parar al caldero. Por eso los presos prefieren que el campo suministre grasa mala. Luego el cocinero remueve el puré cuando está a punto. Pero el sanitario ni siquiera hace esto; está sentado y mira. Una vez hecho el puré, le sirve en seguida al sanitario. ¡Come hasta reventar! Y él mismo también se atiborra a placer. Luego viene el brigadier de servicio -cada día uno distinto- para hacer una prueba, supuesto que tiene que probar si el puré puede darse a los «trabajadores». Doble ración para el brigadier de servicio.

Luego suena la sirena. Los brigadieres se acercan en fila, y el cocinero les pasa las escudillas a través de la ventanilla. En estas escudillas el fondo está bien cubierto de puré. Cuánto de su cebada hay allí, no lo podrás saber ni calcular jamás. Si abres la boca, te la tapan a estacazos.

Sobre la estepa desnuda sopla el viento… seco en verano, helado en invierno. Aquí no crece nada, y en el recinto de entre las cuatro alambradas, menos aún. Sólo hay pan donde lo cortan, y la avena en el almacén. Puedes romperte los lomos a trabajar o arrastrar la barriga por el suelo, que aquí la tierra no produce nada. No tendrás más de lo que te asigne el comandante. Y ni siquiera eso, pues primero vienen los cocineros, luego sus ayudantes, y los peones. Aquí roban, en la obra roban, y también antes, en el almacén. Y todos los que roban, no dan golpe. ¡Tú, en cambio, trabaja y toma lo que te den, y apártate de la ventanilla!

Aquí rige la ley del más fuerte.

Pavlo y Sujov entran con Gopsik en el comedor. Está lleno de bote en bote, y detrás de las muchas espaldas no se ven las estrechas mesas ni los bancos. Algunos comen sentados, pero la mayoría está de pie. La brigada 82, que durante toda la mañana y sin pausa para calentarse ha estado cavando fosas, es la primera en ocupar los puestos después del toque de la sirena. Ahora que han comido, no querrán levantarse. Dónde iban a calentarse mejor que aquí. Los otros maldicen a la brigada, pero ellos no oyen ni ven; aun con maldiciones, se está mejor dentro que fuera, al frío.

Pavlo y Sujov se abren camino a codazos. Llegan a tiempo, una brigada está recibiendo sus raciones, de modo que sólo queda otra. También los ayudantes de

brigadier están junto a la ventanilla. Por lo tanto, los demás irán detrás de nosotros.

–¡Platos! ¡Platos! – grita el cocinero a través de la ventanilla, y ya le están pasando, también Sujov recoge escudillas y las hace pasar; no por una ración extra de papilla, sino por ir más de prisa.

Ahora los ayudantes, detrás de la pared de separación, están lavando las escudillas, una vez más por su ración.

El ayudante de brigadier que está delante de Pavlo acaba de recibir su porción. Pavlo grita por encima de las cabezas:

–¡Gopsik!

–¡Aquí! – se oye desde la puerta. Tiene la voz delgada, como una cabrilla.

–¡Trae a la brigada!

Se fue.

Lo principal es que hoy el puré es bueno. El mejor es el de avena. Mas no dan a menudo; lo más frecuente es el mijo o la papilla de harina. En el puré de avena sobrenadan círculos saturantes de grasa, por eso es más caro.

¡Cuánta avena dio en su vida Sujov de pasto a los caballos, sin pensar que algún día suspiraría con toda su alma por un puñado de esa avena!

–¡Platos! ¡Platos! – gritan por la ventanilla.

Ahora le toca a la 104. El primer ayudante de brigadier recibe una doble «porción de brigadier» en su plato y se aparta de la ventanilla.

También esto es a costa de los «trabajadores», pero ninguno se queja. Todos los brigadiers reciben esa porción, que comen ellos o bien se la pasan a su lugarteniente. Tiurin la cede a Pavlo.

Sujov se ha abierto paso hasta la mesa, ha echado a dos muertos de hambre y ha pedido por las buenas a un «trabajador» que ceda el sitio, limpiando luego una parte de la mesa para unas doce escudillas. Si se ponen bien juntas, aún pueden ponerse seis y dos más arriba. Ahora hay que recibir las escudillas conforme las entrega Pavlo, contar y cuidar de que ningún extraño robe una de la mesa. Y que nadie dé un codazo y las vuelque. Al lado, otros se levantan del banco, otros se sientan y comen. Hay que fijarse bien en el límite. ¿Comen de lo suyo? ¿O han cogido una de las nuestras?

–¡Dos! ¡Cuatro! ¡Seis! – cuenta el cocinero detrás de la ventanilla. Saca las escudillas de dos en dos, con ambas manos. Así es más fácil, pues dando de una en una podría equivocarse.

–Dos, cuatro, seis -repite Pavlo frente a la ventanilla, en voz baja, pasando los platos de dos en dos a Sujov. Este los pone sobre la mesa. Sujov no repite los

números en voz alta, pero cuenta con mucha más atención que los de detrás, en la cocina.

–Ocho, diez.

¿Por qué no llega aún Gopsik con la brigada?

–Doce, catorce -siguen contando.

En la cocina se acaban las escudillas. Por encima de la cabeza y el hombro de Pavlo, Sujov ve las dos manos del cocinero, que coloca dos platos en la ventanilla, sujetándolos y vacilando. Posiblemente se ha vuelto y está insultando al lavaplatos. Entonces le meten desde fuera toda una pila de escudillas ya vacías. Coge la pila y la pasa atrás, soltando las que tenía abajo.

Sujov abandona su montón de la mesa, alarga los brazos por encima del banco, coge las dos escudillas y repite en voz baja, no al cocinero, sino a Pavlo:

–Catorce.

_¡Eh! ¿Adonde te las has llevado? – ruge el cocinero.

–Son nuestras.

_Aunque sean vuestras, no debes confundirme con los números.

–Catorce.

Pavlo se encoge de hombros. El mismo no habría robado escudillas. Como ayudante del brigadier, tiene que cuidar su autoridad. A pesar de ello, repite lo dicho por Sujov, pues en caso necesario puede echarle la culpa a éste.

–¡Yo ya había dicho «catorce»! – aulla el cocinero.

_¿Y qué? Pero no las soltaste, sino que las tenía sujetas -escandaliza Sujov-. ¡Si no lo crees, cuenta! ¡Están todas sobre la mesa!

Sujov grita al cocinero, ve a los dos estonianos que se abren paso hacia él y al pasar les da las dos escudillas. Consigue luego volver a la mesa y comprobar que todo está en orden y los vecinos no hurtaron nada, que bien hubiera podido suceder.

En la ventanilla aparece la roja faz del cocinero en todo su tamaño.

–¿Dónde están las escudillas? – pregunta severamente.

–¡Por favor! – grita Sujov-. ¡Quita de ahí, amigo, no estorbes! – da un empellón a uno.

–¡Aquí, dos! – Cogió dos escudillas y las levantó.

–Y debajo, tres filas de a cuatro, exactamente. ¡Cuéntalas!

–¿La brigada aún no está aquí? El cocinero mira por la pequeña abertura, desconfiado. La ventanilla es tan estrecha para que no se pueda mirar desde el comedor y ver lo que queda en la marmita.

–No, todavía no ha llegado. – Pavlo mueve la cabeza.

–¡Infierno! ¿Por qué cogéis las escudillas, si aún no ha llegado? – grita el cocinero, furioso.

–¡Ahí! ¡Ya llega la brigada! – grita también Sujov. Y todos oyen al capitán exclamando desde la puerta, como si estuviera en su puente de mando:

–¿Qué hacéis ahí apiñados? ¡Si ya habéis comido, fuera! ¡Dejad sitio a los siguientes!

El cocinero rezongó algo, retiró la cabeza, y otra vez aparecieron sus manos en la ventanilla.

–Dieciséis, dieciocho… Y la última porción, doble:

–Veintitrés. ¡Se acabó! ¡Los de la brigada siguiente!

Los de la nuestra empezaron a abrirse paso a empellones. Pavlo les pasó las escudillas a la segunda mesa, a veces por encima de las cabezas de los que estaban sentados.

En verano habrían cabido cinco hombres en un banco, pero como ahora todos iban muy envueltos, apenas cabían cuatro y no podían manejar bien sus cucharas.

Sujov contaba con que al menos una de las raciones robadas le correspondiera a él, de modo que se dedicó rápidamente a la suya. Encogió la rodilla derecha y sacó de la caña de la bota su cuchara «Ust-Ishma, 1944», se quitó la gorra, sujetándola bajo el brazo izquierdo, y rascó con la cuchara el puré del borde de la escudilla.

Este momento estaba íntegramente consagrado a la comida; tenía que recoger del fondo la delgada capa de puré, llevárselo cuidadosamente a la boca y removerlo en ella con la lengua. Pero tenía que darse prisa, para que Pavlo viera que había terminado y le pasara la segunda ración. Allí estaba ya Fetiukov, que había llegado con los estonianos y vio cómo apartaban dos raciones de puré. Estaba de pie frente a Pavlo, comiendo y mirando continuamente las cuatro porciones aún no repartidas de la brigada. Con esto quería dar a entender a Pavlo que, si no toda una porción, al menos podría darle media.

Mas el joven y moreno Pavlo comía, tranquilo, su ración doble, y no se podía leer en su rostro si se daba cuenta de que tenía alguien delante ni si se acordaba de que había dos raciones sobrantes.

Sujov terminó su puré. Pero como había dispuesto su estómago para dos raciones, no le satisfizo una, como otras veces le ocurría con el puré de avena. Sujov metió la mano en el bolsillo interior, sacó del trapo blanco su pedacito de corteza, que aún no se había helado, y comenzó a limpiar el fondo y los lados de la escudilla de todos los restos del acuoso puré de avena. Con la lengua lamía lo

limpiado y volvía a pasar la corteza por la escudilla. Finalmente, ésta quedó completamente limpia, como si la hubieran lavado, sólo que algo grasienta. La entregó por encima del hombro a los encargados de recogerlas y se quedó un rato sentado, sin ponerse la gorra. Aunque fue Sujov quien hurtó las raciones, el ayudante de brigadier mandaba.

Pavlo aún los hizo sufrir un poco, antes de vaciar también su escudilla. El no la rebañó; lamió sólo su cuchara, la guardó y se persignó. Luego tocó levemente dos de las escudillas restantes -estaba demasiado estrecho para cogerlas-, como si así las adjudicase a Sujov.

–Coja usted una, Iván Denisovich, y llévele la otra a Zesar.

Sujov recordó que había que llevar el plato de Zesar a la oficina (pues éste no se rebajaba a ir al comedor allí ni en el campo). Aún sabiéndolo, cuando Pavlo señaló las dos escudillas a la vez su corazón dio un salto. ¿Serían para él las dos raciones sobrantes? Pero en seguida su corazón recuperó su ritmo acostumbrado.

En seguida se inclinó sobre su legítimo botín y comenzó a comer con unción, sin notar los codazos que le daban en la espalda los de las brigadas que acababan de entrar. Sólo le fastidiaba pensar que quizá Fetiukov conseguiría la segunda escudilla. Fetiukov siempre fue maestro en defraudar, pero para robar algo él mismo le faltaba valor.

Cerca de ellos se sentaba el capitán Buinovski. Ya hacía rato que no le quedaba puré, y no sabía que a la brigada aún le sobraban raciones. Además, no se preocupaba de mirar si el ayudante de brigadier aún tenía alguna. Estaba simplemente amodorrado por el calor que hacía allí dentro, y no tenía fuerzas para levantarse y salir al frío o a la nave de calefacción, que todavía no estaba caldeada. Permanecía en su lugar, que no le correspondía, y molestaba a las brigadas entrantes, como sólo cinco minutos antes hacían aquellos que él dispersó con su sonora voz. No llevaba mucho tiempo en el campo y los trabajos forzados. Los minutos como aquél (sin que él lo supiera) eran muy importantes para él, pues del autoritario y estentóreo oficial de Marina que había sido hacían un preso torpe y miedoso, que sólo gracias a esa torpeza podría resistir los veinticinco años que le cayeron.

Los otros estaban maldiciéndolo y le propinaban codazos en las costillas para que se marchase.

Pavlo exclamó:

–¡Capitán! ¡Eh, capitán!

Buinovski se estremeció, como si despertase en aquel momento, y miró a su

alrededor.

Pavlo le alargó el puré, sin preguntarle si quería otra ración.

Las cejas de Buinovski se alzaron y sus ojos contemplaron el puré como si fuese un milagro sin igual.

–¡Vamos, coja, coja! – le tranquilizó Pavlo, marchándose con la última escudilla para el brigadier.

Una sonrisa culpable distendió los cortados labios del capitán, que había estado en toda Europa y cruzó el gran Canal del Norte. Lleno de felicidad, se inclinó sobre aquella cucharada escasa de acuoso y desengrasado puré de avena… de avena y agua.

Fetiukov lanzó una furibunda mirada a Sujov y al capitán y se fue.

Sujov halló muy justo dar al capitán la segunda ración. El capitán ya aprendería a vivir allí, pero aún no sabía.

Sujov aún alimentaba una ligera esperanza…,,quizá Zesar le cedería también su ración. Pero no, pues hacía ya dos semanas que no recibía ningún paquete.

Después de vaciar la segunda escudilla, Sujov limpió el fondo y el borde con la corteza de pan, igual que antes, lamiendo cada vez el puré. Para terminar, se comió la corteza. Luego cogió el puré frío de Zesar y salió.

–¡Para la oficina! – convenció al vigilante de la puerta, que no dejaba salir a nadie llevando una escudilla.

La oficina consistía en un cuarto hecho con tablas, cerca del de guardia. Como por la mañana, el humo brotaba espesamente de la chimenea. La calefacción de la oficina era atendida por los servicios de los barracones, que también servían de mensajeros y eran tratados como obreros ocasionales. No se ahorraban virutas y tablas para la oficina.

Sujov abrió primero, rechinando, la puerta del paraviento, y luego otra que había sido estopada. Desprendiendo vapores de vaho, entró y cerró rápidamente la puerta tras de sí. Se daba prisa para que nadie le gritara: «¡Cierra la puerta, estúpido!»

El calor de la oficina le recordó una Sauna. A través de las ventanas, en las que se derretía la nieve, lucía el sol; no aquel sol maligno de la colina donde estaba la central, sino un sol amable. Sobre sus rayos se extendía el humo de la pipa de Zesar, como el incienso en la iglesia. Y la estufa estaba toda al rojo, tanto la habían cargado aquellos berzotas. También los tubos estaban incandescentes.

Con este calor, si se sienta uno aunque sólo sea un segundo, se queda dormido.

La oficina tiene dos habitaciones; la otra es para el aparejador. La puerta no está cerrada, y desde dentro se oye su voz:

–Nuestro presupuesto para salarios y material de obra está sobrecargado. Con las tablas más caras, para no hablar de la plancha, vuestros presos hacen astillas para la calefacción, y vosotros no os dais cuenta de nada. También descargaron el cemento alrededor del almacén, en día de fuerte viento, y lo acarrearon diez metros con sus cubetas, de modo que en los alrededores del almacén se hunde uno hasta los tobillos en cemento. Cuando los «trabajadores» se fueron, no estaban negros, sino grises. ¿Cuantía de la pérdida?

Por lo visto el aparejador está conferenciando probablemente con los jefes de década.

En un rincón de la entrada está acurrucado el servicio del barracón, agotado. Además: el Schkuropatengo, un tío largo y encorvado, B-219. Está mirando por la ventana y controla aún que nadie le desmonte sus casas prefabricadas. No hace más que suspirar, el tío.

Dos contables, también presos, tuestan pan sobre la estufa. Para que no se les queme, han fabricado una rejilla de alambre. Zesar fuma en pipa y se despereza, sentado en su escritorio. Está de espaldas a Sujov y no le ve.

Enfrente está Ch-123 con su puré, un viejo nervudo, veinte años de trabajos forzados.

–No, querido -dice Zesar suavemente, con voz contenida-. Hemos de ser objetivos y reconocer que Eisenstein es genial. ¿O acaso su «Iván el terrible» no es genial? ¡El baile de máscaras de los pritschniki! ¡La escena de la catedral!

–¡Tonterías -exclama Ch-123, disgustado, deteniéndose un segundo antes de llevarse la cuchara a la boca-. Tanto arte, que no hay arte siquiera. ¡Pimienta y canela en lugar del pan de cada día! Y luego, la puerca idea política: justificar la tiranía autocrática. ¡Insultar la memoria de tres generaciones de pensadores rusos!

Come su puré sin sentimiento, sin verdadera dedicación.

–¿Qué otra versión habrían permitido?

–¡Vaya, permitido! ¡Pues no hable usted de genio! Diga usted mejor que es un pelotillero y cumplió un perro encargo. ¡Un genio nunca adapta su interpretación a los gustos del tirano!

–¡ Ejem, ejem! – carraspeó Sujov, sin atreverse a interrumpir la culta conversación. Además, no se le ha perdido nada aquí.

Zesar se vuelve, alarga la mano para coger el puré, sin conceder ni una mirada a Sujov, como si la ración hubiera llegado volando por los aires, e insiste

en su punto de vista:

–¡Pero oiga usted! ¡El arte no es el qué, sino el cómo!

Ch-123 se levanta de un salto y barre varias veces la mesa con el canto de la mano:

–¡Al infierno con su cómo, si no despierta buenos sentimientos en mí!

Sujov aún se quedó el rato que le pareció de rigor, después de haber entregado el puré. Esperaba por si Zesar le invitaba a fumar. Pero Zesar había olvidado completamente la presencia a sus espaldas.

Sujov dio media vuelta y salió sin hacer ruido.

No importaba. No hacía mucho frío fuera, y podría levantar bastante pared.

Siguiendo el sendero, Sujov encontró en la nieve un trozo de hoja de sierra. Aunque no lo destinaba a un uso en particular, lo recogió; nunca se sabe lo que se va a necesitar. Lo metió en el bolsillo de su pantalón. En la central lo escondería. Hombre prevenido vale por dos. Cuando llegó a la central, y la introdujo en su cinto. Luego desapareció hacia donde fabricaban el mortero.

Dentro, la oscuridad le pareció más densa, después de haber estado al sol, y de ningún modo más caldeado que el aire libre. Sólo más húmedo. Todos se apretujaban en torno a la pequeña estufa puesta en funcionamiento por Sujov, y junto a la otra, que servía para secar la arena. El que no había encontrado sitio se sentaba al borde de la artesa; el brigadier estaba muy cerca de la estufa, comiendo su puré previamente calentado por Pavlo.

Los jóvenes murmuran entre sí. Están más alegres. A Iván Denisovitch le susurran que el brigadier ha conseguido buenos porcentajes y ha vuelto de buen humor.

Ahora es cuestión suya lo que valora como trabajo; es su cometido como brigadier devanarse los sesos. ¿Qué han hecho por la mañana? Nada. El arreglo de la estufa no se paga, ni la instalación de la nave de calefacción. Eso lo han hecho para sí mismos, no para la producción. Pero en el informe de trabajos habrá de constar algo. Quizá Zesar ayude un poco al brigadier; éste le trata muy amablemente, y por algo será.

«Conseguir buenos porcentajes» quiere decir que habrá buenas raciones durante cinco días. Cinco, o digamos mejor cuatro días, pues de los cinco la dirección del campo se embolsa uno como mérito propio, atribuyendo luego a todo el campo, a los mejores como a los peores, la norma garantizada. Como si no se quisiera perjudicar a nadie, puesto que todos van igual. Pero el ahorro es a cuenta de nuestras tripas; no importa, el estómago de un preso es resistente. Hoy vamos tirando, y mañana ya nos hartaremos. Esos son los pensamientos con que

se echa a dormir el campo el día que recibe la norma garantizada.

Hay que darse cuenta… Trabajamos cinco días, y comemos cuatro.

La brigada no arma bulla. El que tiene, fuma en silencio. Se han apelotonado en la oscuridad y miran al fuego. Como una gran familia. En realidad es una familia la brigada. Están escuchando al brigadier que está contando algo a dos o tres. Siempre es muy parco en palabras; pero cuando empieza a contar, es que está de buen humor.

Andrei Prokofitch tampoco ha aprendido a comer con la gorra puesta. Sin ella, su cabeza parece ya la de un viejo. El pelo al rape, igual que los demás. A la lumbre del fuego puede verse cuántas canas se mezclan a los cabellos grises.

–Yo ya temblaba delante del comandante, ¡figuraos con el coronel! «Se presenta el soldado Tiurin»… El me miró bajo sus pobladas cejas: «¿Cómo te llamas, cuál es el nombre de tu padre?» Yo respondo. «¿Año de nacimiento?» Yo respondo. En aquel tiempo, en 1930, yo tendría unos veintidós años, era un crío. «¿A quién sirves, Tiurin?» «¡Sirvo al pueblo obrero!» Entonces estalló, golpeando la mesa con ambos puños: «¡Sirves al pueblo obrero! ¿Y quién eres en realidad, canalla!» Yo estoy hirviendo… Pero me domino: «Tirador de primera, citado en la instrucción militar y politi…» «¡Mierda de primera, marrano! ¡Tu padre es un kulak! ¡Mira, un informe de Kamen! ¡Tu padre es un kulak, y tú te ocultaste! ¡Hace dos años que te buscan!» Yo me puse pálido y callé. Durante un año no envié ninguna carta a casa, para que no me descubrieran. No sabía siquiera si vivían, y ellos tampoco tenían noticias mías. «¿Dónde está tu conciencia?», gritaba el otro, haciendo temblar las paredes, «¡Engañando al Estado obrero y campesino!» Ahora me pegará, pensaba yo. Pero no hizo nada de eso. Firmó una orden: «Dentro de seis horas, fuera de aquí…» Y fuera era noviembre. Me arrancaron el uniforme de invierno, me dieron uno de verano, todo usado, llevado tres veces, y un abrigo corto. Me sentí vacío; no sabía que no hubiera tenido por qué devolverlo todo. ¡Al infierno con la camarilla! Y luego, el cruel certificado: «Licenciado del ejército por ser hijo de un kulak.» ¡Anda a buscar trabajo con semejante papel! Tuve que viajar en tren durante cuatro días, sin que me dieran un billete, ni provisiones para un solo día. Me dieron una última comida, y me echaron del cuartel.

»Por cierto que en 1938, en Kotlas, encontré en el destierro a mi antiguo suboficial. Le habían condenado a diez años. Por él supe que el coronel y el comisario fueron fusilados en 1937. Sin considerar si eran kulaks o proletarios, o si tenían conciencia o no. Me persigné y dije: " ¡Tú reinas en el Cielo, Señor! Tu clemencia es grande, y tu castigo inexorable."»

Después de las dos escudillas de puré, Sujov habría dado la vida por un pitillo. Se decidió a comprarles a los letones del barracón 7 tabaco de su cosecha, con que devolver lo de ahora; en voz baja, dijo al pescador estoniano:

–Oye, Eino. Préstame un liado hasta mañana. No te engañaré.

Eino miró a Sujov a los ojos. Luego su mirada se volvió, muy lentamente, a su hermano de ocasión. Todo lo compartían, y uno de ellos jamás entregaría una brizna de tabaco sin consultar con el otro. Murmuraron algo entre sí, y Eino sacó una bolsa adornada con una cinta rosa. Sacó una pizca de tabaco de manufactura, la depositó en la palma de la mano de Sujov, evaluó a ojo y agregó unos hilos más. Bastaba justo para un cigarrillo, no más.

El propio Sujov tenía ya periódico. Arrancó un trozo, se lió un cigarrillo, recogió el trocito de ascua que había rodado hasta los pies del brigadier y chupó y chupó. Un vértigo se apoderó de todo su cuerpo. Apenas había empezado a fumar, sintió la mirada de unos ojos verdes a través de toda la nave. Fetiukov. Quizá se habría compadecido y hubiera dado algo a aquel chacal, pero Sujov había visto que Fetiukov ya se procuró algo aquel día. Mejor sería dejarle un poco a Senka Klevschin.

El pobre no escuchaba el relato del brigadier, estaba sentado junto al fuego y mantenía la cabeza inclinada. La lumbre iluminaba el rostro picado del brigadier, que hablaba tranquilamente, como si no fuese su propia historia:

–Las baratijas que llevaba las vendí por la cuarta parte de su valor. Compré de matute dos panes, puesto que había ya cartillas de racionamiento. Quise viajar con el tren de mercancías, pero estaba prohibido por severas leyes. Quien pueda acordarse sabrá que ni con dinero había modo de conseguir billete, cuanto menos sin él; sólo por medio de talones de misión oficial se podía viajar. No dejaban subir a los andenes. En las puertas había milicianos, y los espías de la policía se paseaban por la vía a ambos lados de la estación. El frío sol comenzaba a ponerse, y los charcos se helaban. ¿Dónde iba a pasar la noche?… Escalé un muro de piedra lisa, salté al otro lado, con mis panes, y desaparecí en los lavabos del andén. Esperé allí, por si alguien me seguía. Luego salí como un pasajero, como soldado. Sobre la vía estaba precisamente el tren «Vladivostok-Moscú». Todo el mundo se precipitaba a buscar agua caliente, la gente se golpeaba mutuamente con las teteras en la cabeza. Una muchacha con una blusa azul y una tetera de dos litros se acercó, pero tenía miedo de aproximarse al termosifón. Tenía unos pies diminutos, y podrían escaldárselos o aplastarlos. «Toma, aguanta mis panes. ¡Yo voy a buscar agua!», le dije. Antes de poder empezar a llenarla, se puso en marcha el tren. Ella sostenía mis panes, lloraba y preguntaba

qué iba a hacer con ellos; hubiera querido tirar la tetera. «¡Corre!, exclamé yo, ¡corre! ¡Yo te sigo!» Ella delante, yo detrás. La alcancé, le tendí la mano y subimos al estribo. El revisor no me golpeó en los dedos, ni me empujó sobre la multitud. Iban otros soldados en el vagón, y pensó que yo era uno de ellos.

Sujov codeó a Senka en el costado: Toma, fuma el resto, pobre diablo. Le pasó el cigarrillo con su boquilla de madera. No importa que chupe. Senka es un tipo extraño. Como un artista, se pone la mano en el pecho y asiente con la cabeza. ¿Qué más puedes esperar de un sordo?

El brigadier sigue contando:

–Iban seis chicas en un compartimiento reservado. Eran estudiantes de Leningrado, que volvían de sus prácticas. En la mesa había cantidades de comida; de las perchas colgaban los abrigos, balanceándose, y las maletitas estaban metidas en fundas. Ellas pasaban por la vida con la luz verde…, conversaban, reían y bebían té. Preguntaron: «¿Usted? ¿De qué vagón sale?» Yo suspiré y me confié a ellas: «Muchachas, vengo de un vagón en que unos viajaban hacia la vida, y otros hacia la muerte…»

Silencio en la nave. La estufa alumbra.

–Ellas se lamentaron: «¡Oh!» y «¡Ay!», y parlamentaron entre sí… Luego me ocultaron bajo sus abrigos en la tercera litera, y así pasé hasta Nowosibirsk… Dicho sea de paso, unos años más tarde pude agradecérselo a una de ellas, en la comarca de Petschora. En 1935 la complicaron en el asunto Kirov y hubiera sucumbido en los trabajos forzados, pero yo la destiné al taller de costura.

–¿Podríamos mezclar el mortero? – preguntó Pavlo al brigadier, en un susurro. El brigadier no le oyó.

–Cruzando el campo por la noche, llegué a casa, y de noche volví a marcharme. Cogí a mi hermano pequeño y me lo llevé a regiones más cálidas, a la comarca de Frunse. No teníamos nada para comer. En Frunse encontramos una banda de vagabundos, alrededor de un caldero, en el que hervían alquitrán. Me dirigí a ellos: «Escuchad, descalzonados: Os dejo a mi hermanito como aprendiz, para que le enseñéis a salir adelante en la vida» Ellos le recogieron… Ahora lamento no haberme quedado con aquellos vagabundos…

–¿Y no volvió usted a ver a su hermanito? – preguntó el capitán. Tiurin bostezó.

–No; jamás he vuelto a verle. Bostezó de nuevo y agregó

–¡Bien, hijos! No os entristezcáis. Ya nos las arreglaremos aquí, en la central. Los encargados de mezclar el mortero pueden empezar. No esperéis a que suene la sirena.

Así es la brigada. Ni el comandante del campo puede obligar a los «trabajadores», aún en horas de trabajo; pero aún durante el descanso, el brigadier puede decir: «Vamos, a trabajar», y se le obedece. Porque él es quien nos alimenta, el brigadier. Y no nos obliga por capricho.

Si suena la sirena durante la mezcla del mortero, ¿van a parar los albañiles?

Sujov suspiró y se puso en pie.

–Voy a picar hielo.

Cogió una pequeña hacha y una escoba para el hielo; y para trabajar de albañil, un pequeño martillo, una regla, cordel y una plomada.

El sonrosado Kilgas miró a Sujov, torció el gesto y pensó: «¿Por qué se levanta antes que el mismo brigadier?» Claro que Kilgas no necesitaba devanarse los sesos para hallar el modo de alimentar a la brigada. El calvo podía pasar con doscientos gramos de pan y aún menos, viviendo de los paquetes que recibía.

A pesar de ello, comprendió y se levantó. La brigada no iba a esperarse por su causa.

–¡Espera, Vania! ¡Ya vengo! – barbotó.

¿Verdad, gordinflón, que si trabajaras para ti mismo te habrías levantado mucho antes?

Sujov se había dado prisa para pescar la plomada antes que Kilgas, pues era la única que había en el almacén de herramientas. Pavlo preguntó al brigadier:

–¿Bastará con tres albañiles, o enviamos a otro más? ¿Quizá no nos llegará el mortero? El brigadier frunció la frente, y reflexionó.

–Yo mismo me pondré a trabajar como cuatro. ¡Tú, Pavlo, quédate aquí con el mortero! La artesa es grande, pon seis hombres a trabajar; tres sacarán el mortero terminado y otros tres mezclarán el mortero fresco. ¡No paréis ni un minuto!

–¡Ah! – Pavlo se levantó de un salto. Era un mozo joven aún; sangre ardiente, impulsada por bollos de harina ucranianos y no maleada por el campo todavía-. ¡Si usted levanta pared, yo mismo mezclaré mortero! ¡Veremos quién produce más! ¿Dónde está la pala más grande?

¡Así es la brigada! Pavlo había corrido por los bosques, asaltando por las noches los puestos del ejército, y se le envió aquí para que aprendiera a doblar la espalda. Pero para el brigadier, es cosa distinta.

Sujov y Kilgas han subido arriba y oyen a Senka que los sigue sobre la rechinante escalera. El sordo ha adivinado de qué va.

En el primer piso, apenas empezaron a levantar los muros. Tres hileras todo

alrededor y algo más aquí y allá. Aquí va mejor trabajar, de las rodillas a la altura del pecho y sin andamio.

El andamio y los caballetes que había antes aquí se los llevaron los presos. Unos fueron llevados a otras construcciones, y otros convertidos en leña. Lo que importa es que no caigan en manos de otras brigadas. Pero ahora hemos de pensar económicamente; mañana mismo haremos otros caballetes; si no, nos retrasaremos.

Desde la central hay una vista muy extensa: toda la zona alrededor está desierta y cubierta de nieve. Los presos se han refugiado para calentarse, hasta que suene la sirena. Se ven las negras torres de vigilancia y los postes puntiagudos con el alambre de púas. La alambrada no puede verse sino a la luz del sol; éste brilla tanto, que hay que cerrar los ojos. Aún se ve bastante cerca el equipo de energía, ¡cómo llena el cielo con su humo! Ahora se oye el jadeo; ese ruido enfermizo que se oye siempre antes del sonido de la sirena. En seguida empieza el gemido de ésta. No han hecho gran cosa todavía.

–¡Eh, tú, Stajanov! ¡Date prisa con la plomada! – insiste Kilgas.

–¡Mira el hielo que tienes en tu pared! ¿Podrás quitarlo antes de que se haga de noche? No sé para qué has traído la paleta -Sujov devuelve la burla.

Tienen la intención de trabajar en la misma pared que les asignaron por la mañana. Pero el brigadier clama desde abajo:

–¡Muchachos! Para que no se hiele el mortero en la cubeta, trabajaremos en grupos de dos. Tú, Sujov, trabajarás con Klevschin en tu pared, y yo con Kilgas. Pero antes Gopsik limpiará la pared para mí y Kilgas.

Sujov y Kilgas se miran. Cierto, es más rápido.

Y cogen sus hachas.

Sujov ya no vio el horizonte en la lejanía, donde el sol lanzaba destellos sobre la nieve, ni vio salir a los «trabajadores» de las naves de calefacción, distribuyéndose por la zona: unos, para seguir cavando las fosas que no habían terminado por la mañana; otros, para componer las armaduras, y los terceros para hacer los entramados del techo para los talleres. Sujov no veía más que su muro, saliendo de la izquierda, en donde, se escalonaba hasta la altura del pecho, hasta la esquina derecha, donde su parte de pared se encontraba con la de Kilgas. Mostró a Senka dónde había que quitar el hielo, y él mismo lo golpeó afanosamente, ya con la contera, ya con el filo del hacha, haciendo volar los fragmentos en todas direcciones, y alguno a sus propias narices. Este trabajo se hacía rápidamente, y no requería pensar mucho. Su mente y sus ojos evaluaban ya bajo el hielo el muro exterior, es decir, de la fachada, de un grueso de dos

tochanas. Este muro había sido levantado por un albañil desconocido que, o bien porque no entendía el oficio, o había trabajado descuidadamente. Pero ahora Sujov se había familiarizado con este muro, como si fuese el suyo propio. Había, por ejemplo, una parte hundida; ésta no podría igualarla con una capa, sino que harían falta al menos tres, aplicando el mortero cada vez con más espesor. Por el otro lado, el muro formaba un vientre, que no podía igualarse sino con dos capas. Sujov dividió el muro en dos, por medio de una línea imaginaria, hasta donde trabajaría partiendo del arranque escalonado de la izquierda, y desde donde continuaría Senka, hacia la derecha, hasta encontrarse con Kilgas. En la esquina, reflexionó, Kilgas tendría que ayudar un poco a Senka, para que le fuese menos difícil. Y mientras ambos se afanasen junto a la esquina, Sujov haría algo más de su mitad, para no quedarse atrás. Calculó cuántas tochanas necesitaría. Apenas llegaron arriba los portadores de piedras, pescó a Alioska:

–¡Aquí, aquí! ¡Colócalas aquí, y allí!

Senka rompió el hielo que quedaba, mientras Sujov cogía ya con ambas manos la escoba de alambres y fregaba la pared para quitar la nieve de la hilera superior de tochanas y sobre todo de las rendijas; lo cual no consiguió del todo, quedando una ligera capa de nieve. También el brigadier subió, y mientras Sujov aún manejaba la escoba, aquél clavaba la regla a la esquina. Sujov y Kilgas habían hecho esto hacía rato.

–¡Eh! – gritó Pavlo desde abajo-. ¿Hay algún alma viviente ahí arriba? ¡Recoged el mortero!

Sujov empezó a sudar. Todavía no estaba tendido el cordel. Se apresuró, y decidió no tensar el cordel para una o dos, sino para tres hileras a la vez, por adelantado. Para facilitar el trabajo a Senka, le ayudaría a hacer una parte de la capa exterior, y le dejaría algo de la interior.

Mientras tiraba el cordel a la altura de los ojos, explicó a Senka con palabras y gestos dónde tenía que trabajar. El sordo comprendió; se mordió los labios, volvió la vista e hizo un gesto hacia la pared del brigadier: ¿Vamos a emplearnos a fondo? ¡No nos quedaremos atrás! Se echó a reír; en aquel momento subían el mortero por la escalera, llevado por cuatro parejas. El brigadier había dispuesto que no se colocaran artesas junto a los albañiles, pues el mortero se hubiera helado al verterlo. De modo que traían cubetas dos hombres por pared. Para que los portadores no pasaran frío inútilmente arriba, arrojarían tochanas en los intervalos. En cuanto se vaciaban sus cubetas, venía repuesto, desde abajo, y se bajaban las vacías. Abajo deshelaban el mortero en las cubetas sobre la estufa, y de paso aprovechaban para calentarse ellos.

Traían dos cubetas de una vez, una para el muro de Kilgas y otra para el de Sujov. El mortero echaba vapor al aire frío, pues aún quedaba un poco de calor en él. Cuando aplicas el mortero a la pared con la paleta, no tienes que dormirte; si no, se solidifica. Entonces tienes que quitarlo a martillazos, pues con la paleta ya no se puede. Y si no colocas la tochana exactamente como es debido, se hiela torcida tal como esté y no tienes otro remedio que romperla con el lomo del hacha.

Mas Sujov no se deja engañar. Las tochanas no son todas iguales. Si falta alguna esquina, si hay algún canto estropeado o la forma no ha quedado bien acabada, Sujov se da cuenta en seguida y ve también cómo tiene que quedar esa tochana y cuál es la parte de la pared que la está esperando.

Con la paleta, Sujov recoge el humeante mortero y lo lanza sobre una parte, fijándose bien por donde pasa la junta de debajo. Luego deberá colocar la tochana exactamente con su mitad, sobre esa junta. No echa más mortero del que cabe debajo de un bloque. Luego escoge uno del montón, cogiéndolo con mucho cuidado, para no romper los guantes, pues los bloques pueden causar arañazos dolorosos. Cuando el mortero queda aplanado con la paleta -¡plaf!– coloca la tochana encima. Y se ha de arreglar en seguida, rápidamente, si no queda como debiera. Si rebosa mortero por los lados, hay que rasparlo con la paleta tan de prisa como sea posible y quitarlo de la pared. En verano serviría para el ladrillo siguiente, pero ahora ni soñarlo. Otra mirada a la junta inferior, pues puede ocurrir que el de abajo no sea un bloque entero, sino partido, y hay que amontonar un poco de mortero al lado izquierdo. La tochana no se coloca simplemente encima, sino que se remueve de derecha a izquierda para eliminar el mortero en exceso, entre ella y la vecina de la izquierda. Una ojeada a la plomada. Firme. ¡El siguiente!

El trabajo va rodado. Cuando hayamos hecho dos hileras y compensado las antiguas faltas, iremos más de prisa. ¡Ahora hay que tener los ojos bien abiertos!

Se apresura al encuentro de Senka. Este, en su esquina, se ha separado ya del brigadier y avanza, hacia Sujov.

Sujov hace una seña a los portadores: ¡De prisa, traed mortero para que esté a mano; no hay tiempo ni para sonarse!

Cuando Sujov se encuentra con Senka, ambos cogen mortero de la misma cubeta… y en un santiamén acaban por rascar el fondo.

–¡Mortero! – ruge Sujov por encima del muro.

–¡Venga acá! – grita Pavlo.

Traen una cubeta. La vacían de todo el mortero que queda fluido, pues en las

paredes ya empieza a formar costra.

–¡Rascadla vosotros mismos, pues tenéis que subir y bajar con esa cubeta! ¡Largo de aquí! ¡La siguiente!

Sujov y los otros albañiles no sienten ya el frío. Al trabajar con rapidez e intensidad, notan la primera ola de calor, que les hace sudar por debajo de la chaqueta, del chaleco, la camisa y la camiseta. No paran un momento. Al cabo de un rato, sienten la segunda ola de calor en todo el cuerpo, y se les seca el sudor. También los pies entran en calor, que es lo principal. Ni el ligero viento que sopla de vez en cuando consigue distraerlos del trabajo. Sólo Klevschin está golpeándose una pierna con la otra; el infeliz calza un cuarenta y seis, y le han dado unas botas de fieltro de distintos pares, que le van pequeñas.

De vez en cuando, el brigadier grita:

–¡Morteroooo aquí!

También Sujov aulla su «¡Morteroooo!». El que trabaja vivo se convierte en una especie de brigadier para su vecino. Sujov no quiere retrasarse respecto de la otra pareja. ¡A su propio hermano haría trajinar ahora por la escalera con las cubetas!

Desde el mediodía, Buinovski acarreaba mortero con Fetiukov. La escalera era empinada y era fácil resbalar, por lo que al principio no iba rápido y Sujov tenía que animarle un poco:

–¡Más de prisa, capitán, con las tochanas!

A cada viaje, el capitán se despejaba más; Fetiukov, por el contrario, se hacía el holgazán. El muy cabrito inclinaba la cubeta al caminar derramando el mortero, para aligerarse la carga.

Sujov le propinó un golpe en las costillas:

–¡Eh, víbora! Eras director…, habrás maltratado a tus obreros.

–¡Brigadier! – exclamó el capitán-. Déjeme trabajar con una persona y no con ese cagón.

El brigadier le asignó otro puesto. Fetiukov quedó encargado de arrojar tochanas desde abajo, y estaba colocado de modo que se podía contar exactamente cuántas echaba. Alioska fue agregado al capitán. Alioska es tranquilo, sabe recibir órdenes de cualquiera.

–¡Todos los hombres a cubierta! – le acució el capitán-. ¡Ya ves cómo avanzan los albañiles! Alioska sonrió, conforme:

–Puedo ir más de prisa si hace falta. No tiene usted más que decirlo.

El humilde es un verdadero tesoro de la brigada.

El brigadier grita algo a los de abajo. Ha llegado otro camión con bloques.

Unas veces, no se ve un camión en medio año, y otras, vienen seguidos. La cuestión es trabajar cuando traen tochanas. No debe haber interrupción, pues de lo contrario no se coge el ritmo.

El brigadier lanza improperios a los de abajo. Se trata del montacargas. A Sujov le gustaría saber lo que pasa, pero no tiene tiempo, está alineando la pared. Los portadores cuentan que ha venido un mecánico para arreglar el motor; le acompaña el electricista, un civil. El mecánico se pone manos a la obra, y el civil mira.

Así ha de ser: uno trabaja, el otro mira.

Si arreglasen el montacargas en seguida, se podría transportar las tochanas con él, y también el mortero.

Sujov ha hecho ya su tercera hilada, Kilgas la está empezando, cuando por la escalera sube jadeando un inspector, otro que quiere tener algo que decir… Derr, el vigilante de la obra. Uno de Moscú; dicen que trabajó en un ministerio. Sujov está al lado de Kilgas y le llama la atención sobre Derr.

–¡Ah! – Kilgas hace un gesto negativo-. Yo no tengo que ver con la dirección. Si se cae rodando por las escaleras, puedes avisarme.

Ahora se pondrá detrás de los albañiles para mirar. Sujov no puede tragar a esos inspectores. ¡Se hace pasar por ingeniero, el muy cerdo! Una vez hizo una demostración de cómo se debía construir con ladrillos; en aquella ocasión, Sujov se mondó de risa. Entre nosotros hay una ley: construye una casa con tus propias manos, y serás ingeniero entonces. En Temgeniov no había casas de piedra, las de los campesinos eran de madera. También la escuela estaba hecha de vigas. Habían sacado seis cargas de madera del bosque de repoblación. Pero en el campo necesitaban albañiles; de manera que ahora es albañil. El que sabe hacer dos trabajos con sus manos aprende diez más si hace falta.

No, Derr no cayó rodando; tropezó sólo una vez, y llegó arriba casi a la carrera.

–¡Tiuuurin! – aulló, saliéndosele los ojos de las órbitas-. ¡Tiuuurin!

Le siguió Pavlo por la escalera. Con la pala, su herramienta de trabajo.

Derr llevaba una gruesa chaqueta de campo, pero era nueva y estaba limpia. Y una gorra de cuero, de muy buena calidad, sólo que con un número cosido, igual que todo el mundo: B-731.

–¿Qué pasa? – Tiurin salió a su encuentro con la paleta. Se le había ladeado la gorra de brigadier sobre un ojo.

¡Lo nunca visto! Aquello había que presenciarlo. Pero el mortero se enfriaba en la cubeta. Sujov trabajó afanosamente, escuchando.

–¿Qué se os ha ocurrido? – gritó Derr, espumeante-. ¡Eso no huele sólo a calabozo! ¡Es un crimen capital, Tiurin! ¡Te darán tres años más por eso!

En este momento se le ocurrió a Sujov de qué debía tratarse. Miró a Kilgas, y Kilgas también comprendió. ¡El cartón alquitranado! ¡Había visto el cartón en las ventanas!

Sujov no temía por su persona, el brigadier no le traicionaría. Temía sólo por el brigadier. Para nosotros era como un padre, para otros nada más que un títere. Por una cosa así eran capaces de echarle encima una segunda condena en el Norte.

Mas, ¡cómo se alteraba el rostro del brigadier! ¡Cómo le arrojó la paleta a los pies y se plantó ante él de un salto! Derr se volvió, y Pavlo alzó la pala.

¡Esa pala! Por algo la cogió Pavlo…

También Senka, a pesar de su sordera, estaba al tanto. Apoyando las manos en los costados, caminó hacia el otro. ¡Y era robusto el de los bosques!

Derr guiñó los ojos, se inquietó y buscó un escape. El brigadier se inclinó hacia él y dijo muy bajo, pero inteligible para todos los que estaban arriba:

–¡Ha pasado el tiempo en que podíais alargarnos las condenas, apestosos! ¡Como se te escape una palabra, sanguijuela, habrá sonado tu última hora! ¡No lo olvides!

El brigadier temblaba de pies a cabeza; no podía serenarse.

Pavlo, con sus rasgos agudos, taladraba a Derr con la mirada.

–¡Bueno, bueno, muchachos! – Derr palideció y se apartó cuanto pudo de la escalera.

El brigadier no dijo nada más, se ajustó la gorra, recogió la torcida paleta y volvió a su pared.

También Pavlo comenzó a bajar despacio la escalera, con su pala.

Muy despacio…

Derr tenía miedo de quedarse, pero también de bajar. Se colocó detrás de Kilgas y se detuvo.

Pero Kilgas trabajaba. En la farmacia se pesan así las medicinas; el farmacéutico no pierde la calma por nada del mundo. Kilgas volvía la espalda a Derr, como si no le viera. Derr se arrastró hasta el brigadier. ¿Dónde quedaba su orgullo?

–¿Qué le digo al aparejador, Tiurin?

El brigadier hacía pared sin volver siquiera la cabeza.

–Di que ya estaba. Cuando vinimos, ya estaba así. Derr se quedó un rato parado. Comprendió que ahora no le asesinarían. Caminó de un lado a otro.

–Eh, S-ochocientos cuarenta y cinco -gruñó-. ¿Por qué aplicas el mortero tan escaso?

Con alguno tenía que desahogarse. Como no podía decir nada de las hileras y junturas de Sujov, la tomaba con la capa de mortero demasiado delgada.

–Permítame una observación -susurró Sujov irónicamente-. ¿Qué pasará en verano, si aplico capa gruesa de mortero? Esta central se derretirá.

–Eres albañil y has de atenerte a lo que te digan.

Derr infló las mejillas; era una de sus costumbres.

Cuestión de opiniones. Quizás el mortero realmente tenga una capa demasiado delgada, podría echar más. Pero eso puede hacerse en una estación más apacible, y no en invierno. Hay que tener consideración con la gente. El trabajo tiene que producir. Pero ¿qué iba a explicarle a aquel hombre, que no entendería nada?

Derr bajó la escalera en silencio.

–¡Arregla el montacargas! – le gritó el brigadier aún-. ¿Somos burros de carga? ¡Hemos de subir las tochanas al primer piso con

nuestras manos!

–¡Te pagarán la subida! – respondió Derr desde la escalera, pero tranquilo.

–¿Cómo «carretadas», quizás? Intenta subir las escaleras con una carretilla. ¡Mejor sería que pagarais por «cubetas»!

–Lo siento, ¿a mí qué me importa? La contabilidad no ha previsto «cubetas».

–¡La contabilidad! Aquí trabaja toda la brigada para servir a cuatro albañiles. ¿Cuánto voy a ganar así?

Mientras le gritaba, el brigadier seguía trabajando sin interrupción.

–¡Morteroooo! – gritaba hacia abajo.

–¡Morteroooo! – le hace eco Sujov.

Con la tercera hilera, todo quedó igualado, y con la cuarta empieza de firme. Habría que subir el cordel, pero ya va de todos modos. Saldrá la hilera aún sin cordel. Derr trotó a campo traviesa con el rabo entre piernas. A la oficina, para calentarse. Sin duda se siente incómodo. Debió pensarlo antes de buscarle las pulgas a un lobo como Tiurin. Con tales brigadieres, convenía estar a bien, con lo que se ahorraba uno problemas. Nadie le pedía que se matase a trabajar, le daban una buena ración y tenía una habitación para él solo… ¿Qué más quería? Iba por ahí hinchándose y dándose importancia.

Los hombres de abajo subieron, y contaron que el electricista y el mecánico se habían marchado. El montacargas no sería reparado.

Eso quería decir: ¡a seguir haciendo de burros de carga!

Sujov había visto muchos talleres, y las máquinas siempre se rompían, por sí mismas o por causa de los presos. ¡Hasta la grúa de carril habían roto! Metían una cuña en la cadena, para descansar.

–¡Ladrillos! ¡Ladrillos! – gritaba el brigadier, pues se le habían terminado. Distribuyó sus maldiciones entre los que los lanzaban arriba y los que los traían.

–Dice Pavlo que, qué hay que hacer con el mortero -gritaron desde abajo.

–¡Mezclarlo, naturalmente!

–¡Queda media artesa!

–¡Haced otra!

¡Como por ensalmo! Están haciendo ya la quinta hilera. Apenas hace un momento trabajaban inclinados en la primera, y ahora a la altura del pecho, ¡mira! Por qué no iban a darse prisa, puesto que aún no hay ventanas ni puertas; sólo dos muros lisos, colindantes, y tochanas a montones. Habría que tender el cordel, pero ya es tarde.

–La ochenta y dos ya ha salido a entregar las herramientas - informa Gopsik. El brigadier lanza rayos.

–¡Ocúpate de tus asuntos, mocoso! ¡Acarrea tochanas!

Sujov mira a su alrededor. Cierto. El sol se pone. Con un brillo rojizo, y hundido en una especie de neblina gris plateada. Ahora no habrá quien los detenga. La quinta hilera estaba ya empezada, y la terminarán y nivelarán.

Los portadores jadean como caballos. El capitán se ha vuelto aún más gris. El capitán, ya debe ir por los cuarenta, o poco le falta.

El frío se hace más penetrante. Las manos trabajan, pero a través de los delgados guantes pellizca los dedos. También en la bota de fieltro izquierda penetra el frío. Trap-trap, patea Sujov.

Ahora no hay que inclinarse sobre el muro, pero en cambio hay que agacharse por cada tochana, por cada paletada de mortero.

–¡Muchachos! – se queja Sujov-. ¡Podríais subirme las tochanas al muro!

El capitán lo haría gustosamente, pero no le quedan fuerzas. Aún no está acostumbrado al trabajo. Pero Alioska, dice:

–Bien, Iván Denisovich. ¿Dónde se las deja?

Es incapaz de negar nada, este Alioska, cualquiera que sea lo que uno le pida. Si todos en el mundo fueran así, también Sujov lo sería. Cuando una persona pide algo, ¿por qué no ayudarla? Eso es natural al hombre.

En toda la zona y hasta la central, pudo oírse claramente: golpeaban la viga de hierro. ¡Fin de la jornada! ¡Los había sorprendido! Una vez más se dieron prisa. El mortero debía ser

aprovechado.

–¡Mortero aquí! ¡Mortero aquí! – grita el brigadier.

¡Ahí está la segunda artesa, recién mezclada! Hay que seguir haciendo muro, no hay otra solución. Si ahora no sacan el mortero de la artesa, mañana podrán tirarlo todo tal como está. Se convertiría en piedra.

–¡No aflojéis ahora, hermanos! – exclama Sujov.

Kilgas se enfada. No le gusta trabajar con precipitación. Pero mantiene el tipo, ¡qué remedio le queda!

Desde abajo llega Pavlo, con una cubeta al hombro y la paleta en la mano. También él se pone a levantar pared. Ahora son cinco paletas.

¡No queda más que terminar la trabazón! Sujov toma medida a ojo, para ver qué tochana empleará para la unión, y le pasa a Alioska el martillo:

–¡Golpea ahí!

El trabajo precipitado no es bueno. Ahora que todos se dan prisa, Sujov estudia la pared con calma. Ha empujado a Senka a la izquierda, pasando él al rincón derecho, el más importante. Si ahora el muro queda demasiado alto o marran la esquina, todo habrá sido inútil, y mañana les dará que hacer hasta el mediodía.

–¡Alto!

Sujov aparta a Pavlo de un empellón, y coloca él mismo la tochana. ¡Es desde aquí que has de dirigir la visual! Senka ha hecho algo así como una concavidad. De un salto, Sujov está a su lado y la nivela con dos tochanas. El capitán acarrea las cubetas, como un caballo manso.

–¡Dos cubetas más! – grita.

Al capitán le fallan ya las piernas, pero sigue trayendo. Sujov tuvo una vez un caballo así; siempre lo cuidó, pero una vez se lastimó. Tuvieron que despellejarlo.

El borde superior del sol ha desaparecido en el horizonte. Ahora se puede ver sin aviso de Gopsik que todas las brigadas no sólo han

entregado ya sus herramientas, sino que toda la gente se arremolina hacia la guardia, como una ola. Nadie sale inmediatamente después de la señal. No son tan tontos como para que quieran pasar frío fuera. Todos se quedan en las naves de calefacción. Sin embargo, luego llega el momento en que todos los brigadieres se ponen de acuerdo y todas las brigadas salen a la vez. Si no se hiciera este acuerdo, la torpe mala fe de los presos los llevaría a competir en estarse sentados. Se pasarían hasta la medianoche acurrucados en las naves de calefacción.

También el brigadier Tiurin se acuerda de su deber. Se da cuenta de que es muy tarde. El encargado de las herramientas le cubrirá de maldiciones.

–¡Ah! – grita-. ¡Por este resto no vale la pena! ¡Portadores! Bajadlo, rascad la artesa, y lo que reunamos lo traeremos a este agujero y lo taparemos con nieve para que no se vea. Pavlo y dos más recogerán las herramientas y se las llevarán. Te enviaré por Gopsik tres paletas; quiero poner en obra estas dos cubetas. Corren a quitar el martillo a Sujov, desatan el cordel. Todos los portadores bajan a donde mezclaban el mortero. Arriba no tienen nada que hacer, sólo quedan los tres albañiles -Kilgas, Klevschin y Sujov-. El brigadier hace la ronda, mira lo que han trabajado, y está contento.

–¿Hemos trabajado bien, eh? Por la tarde, y sin montacargas.

Sujov se fija en que ha quedado mortero en la cubeta de Kilgas. Teme que la tomarán con el brigadier en el almacén, a causa de las paletas.

–Escuchadme, muchachos -dice Sujov-. Entregad vuestras paletas a Gopsik. La mía no está registrada, y no tengo que entregarla. Yo terminaré el trabajo.

El brigadier ríe.

–¿Cómo vamos a dejarte en libertad? ¡El campo estaría de luto sin ti!, Sujov ríe también. Sigue levantando pared.

Kilgas se ha llevado las paletas. Senka alcanza a Sujov las tochanas. El mortero que Kilgas tenía en la cubeta se ha terminado.

Gopsik corre a campo traviesa hacia el almacén de herramientas,

para alcanzar a Pavlo. La ciento cuatro cruza el terreno sin brigadier. Si el brigadier es una fuerza, la escolta lo es más. Los que llegan tarde son apuntados y reciben trabajo.

En la guardia hay una acumulación peligrosa. Todos se han reunido. Parece que ha salido también la escolta. Están haciendo recuento.

Al fin de la jornada se cuenta dos veces. Una a puerta cerrada, para saber si se puede abrir, y otra al pasar la puerta abierta. Si a la escolta algo le parece sospechoso, cuentan otra vez cuando todos están dentro.

–¡No importa lo que pase con el mortero! – advierte el brigadier-. ¡Tíralo por encima del muro!

–¡Ve, brigadier! ¡Ve, allí haces más falta!

Sujov suele llamarle Andrei Prokofievitch, pero por su trabajo ahora está al mismo nivel del brigadier. No es que él piense estar al mismo nivel, sino sencillamente siente que es así. Aún bromea mientras se va el brigadier, bajando a grandes pasos la escalera:

–¿Qué, bandidos? ¿Tan poco dura la jornada? ¡Apenas se hace uno al trabajo, se termina el turno!

Se queda solo con el sordo. Con él no se puede hablar mucho. Además, no hay nada que hablar con él; es más inteligente que los otros y comprende sin palabras.

¡Una, el mortero! ¡Dos, el ladrillo! Colocado. Revisado. Mortero. Ladrillo. Mortero. Ladrillo…

El brigadier ha ordenado que no se ahorre mortero. Por encima del muro, y fuera. Pero Sujov es tan bendito, que cada cosa y cada trabajo no hecho le sabe mal, y teme desperdiciar algo. Ocho años de campo de concentración no le han quitado esas costumbres.

¡Mortero! ¡Ladrillo! ¡Mortero! ¡Ladrillo!

–Se acabó. ¡Maldita sea! – grita Senka-. ¡Vamos!

Coge las cubetas y baja la escalera.

Y Sujov -así le eche la escolta los perros-una vez más retrocede y mira a su alrededor. En orden. Ahora camina hacia el muro y mira por

encima, de la derecha, de la izquierda. ¡Los ojos sirven de nivel de agua! ¡Nivelado! La mano aún es firme.

Se lanza escaleras abajo.

Senka está saliendo de la nave y cruza por la colina a la carrera.

–¡Vamos! ¡Vivo!-Se vuelve.

–¡Corre, ya voy!

Sujov hace una seña, y corre a la nave. No puede dejar tirada la paleta. A lo mejor Sujov no sale mañana del campo, o la brigada es enviada a la «Sozkolonie». Puede ser también que no vengas por aquí en medio año, y entonces, ¿habría que perderse la paleta? Las cosas se hacen bien o no se hacen.

En la nave de mortero están apagadas todas las estufas. Está oscuro. Atemorizante. No porque esté oscuro, sino porque todos se han ido y él falta aún en la guardia. Eso significa palos del vigilante.

A pesar de todo, lanza una mirada a su alrededor. En un rincón descubre una gran piedra, la aparta, mete detrás la paleta y la cubre. ¡Todo en orden!

Ahora ha de alcanzar a Senka tan pronto como sea posible. Este se ha adelantado cien pasos y está aguardando. Klevschin no le abandonará. Si hay que cargar con responsabilidad, lo harán los dos juntos.

Corren uno al lado del otro, el pequeño y el grande. Senka sobrepasa en cabeza y media a Sujov; hasta su misma cabeza parece más grande.

Hay holgazanes que en los estadios compiten corriendo, voluntariamente. ¡A uno de esos diablos deberían hacer correr, después de toda una jornada de trabajo, con la espalda curvada aún, con guantes mojados y botas viejas de fieltro, y con este frío!

Jadean como perros.

Bien, el brigadier está en la guardia; él ya lo explicará. Corren directamente hacia la multitud, terrible. Un grito de cien gargantas:

–¡A por ellos!

–¡Malditos cabrones, así revienten los tíos marranos!

¡Cuando quinientos hombres le escupen a uno su veneno y su bilis no resulta muy divertido!

Pero lo principal es lo que haga la escolta.

La escolta no hace nada. El brigadier lo ha explicado, es decir, ha cargado con la responsabilidad.

¡Y los otros berrean y maldicen! Aullan tanto, que hasta Senka oye lo que dicen. Aspira profundamente, y comienza a rugir desde su altura. Alza los puños…, en seguida la emprenderá a golpes. Los otros enmudecen. Algunos ríen.

–¡Eh! ¡Los de la ciento cuatro! Ese vuestro no tiene nada de sordo -gritan-. Lo hemos puesto a prueba.

Todos ríen. También los de la escolta.

–¡En fila de a cinco!

La puerta sigue cerrada. Apartan a la multitud de ella. Todos se apiñan en la puerta, como si así pudieran entrar antes.

–¡De cinco en fondo! ¡Primera! ¡Segunda! ¡Tercera!

Cuando llaman a una fila de las cinco, ésta tiene que adelantarse unos metros.

Sujov, entre tanto, ha recuperado el aliento y mira a su alrededor. La luna está roja como un ascua y cruza el cielo en todo su tamaño. Pronto empezará a menguar. Ayer, a esta misma hora, estaba mucho más alta.

Sujov se alegra de que todo haya ido bien. Golpea al capitán en un costado y le sonsaca:

–Capitán, ¿qué sabe usted de esto: adonde va la vieja luna?

–¿Cómo, dónde? ¡Simple! ¡Sencillamente, no se la ve!

Sujov mueve la cabeza, ríe:

–Y si no se ve, ¿cómo sabe que está?

–¿De veras crees que nace una luna nueva cada mes? – se maravilla el capitán.

–¿Qué tiene eso de raro? ¿No nacen cada día nuevas personas? Las lunas podrían nacer también cada cuatro semanas.

–¡Puf! – escupe el capitán-. Nunca encontré un marino que fuese

tan tonto como tú. ¿Adonde iría entonces la luna vieja?

–Eso te preguntaba yo, ¿adonde? – Sujov se pasa la lengua por los dientes.

–Sí, ¿adonde?

Sujov suspira y contesta, casi en un murmullo:

–Nosotros decíamos: Dios desmenuza la luna vieja en estrellas.

–¡Palurdo! – el capitán ríe-. ¡Jamás he oído cosa semejante! ¿De modo que tú crees en Dios, Sujov?

–¿Por qué no? – se admira Sujov-. Cuando El truena… ¡intenta entonces no creer!

–¿Y por qué hace eso el Señor?

–¿Qué?

–Desmenuzar la luna en estrellas. ¿Por qué?

–¿Qué hay de raro en eso? – Sujov se encoge de hombros-. De vez en cuando cae alguna estrella, y hay que reponerla.

–¡En fila, imbéciles! – berrea desaforadamente el centinela.

Ahora les toca a ellos. La décimosegunda fila de cinco de la quinta centuria está desfilando. Buinovski y Sujov detrás. La escolta está confusa, manosean el abaco. ¡No sale la cuenta! Siempre hay algo que falla. ¡Si al menos supieran contar!

Han contado cuatrocientos sesenta y dos y deberían ser, explican, cuatrocientos sesenta y tres.

Una vez más son apartados de la puerta. Habían vuelto a acumularse. Y otra vez:

–¡En fila de aaaa cinco! ¡Primera! ¡Segunda!

Esta segunda cuenta es más fastidiosa, porque el tiempo empleado no se resta de su jornada de trabajo, sino de su tiempo libre. ¡Antes de entrar al campamento desde la estepa te detienen para el cacheo! Todas las columnas de trabajo corren a galope, esforzándose en adelantarse a las demás para llegar antes al registro y así volver más pronto al campo. La columna que llega antes al campo lo pasa principescamente: el barracón comedor la espera, recibe la primera sus paquetes, es la primera en el almacén y la cantina, la primera en el

orden a recibir sus cartas o a la censura de entrega de ellas, la primera en la enfermería, en la peluquería, en la Sauna…, la primera en todo.

A veces ocurre que las escoltas nos despiden antes, para llegar ellos también pronto. Un soldado tampoco puede ir de paseo, tiene mucho que hacer y poco tiempo para ello. Y ahora no les salen las cuentas.

Cuando dejaron pasar a la última fila de cinco, a Sujov le pareció que eran tres los que coleaban. Pero no, estaban otra vez ellos dos.

Los contadores al jefe de escolta, con sus abacos. Reflexionan. El jefe de escolta grita:

–¡El brigadier de la ciento cuatro! Tiurin se adelanta medio paso:

–¡Presente!

–¿Se ha quedado alguno de los tuyos en la central? ¡Piénsalo!

–No.

–¡Reflexiona! ¡Te arrancaré la cabeza!

–No; digo la verdad.

Mira de reojo a Pavlo… ¿No se habrá dormido alguien abajo?

–¡Formar por brigadas! – grita el jefe de la escolta.

Habían formado en fila de cinco en fondo, mezclados tal como venían. Ahora comenzó una gran confusión. Aquí gritaban: «¡La setenta y seis, conmigo!», allá: «¡La trece!» y más allá: «¡La treinta y dos!», y como la ciento cuatro está detrás, se reúnen allí. Entonces ve Sujov: toda la brigada ha venido con las manos vacías; han trabajado tanto rato, los infelices, que no hubo tiempo de recoger virutas. Sólo dos llevaban pequeños envoltorios.

Cada día la misma comedia. Antes de volver se recogen todas las virutas, astillas o trozos de madera, se atan con un trapo retorcido o con un cordel delgado y se traen. La primera razzia, en la guardia. Si está allí el aparejador o uno de los jefes de década, ordena en seguida: «¡Fuera todo!» Han despilfarrado millones, y ahora quieren compensar con las virutas. Claro que el «trabajador» tiene su propio cálculo. Si cada uno de la brigada no lleva más que un par de maderitas, basta para calentar el barracón. Por lo general, el servicio

de barracón reparte cinco kilos de polvo de carbón por estufa; no hay que esperar que eso baste. Por eso se les ocurrió el recurso de romper o aserrar las maderas y ocultarlas bajo las chaquetas. Así escapan al aparejador.

Los de la escolta, por el contrario, nunca ordenan tirar la madera fuera, en la obra; pues ellos también la necesitan, y no pueden llevarla por sí mismos. En primer lugar, no estaría a tono con el uniforme, y además necesitan las dos manos para la metralleta con que puedan disparar sobre nosotros. Sólo cuando nos devuelven al campo, los de la escolta ordenan: «De tal fila a tal otra, arrojar aquí la madera.» Pero son clementes; algo ha de quedar para el inspector del campo y también para los presos, pues si no nadie traería madera.

Día a día, cada preso lleva madera sin saber si se la queda o se la quitan. Así están las cosas.

Mientras Sujov busca astillas en el suelo, el brigadier los ha contado e informa al jefe de la escolta:

–¡La ciento cuatro está completa!

Entonces Zesar se destaca de los chupatintas y se acerca a sus propios compañeros. Enciende su pipa, la lumbre le ilumina el rostro; su bigote negro está cubierto de escarcha. Pregunta:

–Bien, capitán, ¿cómo le va?

El que tiene calor no puede comprender al que pasa frío. «¿Cómo le va?», ¡vaya pregunta estúpida!

–¿Cómo ha de irme? – El capitán se encogió de hombros.– Todo el día trajinando, sin enderezar la espalda apenas un momento.

Esto viene a querer decir: a ver si tienes la buena idea de darme un cigarrillo.

Zesar le da uno, en efecto. En la brigada sólo intima con el capitán; a nadie más se confía.

–¡En la treinta y dos falta uno! ¡En la treinta y dos! – grita todo el mundo de repente.

El ayudante del brigadier de la treinta y dos y otro muchacho salen pitando hacia el taller de reparación de automóviles para buscar al que

falta. Entre tanto, corre un rumor: ¿Quién? ¿Cómo? Luego Sujov se entera de que falta el pequeño moldavo, el moreno. Pero ¿qué moldavo? ¿No será el moldavo del que decían que había sido espía rumano, un verdadero espía?

En cada brigada al menos hay cinco espías, pero esos son espías artificiales, fabricados. En las actas constan como espías, pero en realidad no fueron más que prisioneros de guerra. El mismo Sujov es uno de tales espías.

Pero el moldavo lo era de verdad. El jefe de la escolta se vuelve violáceo al mirar en la lista. Después de todo, si se las pira un espía, ¿qué le pasa al jefe de la patrulla de escolta?

Toda la gente, y también Sujov, monta en cólera. Aquel perro, aquella carroña, aquel canalla… ¿qué se había creído el muy marrano? El cielo oscurecido, la luna alumbra ya, fijaos, pronto apretará el frío de la noche… ¡y ese mocoso sin aparecer! ¿No tenía bastante trabajo, el cerdo, verdad? Se le hacía corta la jornada del amanecer al anochecer, las once horas, ¿no? ¡Ya vería cómo lo solucionaba el fiscal!

Sujov se admira de que uno trabaje tanto, que no note la señal.

Se ha olvidado de que él mismo acaba de trabajar de ese modo, y que también se irritó de tener que ir a la guardia. Ahora tenía frío como los otros, y compartía su furor. Si ese moldavo los hiciera esperar media hora más y los de la escolta lo entregaran a la multitud, ¡lo despedazaban como lobos a un cordero!

Los hombres reflexionan. ¿Si se habrá escapado el moldavo? Si se largó durante el día, sería distinto; pero si estaba escondido y esperaba a que los vigilantes bajaran de las torres, podía esperar sentado. Si escapó por debajo de la alambrada sin dejar huellas, explorarían durante tres días la zona y durante tres días no bajarían de las torres. Y aunque fuese una semana, igual. Así es su reglamento, y los presos veteranos lo saben. Siempre que se escapa uno, la vida ya no es vida para los de la escolta, que van a la caza sin comida ni descanso. Mas una vez que han montado en cólera, el preso no vuelve vivo.

Zesar habla al capitán:

–Por ejemplo, cuando los quevedos se enredaron en el aparejo, ¿se acuerda usted?

–Hummm, sí… -el capitán fuma su tabaco.

–O lo del coche infantil en la escalera… cómo rueda y rueda.

–Sí…, pero la vida de marino se presenta de un modo algo teatral.

–Vea usted, estamos acostumbrados a las técnicas cinematográficas modernas…

En la película «Acorazado Potemkin»

–Y los gusanos en la carne, gruesos como lombrices. ¿Eran verdaderamente tan gruesos?

–¡Con la cámara no podían tomarse más pequeños!

–Yo creo que si en nuestro campo nos dieran hoy esa carne en vez del pescado, la echarían en la marmita sin fijarse, y nosotros tendríamos…

–¡Aaaaaah! – bramaron los presos-. ¡Uuuuuuh! Veían salir tres figuras del taller de reparación de coches, luego habían cogido al moldavo.

–¡Uuuuuuh -aulló la plebe junto a la puerta. Y cuando estuvieron más cerca, se desató:

–¡Marranooooo, tío mierdaaaa! ¡Bandido! ¡Perro maldito! ¡Puerco! ¡Carroña! Sujov gritó también:

–¡ Marranooooo!

¡Robar más de media hora a quinientos hombres!

Con la cabeza encogida, avanzaba como un ratón.

–¡Alto! – tronó el guardián. Y anotó-: K-cuatro-cientos sesenta, ¿dónde estabas?

Al decirlo, se acercaba alzando la culata del fusil. En el montón aún berreaban algunos:

–¡Andrajoso! ¡Baboso! ¡Pedazo de cerdo!

Pero los demás callaron, al ver que el sargento volvía la carabina.

El moldavo no respondía; encogido, retrocedía ante el sargento. El ayudante de brigadier de la 32 se adelantó:

–Se había subido al andamio de los pintores, el perro. Se ocultó de mí, y con el calor se quedó dormido.

¡Y dos golpes con el puño en la mandíbula! ¡Dos más en el pecho!

Con esto le apartaban del sargento.

El moldavo se tambaleó hacia atrás, y entonces saltó el húngaro de la treinta y dos y le dio una patada despiadada en el trasero; sí, despiadadamente.

Eso ya no era lo mismo que hacer de espía. Cualquier tonto puede hacer de espía. Un espía lleva una vida bien regalada. Pero ¡intenta sobrevivir diez años de trabajos forzados en un campo de castigo! El de la escolta bajó el fusil.

Y el jefe de escolta bramó:

–¡Fuera de la puerta! ¡De cinco en fondo!

¡Esos perros cuentan otra vez! ¿No está todo bien claro? Los presos rezongaron. Toda su rabia para con el moldavo se transfirió ahora a la escolta. Rezongaron y no se movieron un paso de la puerta.

–¡Eeeeh! – gritó el jefe de la escolta-. ¿Queréis que os haga sentaros en la nieve? ¡En seguida os haré sentar en la nieve hasta mañana por la mañana!

Era capaz y lo haría. No sería la primera vez. Y hasta se había dicho alguna otra vez: «¡Cuerpo a tierra! ¡Fuego a discreción!» Todo eso había pasado y los presos lo sabían. Empezaron a retirarse de la puerta.

–¡Atrás, atráas! – los apresuró el centinela.

–¿Quién os manda apretujaros en la puerta, bestias? – gritaban los de detrás a los primeros, venenosamente, cediendo ante la presión.

–¡De cinco en fondo! ¡Primera! ¡Segunda! ¡Tercera!

La luna lucía con toda su fuerza; el halo rojizo había desaparecido. Estaba ya en la cuarta parte de su carrera. ¡La noche estaba perdida…! ¡Maldito moldavo! ¡Maldita escolta! ¡Maldita vida!

Los de delante, que estaban ya contados, se volvían poniéndose de puntillas para ver si en la última hilera había dos o tres. De esto dependía ahora toda la vida.

A Sujov le pareció que quedaban cuatro en la cola. Se quedó yerto del susto: ¡uno de más! ¡Otra vez a contar! Luego se vio que Fetiukov, el chacal, había ido a pedirle su colilla al capitán, no cuidando luego de volver a su lugar, y pareciendo estar de más.

El jefe accidental de la escolta sacudió a Fetiukov, rabioso.

¡Le estaba bien empleado!

En la última hilera había tres hombres. ¡Todo estaba en orden, gracias a Dios!

–¡Fuera de la puerta! – insistió el guardián.

Pero esta vez los presos no gruñeron, al ver que salían los soldados de la guardia y se colocaban al otro lado de la puerta.

De modo que les darían la salida.

No se veía a ninguno de los jefes de década libres de servicio, ni al aparejador; todos llevaban su madera a la vista.

Se abrió el portal, y en seguida apareció detrás el jefe accidental de la escolta, con el controlador.

–¡Primera! ¡Segunda! ¡Tercera!…

Si ahora estaba bien, bajarían los centinelas de las torres.

¡Y desde las torres, ahí atrás, hasta aquí, había que caminar un buen trecho! Cuando saliera el último preso de la zona de obra y todo fuese bien al contar, sonaría el teléfono en todas las torres: ¡Retírense! Y si el jefe de la escolta no era tonto, daba la señal de retirada en seguida, por saber que el preso de ningún modo podía escapar y que los guardianes de las torres ya alcanzarían la columna. Si era estúpido, tendría miedo de que su gente no bastara contra los presos, y esperaba.

El jefe de la escolta de hoy era uno de esos idiotas. Esperó.

Durante todo el día los presos estaban fuera, con aquel frío de perros, casi reventando de frío. Y luego, al terminar, debían estar casi una hora de pie, castañeteando los dientes. A pesar de ello, no los estremecía tanto el frío como la rabia: ¡Toda la noche al cuerno! Ya no podrían emprender nada en el campo.

–¿Cómo conoce usted tan bien la vida diaria en la flota inglesa? – preguntó alguien de la fila de atrás.

–Pues, verá usted, estuve casi un mes en un crucero inglés, donde tenía camarote propio. Iba en una flotilla de escolta, como oficial de enlace. Y cuando la guerra ya hacía tiempo que estaba terminada, imagínese, el almirante inglés (en mala hora se le ocurriría) me mandó un regalo como recuerdo: «En señal de gratitud.» Yo me asombro y maldigo… Y aquí… todos en un montón… Encerrado con bandoleros, vaya diversión.

Extraño. Extraño, si uno se fija en lo que hay a su alrededor. La estampa pelada, la vacía zona de trabajo, la nieve reflejando la luz de la luna. Los de la escolta forman a los lados, cada diez pasos, con el arma dispuesta a hacer fuego. El negro rebaño de esos presos, y con una chaqueta guateada, como todos, un hombre, Sch-311, que no concebía la vida sin galones, que había sido buen amigo de un almirante inglés y que ahora acarreaba cubetas de mortero con Fetiukov.

Eso podía ocurrirle a un hombre…

Bien, ahora estaba completa la patrulla de escolta. Sin «oración», seguimos adelante:

–¡De frente, ar! ¡Hop, hop!

Eso os habéis creído vosotros, hop, hop. Nos hemos quedado los últimos, de manera que no hay razón para que nos demos prisa. Como de mutuo acuerdo, todos los presos tenían la misma idea: Antes nos habéis retenido, ahora os retendremos nosotros. También tendréis ganas de estar bajo techado…

–¡Más de prisa! – gritó el jefe de la escolta-. ¡Vivo, el cabo!

Pásanos la… si quieres ¡vivo! Los presos marchaban calmosamente, tristones, como en un entierro. No tenemos nada que perder, de todos modos llegamos los últimos al campo. Si no quería tratarnos humanamente, que gritara ahora hasta reventar.

Cuando hubo gritado varias veces «¡Más vivo!», el jefe de la escolta se dio cuenta de que los presos no irían más de prisa. No podía disparar, porque marchaban en columna de a cinco, como estaba ordenado. No estaba en su mano hacer que los presos marchasen de

prisa. Por la mañana, la única salvación de los presos era marchar despacio al trabajo. El que marcha de prisa no ve el final de su condena… Se moja de sudor y luego cae redondo.

De modo que marcharon con buena regularidad y serenidad. La nieve crujía bajo sus pasos. Unos conversaban en voz baja, otros callaban. Sujov reflexionaba… ¿Qué era lo que no había podido hacer aquella mañana en el campo? Luego se le ocurrió: ¡el lazareto! Vaya, con el trabajo se había olvidado completamente de la enfermería.

Justamente ahora era la hora de consulta en la enfermería. Podría presentarse si sacrificaba la cena. Pero en realidad no se encontraba tan mal. Seguramente, no tenía fiebre… ¡Tiempo perdido! Ya se recuperaría sin necesidad de médicos. Los médicos con sus tratamientos no le proporcionaban a uno más que el traje de madera.

No deseaba ir al lazareto, pero… ¿cómo podría enriquecer la cena? Su única esperanza era que Zesar recibiese su largamente esperado paquete.

De repente, hubo una especie de cambio en la columna de presos. Hubo un movimiento, perdieron el paso, hubo confusión, murmullos, gruñidos; las hileras de la cola, y con ellas Sujov, perdieron el contacto con los de delante, comenzaron a correr. Durante unos pasos fue bien; luego, vuelta a correr otra vez.

Cuando el final de la columna alcanzó la colina, Sujov pudo verlo también: a su derecha, aún lejana en la estepa, destacaba negreante otra columna que se dirigía diagonalmente hacia la nuestra, y ahora debía vernos, pues se echaron a correr también.

Esta sólo podía ser la columna de la fábrica de maquinaria, de unos trescientos hombres. También ellos, al parecer, habían tenido mala suerte y habían sido retenidos como nosotros. ¿Por qué razón? A veces los tenían trabajando más tiempo, cuando no terminaban con el arreglo de una máquina. Claro que ellos no se exponían a nada, se pasaban todo el día al calor.

Era el momento de la decisión. ¡Cómo corrían, los tíos! También los de la escolta se pusieron a trotar, salvo el jefe, que gritaba una y

otra vez:

–¡No se dispersen! ¡Cierren filas, por atrás!

Tendrían que partirte la boca, ¿qué nos ladras ahora? ¿Acaso no cerramos filas?

Ni visto, ni oído…, sólo un pensamiento en toda la columna: ¡Adelantarse! ¡Chasquearlos!

Y allí se mezcló todo, carne y pescado, de forma que la escolta ya no era enemiga de los presos, sino amiga. Pero el enemigo era la otra columna.

Todos estaban otra vez de buen humor, la rabia se había disipado.

–¡Vamos, vamos! – gritaban los de atrás a los de delante.

Al fin, nuestra columna alcanzó la carretera; los de la fábrica de maquinaria habían desaparecido detrás del bloque de viviendas. Seguimos corriendo, ciegamente.

Ahora íbamos mejor, sobre la carretera abierta. Los guardianes a derecha e izquierda no tenían que temer los tropezones. ¡Aquí superaríamos a los otros!

Además los eliminaríamos, porque en la guardia del campo los registraban más detenidamente. Desde que fueron encontrados algunos con el cuello cortado, la comandancia del campo era de la opinión que los cuchillos se confeccionaban en la fábrica de maquinaria y luego se pasaban al campo. Por eso, a la entrada del campo, los cacheaban a fondo. Avanzado el otoño, el suelo estaba ya helado, les gritaban:

–¡Los de maquinaria, zapatos fuera! ¡Tenedlos en las manos!

Así los registraban, descalzos.

Y ahora, a pesar del frío glacial, aún la tomaban con alguno:

–¡Vamos, quítate la bota de fieltro derecha! ¡Y tú, la izquierda!

El preso se quitaba la bota y era obligado a sacudirla sacando el trapo para el pie, mientras iba a la pata coja. En orden, ningún cuchillo.

Sujov había oído decir -no sabía si era cierto-que un verano los de la fábrica de maquinaria trajeron dos postes de balón volea al campo,

y escondidos en ellos muchos cuchillos. Diez largos cuchillos en cada uno. En el campo descubrían uno aquí, otro allá, de vez en cuando.

Dejaron atrás, a paso gimnástico, el nuevo club, el bloque de viviendas, el aserradero… y doblaron la esquina directamente frente a la guardia del campo.

–¡Hurraaaaa! – bramó la columna, como un solo hombre.

¡Aquel cruce era la clave! Los de la fábrica de maquinaria llegaban de la derecha, con ciento cincuenta metros de desventaja.

Bueno, ahora podían tomárselo con calma. Toda la columna se alegraba. Se alegraban como los conejos: al menos, las ranas tienen miedo de nosotros.

¡Ahí! El campo. La misma imagen de la mañana: la oscuridad, las lámparas de la zona del campo, sobre la cerca de tablas, y especialmente intensos los faros frente al cuarto de guardia; toda la zona reservada al cacheo estaba iluminada como a la luz del día.

Pero, antes de que llegaran a la guardia…

–¡Alto! – gritó el jefe lugarteniente de la guardia.

Entregó su metralleta a un soldado y se dirigió a la columna (le estaba prohibido acercarse con la metralleta):

–Todos los que están a la derecha y lleven madera… ¡lanzar la madera hacia la derecha!

Los que estaban fuera llevaban la madera a la vista y podía darse cuenta de quiénes eran. Un hatillo cayó hacia la derecha, luego otro, y un tercero. Algunos querían pasar su madera hacia la izquierda de la columna, pero sus vecinos dieron un bufido:

–¡Para que se la quiten a los otros por tu culpa! ¡No, no, tírala ahí!

¿Quién es el mayor enemigo del preso? El otro preso. Si los presos no se combatieran entre sí… ¡ah, entonces!…

–¡En marcha! – gritó el jefe de la escolta.

Y desfilaron hacia la guardia.

En el cuerpo de guardia convergían cinco caminos, una hora antes se acumulaban allí todos los grupos de trabajo. Si todos esos caminos se convirtieran en calles y se hicieran casas a los lados, el lugar donde

estaba el cuerpo de guardia y se practicaban los cacheos habría podido ser la plaza mayor de la futura ciudad. Y así como ahora convergían aquí todas las columnas de trabajo, se reunirían en ese caso las columnas de manifestantes.

Los vigilantes ya estaban calentándose en el cuerpo de guardia. Ahora salían y cerraron el paso.

–¡Abrir chaquetas! ¡Desabrocharos los chalecos!

Extendieron los brazos. Como si quisieran abrazarle a uno al hacer el registro. Cachear los costados. Bueno; lo mismo que por las mañanas.

Ahora no era tan malo desabrocharse; volvíamos a casa.

Así decían todos: a casa.

Durante el día no tienen tiempo de acordarse de otra casa.

La cabeza de la columna ya está siendo cacheada, cuando Sujov se acerca a Zesar y dice:

–¡Zesar Marcovitch! Corro en seguida a la entrega de paquetes para hacer cola.

Zesar volvió hacia Sujov su negro bigote, con la blanca escarcha por debajo esta vez.

–¿Para qué quiere usted hacer cola, Iván Denisovich? Tal vez no haya llegado el paquete.

–Bien…, si no está, ¿qué puedo perder? Esperaré diez minutos; si no llega usted, me largo al barracón.

Al decirlo, Sujov pensó: «Si no viene Zesar, quizá venga otro y pueda venderle mi sitio en la cola.»

Por lo visto, Zesar no podía reprimir la impaciencia por recibir su paquete.

–Está bien, Iván Denisovich, corre y ponte a la cola. Espera diez minutos, y no más.

El cacheo prosiguió, pronto le tocaba a Sujov. Hoy nada tenía que ocultar, y avanzó despreocupadamente. Desabotonó la chaqueta enguatada, sin prisas, y aflojó también el chaleco bajo el cinto de lona.

No tenía conciencia de llevar algo prohibido, pero la preocupación

de ocho años de chirona se había convertido para él en una costumbre. Metió la mano en el bolsillo exterior del pantalón para asegurarse una vez más de que estaba vacío, aunque ya lo sabía.

¡Pero ahí estaba la hoja de sierra! Hoy la encontró en la zona de la obra y se la guardó por razones económicas, sin ninguna intención de pasarla al campo. No había querido pasarla, pero puesto que la llevaba encima… ¡sería lástima tirarla ahora! Podría afilarla en forma de cuchillito, para arreglar zapatos o al menos para coser.

Si hubiera tenido intención de pasarla, habría escogido un buen escondite. Pero ahora sólo faltaban dos hileras de cinco para llegar hasta él, y la primera ya pasaba al control.

Ahora debía actuar más rápido que el viento: o bien, oculto por la última fila, arrojaba la cosa en la nieve (con lo cual la encontrarían más tarde, pero sin saber de quién era), o la pasaba.

Por esa hoja de sierra podían darle diez días de arresto, si la interpretaban como cuchillo.

¡Pero un cuchillito para componer zapatos significaba ganancia, significaba pan!

Sería una pena tener que tirarla.

Y Sujov la metió en uno de sus guantes.

Ahora pasaba la siguiente hilera de cinco al cacheo. Y a plena luz de los focos quedaban los tres últimos: Senka, Sujov y el muchacho de la brigada 32 que acompañó a buscar al moldavo.

Como eran sólo tres, y cinco los vigilantes dedicados al registro, Sujov pudo escoger cómodamente cuál de los dos de la derecha le cachearía a él. No escogió al joven de mejillas coloradas, sino al viejo de la barba gris. El viejo, naturalmente, tendría más experiencia y le sería fácil encontrar algo si buscaba bien; pero, como era viejo, sin duda estaría más que harto del servicio.

Entre tanto Sujov se sacó los guantes, el que contenía el pedazo de sierra y el vacío, cogiéndolos con una mano, en la que llevaba además el cinturón, y de modo que el guante vacío quedara delante. Desabotonó del todo el chaleco, alzó el faldón de la chaqueta y el del

chaleco amablemente -nunca había sido tan amable para el cacheo, pero ahora quería demostrar que nada llevaba escondido: ¡anda, regístrame!-, y obedeció la orden del barbudo, acercándose.

El vigilante de la barba gris, golpeó los costados y la espalda de Sujov, palpó por fuera el bolsillo del pantalón -vacío-, apretó los faldones de la chaqueta y del chaleco; y luego, ya por último, apretó para asegurarse el vacío guante delantero -el vacío.

El vigilante apretó, y fue como si apretara las entrañas de Sujov con tenazas. Otro apretón semejante en el otro guante, y ya se veía arrestado, con trescientos gramos de pan al día y comida caliente sólo desde el tercero. En un segundo se representó cómo iría haciéndose débil y pasaría hambre, y cuánto le costaría volver a conseguir el estado de resistencia actual, medio harto y medio hambriento.

Y en silencio rezó una fervorosa plegaria: «¡Dios del Cielo! ¡Sálvame! ¡Líbrame del arresto!»

Todos esos pensamientos cruzaron por su mente en el breve instante en que el vigilante oprimió el guante delantero y alargó la mano hacia el otro, el de atrás (los habría apretado ambos al mismo tiempo, con las dos manos, si Sujov no los hubiera llevado en una sola). Entonces el jefe del control, que quería acabar pronto, gritó a la escolta:

–¡Vamos, ahora los de la fábrica de maquinaria!

Y en vez de coger el segundo guante de Sujov, el guardián le hizo un gesto con la mano: Pasa, adelante.

Sujov corrió para alcanzar a los demás. Ya estaban en fila de a cinco, entre los dos terrenos de vallas semejantes a las barreras del mercado de caballos, y que venían a formar el cercado de la columna, por decirlo así. La carrera no le cansaba, no sentía el suelo bajo los pies, y no envió una segunda oración, una acción de gracias, al Cielo, porque no tenía tiempo y realmente ya no hacía falta.

La escolta que los había traído aquí formó a un lado, para dejar paso a la de los maquinistas, y esperaba únicamente a su jefe. La madera que su columna había arrojado antes del registro fue recogida

por los escoltas, y la que les habían quitado los guardianes al cachearlos estaba apilada en el cuarto de guardia.

La luna estaba cada vez más alta, y en la noche clara, blanca, el frío se hacía más intenso.

El jefe de la escolta, mientras se dirigía a la guardia, habló brevemente con Priaja, lugarteniente de Volkovoi, para pedirle la lista de los cuatrocientos sesenta y tres hombres; y Priaja gritó de pronto:

–¡ K-cuatrocientos sesenta!

El moldavo, que estaba escondido en medio de la columna, suspiró profundamente y salió a la barrera derecha. Aún iba encogido.

–¡Aquí! – ordenó Priaja, señalando un lugar fuera de las barreras para caballos.

El moldavo las rodeó. Le ordenaron esperar, con las manos a la espalda. De modo que se la cargaría por intento de fuga. Le meterían en el barracón-celda.

Poco antes de llegar a la puerta, se apostaron dos vigilantes a izquierda y derecha de la barrera; la puerta, de una altura como tres veces la de un hombre, se abrió lentamente, y resonó la orden:

–¡De cinco en fondo! – «Fuera de la puerta» no hacía falta aquí, pues todas las puertas de los campos de concentración se abren hacia dentro, para que no puedan abrirlas a la fuerza ni todos los presos a la vez, lanzados en tromba.– ¡Primera! ¡Segunda! ¡Tercera!…

A la segunda cuenta de la noche, cuando el preso vuelve a entrar por la puerta del campo, se siente más sacudido por el viento, helado y hambriento, que en todo el resto del día, y el cucharón de sopa de coles ardientes y acuosa no es para él sino una gota de agua sobre una piedra al rojo: absorbida en un segundo. Pero esa sopa es más valiosa para él que la libertad, más que toda la vida anterior y toda la vida por venir juntas.

Los presos entran por la puerta del campo como los guerreros después de la batalla -con estrépito, endurecidos y marchosos-: ¡dejen paso!

El factótum del barracón del mando tiembla cuando ve entrar así a

los presos.

Desde esta segunda cuenta, y por primera vez desde la señal de partida a las seis y media, el preso es un hombre libre. Han pasado por la gran puerta de la entrada al campo, por la pequeña del recinto de los presos, luego por el callejón del campo entre las barreras a izquierda y derecha, y luego… puedes ir adonde quieras.

Adonde quieras, pero el jefe de trabajos echa el guante a los brigadieres:

–¡ Brigadieres! ¡ A la plana mayor!

Sujov corrió como un rayo a lo largo del barracón de las celdas, entre los otros barracones y hasta la entrega de paquetes. Zesar, en cambio, camina con mesura y dignidad hacia el otro lado, donde se hacina un montón de presos alrededor del poste, con el tablero de contrachapado sobre el que se apunta con lápiz copiador la lista de los que han recibido paquetes.

Raramente se escribe con papel en el campo, y más a menudo sobre contrachapado. Se ve más sólido y auténtico sobre una tabla. Tanto los cacheadores como los jefes de obras llevan sus listas sobre una tabla. Pero el día siguiente se rasca, y sirve otra vez para escribir. Ahorro.

El que se queda en la zona del campo puede ganar algo de esta otra manera: lee en el tablero quién ha recibido un paquete, espera al destinatario por la noche al llegar y le dice en seguida el número. Mucho o poco, un cigarrillo siempre cae.

Sujov llegó al reparto de paquetes. El barracón tenía un anexo, y a éste aún había pegado un vestíbulo. Este no tenía puerta exterior y el frío penetraba sin obstáculos, pero siempre se estaba más a gusto con un techo sobre la cabeza.

Los hombres que esperaban en el vestíbulo se habían apoyado en la pared. Sujov se puso a la cola. Quince hombres, más o menos, estaban ante él, o sea una hora bien larga, justo hasta el toque de queda. Los de la columna de la central que se habían dirigido al tablero para leer los nombres, tendrían que colocarse tras él. Y todos

los de la fábrica de maquinaria, si no tenían que volver al día siguiente a por sus paquetes, por la mañana.

Hacen cola con bolsos, con pequeños saquitos. Ahí, detrás de la puerta (el propio Sujov no había recibido un solo paquete en aquel campo, pero lo sabía por los relatos), abren la caja con una hachuela; el vigilante lo saca todo por sí mismo y lo examina. Esto corta, aquello parte, aquí manosea una cosa y vierte otra. Si hay algo líquido, en botella o bote, lo abren y te lo vierten: recógelo como puedas, con las manos o con una toalla. No entregan los botes porque tienen miedo. Si hay algo especial de pastel o dulces, un embutido o un pescadito, el vigilante toma una parte con toda naturalidad. (Intenta protestar, que en seguida te echará un discurso sobre lo que está prohibido y lo que no está permitido, y se lo queda todo para fastidiar. Empieza por el vigilante: el que recibe un paquete, tiene que dar, dar, dar.) Aún habiendo pasado el control no te dan la caja. Mételo todo de la mesa a tu bolsa, o recogido en la chaqueta…, y luego, el siguiente. A veces meten tanta prisa que se olvida algo en la mesa. Luego no tienes por qué volver, que ya no lo encontrarás.

En los tiempos de Ust-Ishma, Sujov recibía un paquete de vez en cuando. Pero él mismo escribió a su mujer: «Se lo lleva el gato, no me envíes nada, no se lo quites a los niños.»

Aunque a Sujov, durante su libertad, le costó menos alimentar toda una familia de lo que le cuesta aquí alimentarse a sí mismo, sabía también lo que cuesta uno de esos paquetes; y sabía también que no podía exigir que le mandaran paquetes durante diez años. Prefería pasarse sin ellos.

Pero si bien ésta fue su propia decisión, cada vez que alguno de sus compañeros de brigada o de barracón recibía un paquete (lo que ocurría casi a diario), sentía un peso en el corazón por no recibir él ninguno. Y aunque había prohibido expresamente a su mujer enviarle nada por Pascua, y nunca iba al tablero de lista de nombres, como no fuese para un compañero rico, a veces esperaba que alguno llegase corriendo para decirle:

–¡Sujov! ¿Por qué no vas? ¡Tienes un paquete!

Pero nunca venía nadie corriendo…

Y así tenía cada vez menos motivos para acordarse del pueblo de Temgeniovo y de su casa… La vida aquí se mantenía en suspenso desde diana hasta el toque de queda, sin dejar espacio a recuerdos inútiles.

Al encontrarse así, en medio de los que se gozaban en esperanzadoras imaginaciones, de poder hundir pronto los dientes en un pedazo de tocino o cubrir un pedazo de pan con mantequilla y endulzarse la bebida con azúcar, sólo experimentó un deseo: llegar tan pronto como pudiera al comedor y tomarse su sopa caliente, no fría. Pues fría no valía ni la mitad que caliente.

Reflexionó. Si Zesar no encontró su nombre en el tablero, estaría ya en el barracón lavándose. Si estaba su nombre, ahora iría recogiendo bolsas, vasos de plástico y recipientes. Por esto Sujov había prometido esperar diez minutos.

Haciendo cola, Sujov se enteró de una novedad: otra vez no habría domingo aquella semana, otra vez les robarían el domingo. Ya lo esperaba, y los demás también lo esperaban, pues cuando el mes tenía cinco domingos, les dejaban tres y los demás les hacían ir al trabajo. Lo esperaba, pero al decirlo los otros, algo se revolvió en su interior: el hermoso domingo, tan ardientemente esperado, ¿quién no lo echaba amargamente de menos? Cierto que los otros también tenían razón al decir que la comandancia del campo ya se las arregla para hacerlos trabajar dentro del campo en los días libres; siempre inventan algo…, construir una sauna, o levantar un muro para tapiar un paso, o limpiar el patio. O bien cambiar y sacudir las colchonetas y exterminar las chinches de las yacijas. O bien un control de presidiarios según fichero. O realizar un inventario: todos los trastos al patio, y luego permanecer medio día sentados ahí.

Lo que más los enfurece, en todo caso, es que el preso duerma después del desayuno.

La cola avanzó, aunque lentamente. Era que venían algunos de

afuera y apartaban al primero sin más cumplidos; uno de los peluqueros, un contable y uno de la imaginaria. Pero éstos no eran presos como los demás, sino los enchufistas permanentes del campo. Cerdos de primera, que no se movían de la zona del campo. Para los «trabajadores», estos tipos eran la porquería más baja (opinión que ellos a su vez tenían de los «trabajadores»). No tenía sentido buscar disputa con ellos. Los factótums se apoyaban entre sí y estaban bien con los guardianes.

Quedaban aún diez hombres antes que Sujov, y después de él habían venido siete más, cuando apareció Zesar en la puerta, inclinándose para pasar, con la nueva gorra de piel que le enviaron desde fuera. Aquello sí que era una gorra. Zesar había sobornado a alguien, y por esto le permitían llevar aquella gorra nueva de la ciudad, tan estupenda. A los demás les quitaban incluso las viejas gorras del ejército cuando las tenían, dándoles a cambio gorras del campo, verdaderos andrajos. Zesar sonrió a Sujov, saludando luego al tipo raro de las gafas que siempre leía el periódico mientras hacía cola:

–¡ Aaaah! ¡ Piotr Mijalich!

Ambos florecieron como dos amapolas. El raro dijo:

–¡Tengo un nuevo «Vespertino», vea usted! ¡Lo he recibido con faja!

–¡No me diga!

Y Zesar metió también la nariz en el periódico. Y eso que la bombillita del techo daba una luz más que débil, ¿cómo podía ver aquellas letras tan pequeñas?

–¡Aquí hay una recensión muy interesante del estreno de Savadski…!

Los moscovitas se huelen de lejos, como los perros. Y cuando se encuentran, no hacen más que olfatearse. Y empiezan a comadrear, y cada uno quiere hablar más que el otro. Cuando están charlando así, y oyes tan pocas palabras rusas, te parece estar oyendo hablar letón o rumano.

Mas Zesar había traído todos sus bolsos.

–Bien, pues yo…, Zesar Markovitch… -tartajeó Sujov-. ¿Puedo irme ya?

–Naturalmente, naturalmente. – El bigote negro de Zesar emergió del periódico.– Bien, ¿quién está delante de mí? ¿Quién me sigue?

Sujov le explicó quién iba detrás de quién, y como no esperaba que Zesar se acordase por sí mismo de la cena, preguntó:

–¿Quiere que le traiga la cena?

Esto quería decir, del comedor al dormitorio, con la escudilla. Severamente prohibido, por lo demás, sobre esto había muchas disposiciones. Cuando pescaban a uno, le volcaban la escudilla y lo metían en el calabozo… Y a pesar de todo, se traían cenas y siempre se haría, pues cuando uno tenía algo que hacer, nunca quedaba tiempo de entrar en el barracón comedor junto con la brigada.

Preguntó si quería que le trajese la cena, mas pensando en silencio: «No serás tan inhumano. Me regalarás tu cena, supongo. Por la noche, desde luego, no ponen sémola; no es más que una sopa clara…»

–No, no -Zesar sonrió-. ¡La cena es para ti, Iván Denisovich!

¡Eso era lo que Sujov esperaba! Salió volando del vestíbulo como un pájaro puesto en libertad y atravesó la zona corriendo.

¡Los presos corrían en todas direcciones! Una vez el comandante del campo promulgó la siguiente orden: ningún preso podrá moverse solo dentro de la zona del campo. La brigada, siempre que sea posible, se llevará en columna cerrada. Donde no sea posible, como para ir a la enfermería o a las letrinas, se formarán grupos de cuatro o de cinco, que nombrarán al de más edad para llevarlos en formación, esperarlos y volver a traerlos en formación.

El comandante del campo mantuvo insistentemente esta orden. Nadie se atrevió a contradecirle. Los vigilantes pescaban a los que iban solos, anotaban sus números y los metían en las celdas del campo. A pesar de ello, la orden fracasó, envuelta en silencio, como muchas órdenes ruidosas. Cuando te llaman para interrogarte, no van

a hacerte venir con un grupo. O cuando tú quieras ir a buscar tus alimentos al almacén, ¿para qué habría de acompañarte yo? O si a uno se le ocurre ir a leer el periódico al hogar, ¿quién querrá acompañarle? Otro querrá llevar a arreglar sus botas de fieltro, otro querría ir al secadero, otro pasear simplemente de barracón en barracón (¡aunque esto es lo que está más severamente prohibido!). ¿Cómo puede conseguirse evitar todo ello?

Con aquella orden, el comandante quería quitarles el último resto de libertad, pero hasta él, el gordinflón, fracasó en el intento.

Cuando Sujov, en el camino hacia su barracón, se tropezaba con algún vigilante, se quitaba la gorra por si acaso. Dentro: un estrépito infernal. Durante el día le habían robado a uno la ración, el del servicio de barracón recibía y devolvía los gritos. El rincón de la brigada 104 estaba vacío.

Sujov ya contaba aquella noche entre las afortunadas, por no haber sido registradas las colchonetas a la vuelta a la zona del campo, ni haberse practicado registro en los barracones durante el día.

Sujov se precipita hacia su yacija, se quita la chaqueta guateada por el camino, la arroja sobre la cama, encima los guantes con el trozo de sierra, y mete la mano para tocar su colchoneta… ¡El pedazo de pan de la mañana aún está allí!

Se alegra de haberlo ocultado y cosido.

¡Ahora, al comedor! ¡Paso ligero!

Corre directo hacia el barracón comedor, sin toparse con guardián alguno. Sólo se cruza con grupos de presos que caminan despacio, discutiendo acerca de su ración.

Fuera, la luz de la luna es más intensa cada vez. Las luces palidecen, y los barracones arrojan negras sombras. La entrada al comedor tiene una ancha escalera de cuatro escalones; también está en la sombra ahora. La lámpara colgada sobre la entrada se balancea a uno y otro lado, rechinando en el frío. Las bombillas tienen un halo irisado, de frío o suciedad.

Existe otra orden severa del comandante del campo: Las brigadas

deben entrar en él comedor en fila de a dos. Y más aún: cuando las brigadas llegan ante el comedor, no deben subir en seguida la escalera, sino formar en fila de a cinco y esperar a que los encargados del comedor les den entrada.

El servicio del comedor es defendido férreamente por Kromoj; por ser cojo, se le considera inútil para el trabajo, pero es fuerte el muy puerco. Se ha hecho un garrote de abedul, con el que golpea desde la escalera a los que intentan entrar sin su permiso. Pero hace excepciones. Tiene buen olfato, y hasta en la oscuridad reconoce por la espalda a los que no debe golpear si no quiere recibir una en las narices a su vez. Sólo golpea a los escarmentados. A Sujov le pegó una vez.

¡Se llama «servicio de comedor», pero se comporta como un príncipe!

¡Está a bien con los cocineros!

Hay una densa multitud ante la escalera, en parte porque todas las brigadas se han acumulado a la vez, en parte porque lleva mucho tiempo el ponerse en orden. Pero en la escalera está Kromoj con su ayudante y el encargado del comedor en persona. No tienen guardián; ¡se administran a sí mismos, esos cabritos!

El encargado del comedor es un canalla cebado, tiene una cabeza en forma de calabaza y setenta y un centímetros de anchura de espalda. Tiene tanto exceso de fuerza, que va como sobre resortes, como si sus brazos y piernas fueran de muelles. Lleva una gorra de frisa blanca sin número. Ninguno de los libres lleva una gorra semejante. Lleva además un chaleco de piel de cordero, y sobre el pecho de éste un único número diminuto, del tamaño de un sello de correos: una concesión a Volkovoi. En la espalda no lleva ningún número. El encargado del comedor no saluda a nadie y todos los presos le temen. Tiene en sus manos la vida de miles. Una vez quisieron darle una paliza, pero los cocineros fueron a ayudarle inmediatamente, toda una selección de cataduras criminales.

Habrá una desgracia si ya ha pasado la brigada 104. Kromoj

conoce a todos los presos del campo, de vista, y si está al lado el jefe, no deja pasar a ninguno que no vaya con una brigada que no sea la suya, divirtiéndose con fastidiarlo.

A veces los presos se deslizan hacia dentro a espaldas de Kromoj; así pasó Sujov una vez. Pero hoy, estando presente el jefe, no podrá pasar así. Le zurrarían fuertemente la badana hasta dejarle maduro para la enfermería.

Pronto, a la escalera, para ver si entre las muchas chaquetas negras que se divisan en la oscuridad se encuentra la brigada 104.

En este momento las brigadas se precipitan inconteniblemente hacia adelante (¿adonde si no? Pronto sonará el toque de queda), como si fueran a asaltar una fortaleza; suben el escalón primero, el segundo, el tercero, asaltan la entrada.

–¡Alto, hijos de perra! – brama Kromoj, alzando el bastón contra los primeros-. ¡Atrás! ¡En seguida haré papilla a uno de vosotros!

–¿Qué podemos hacer? – aullan los primeros-. ¡Nos empujan desde atrás!

Los de detrás empujan, naturalmente, pero los de delante no oponen resistencia seria, quieren entrar en el barracón cuanto antes.

Kromoj coge su bastón, lo mantiene ante el pecho como una barrera de paso a nivel, y se lanza con todo su peso contra los otros. También el ayudante de Kromoj coge el bastón, y el jefe tampoco repara en mancharse las manos.

Los maltratan duramente; tienen unas fuerzas enormes esos carnívoros, y echan atrás a los otros. Lanzan a los primeros desde arriba sobre los que empujan, los hacen rodar sobre los de atrás como haces de paja.

–¡Kromoj, hijo de p…, tendríamos que partirte la cabeza! – gritan desde la multitud, pero manteniéndose escondidos los que lo hacen. Los demás caen en silencio y se levantan en silencio, tan pronto como pueden, para no ser pisoteados.

Los escalones han sido barridos. El encargado del comedor ha desaparecido de la escalera; pero el propio Kromoj se queda en el

escalón superior y explica:

–¡En fila de a cinco, becerros! ¿Cuántas veces habrá que decíroslo! ¡Entraréis cuando os toque el turno!

Entonces Sujov descubre algo así como la cabeza de Senka Klevschin junto a la escalera. Su alegría es enorme. Adelante, pues, a codazos. Las espaldas se aprietan más…, no lo conseguirá, imposible pasar.

–¡La veintisiete! – aulla Kromoj-. ¡Adentro!

La veintisiete asalta la escalera, entrando en tromba. Otra vez hay un alud hacia adelante, los de detrás empujan. Y Sujov empuja también, con todas sus fuerzas. La escalera se estremece, la lámpara sobre la escalera rechina.

–¿Otra vez, podridos? – Kromoj hierve. Sacude, sacude con el bastón en la espalda de uno, en el hombro del otro, y vuelve a echar a los primeros sobre los de atrás.

Por segunda vez consigue vaciar la escalera.

Sujov ve desde abajo que Pavlo se ha colocado al lado de Kromoj. El es quien trae aquí la brigada; Tiurin se considera demasiado fino para la promiscuidad de aquí.

–¡En fila de a cinco, los de la ciento cuatro! – grita Pavlo desde arriba-. ¡A ver si pasáis, muchachos! «¡ A ver si pasáis!»… ¡ Vaya idiota!

–¡Eh! ¡Esa espalda! ¡A ver si me dejas pasar, que soy de aquella brigada!

Ya le dejaría pasar si pudiera, pero están tan apretujados por todos los lados…

El montón oscila a un lado y a otro; los hombres casi se aplastan para llegar hasta su sopa; la sopa que les corresponde en justicia.

Entonces Sujov cambia de táctica. Cogiendo la baranda por la izquierda, se agarra luego al poste del ángulo de la escalera y… se queda colgado en el aire. Con los pies golpea las rodillas de alguien, recibe él mismo un violento porrazo en un costado, unos cuantos le dedican jugosas maldiciones, pero lo consigue: ha puesto un pie sobre

el borde del escalón superior y espera. Sus compañeros le verían y le ayudarían a subir.

El encargado del comedor ha echado un vistazo a la puerta volviéndose antes de irse:

–¡Vamos, Kromoj, dos brigadas más!

–¡La ciento cuatro! – gritó Kromoj-. ¿Adonde vas, carroña?

Le atiza al desconocido un garrotazo en el cuello.

–¡La ciento cuatrooo! – grita Pavlo, haciendo pasar a su gente ante sí.

–¡Uff!

Sujov ya está dentro. No ha esperado a que Pavlo abriera la boca: tableros, ha de encontrar tableros libres ahora. El comedor está como siempre…, el vapor penetra en nubes por la puerta; unos están montados encima de otros, como las semillas en el girasol. Entre las mesas, empujones y apreturas, aquí y allá uno que quiere pasar con un tablero lleno. Pero Sujov está acostumbrado hace muchos años, está ojo avizor, y he aquí que Sch-208 lleva sólo cinco escudillas en su tablero; por lo tanto, éste es el último de la brigada, pues de lo contrario estaría completamente cargado.

Le alcanza, y le murmura rápidamente al oído:

–¡Hermano! Necesito un tablero…, ¡ahí detrás los tienes!

–Pero hay uno que espera en la ventanilla, y le he prometido…

–Deja que espere. Al que bosteza, alpargata en la boca.

Se ponen de acuerdo.

El otro lleva el tablero a su puesto, lo descarga. Sujov coge el tablero, pero en este momento se presenta el otro, que lo tenía apalabrado, y agarra el otro extremo, aunque es más enclenque aún que Sujov. Con el tablero, Sujov le empuja en la misma dirección que tiraba, y el otro se va a parar contra la pared, escapándosele el tablero de los dedos. Sujov se lo mete bajo el brazo y corre al reparto del rancho.

Pavlo está en la cola frente a la ventanilla, fastidiado porque aún no hay tableros. Ahora se alegra:

–¡Ivan Denisovich!

Da un empujón al ayudante del brigadier de la veintisiete.

–¡Déjame pasar! ¿Qué haces ahí parado? ¡Yo tengo tableros!

Mira, caramba. También Gopsik, el pillo, ha pescado un tablero.

–Estaban papando moscas -ríe-, y lo cogí.

Gopsik será perro viejo del campo. Tardará unos tres años en aprender a abrirse camino, y al menos el puesto de repartidor de pan lo tiene seguro.

Por indicación de Pavlo, se encarga del segundo tablero Yermolaiev, el forzudo siberiano (también diez años por ser prisionero de guerra). Envía a Gopsik a buscar una mesa en donde estén terminando. Sujov apoya una esquina del tablero en la ventanilla y espera.

–¡La ciento cuatro! – anuncia Pavlo por la ventanilla.

Hay cinco ventanillas en total: tres para la entrega normal, una para los que reciben rancho especial (los enfermos llegados, que son unos diez, y de matute todos los de la contabilidad), y la última para la devolución de los cacharros (hay peleas en esta ventanilla por el derecho de relamer las escudillas). Las ventanillas no son altas; llegan justamente a la cintura. Es imposible ver a los cocineros; sólo se ven sus manos y los cucharones.

El cocinero tiene las manos blancas y lisas, pero peludas, unas verdaderas zarpas. Como si fuera boxeador y no cocinero. Con el lápiz apunta en la lista de la pared:

–La ciento cuatro… ¡veinticuatro!

Panteleiev se infiltra en el comedor. No está enfermo, el muy perro.

El cocinero coge un cazo bestial, seguro que tiene tres litros de cabida, y remueve con él en la marmita; no para de remover (la marmita está recién llena, casi hasta el borde, y echa mucho vapor). Luego coge el otro cazo, el de tres cuartos de litro, y empieza a sacar con él, así, por arriba.

–Uno, dos, tres, cuatro…

Sujov se fija en cuáles son los platos que llenan antes de que se pose lo espeso de la sopa, y en cuáles queda lo magro, que es agua pura. Coloca diez escudillas en su tablero y se vuelve. Gopsik le hace señas desde la segunda hilera de soportes:

–¡Aquí, Iván Denisovich, aquí!

Llevar así las escudillas es cosa que requiere aprendizaje. Sujov avanza con cuidado para balancear el tablero, aunque su lengua trabaja tanto más:

–¡Eh, tú, Ch-novecientos veinte…! ¡Cuidado, abuelo…! ¡ Quita de ahí, chico!

En esas apreturas ya es cosa dudosa llevar una escudilla sin derramar nada, ¡cuánto más con diez! A pesar de ello, no hay ninguna mancha reciente en el tablero cuando Sujov lo coloca con cuidado sobre el extremo de la mesa que vigila Gopsik. Además, consigue dar un giro al tablero al colocarlo, de manera que las dos escudillas con lo espeso quedan orientadas hacia donde él se sentará ahora. Yermolaiev se acerca con su decena. Gopsik sale en volandas para traer en las manos, con Pavlo, las últimas cuatro. Por último llega Kilgas con un tablero lleno de pan. Hoy se jala según el rendimiento en el trabajo: a uno, doscientos; a otro, trescientos, y a Sujov cuatrocientos gramos. El coge sus cuatrocientos de la punta, y doscientos de parte media para Zesar.

Ahora llegan los demás de la brigada saliendo de todos los rincones del comedor… Ahí tienes tu comida, y zámpatela donde puedas. Sujov reparte las escudillas, se fija en quiénes las reciben y vigila su esquina del tablero. Mete la cuchara en una de las que contienen lo espeso, en señal de propiedad. Fetiukov es uno de los primeros que pasan a recoger la suya, marchándose en seguida. Como ya no puede hacer el gorrón con los de la brigada, recorre todo el comedor, el chacal, por si alguno no termina su ración (cuando uno no se la termina y aparta de sí la escudilla, a veces se lanzan dos o tres a por ella, como buitres). Sujov y Pavlo cuentan las porciones para que todo concuerde. Para Andrei Prokofievitch aparta una escudilla con

sopa espesa, y Pavlo la vierte en la estrecha gamella alemana con tapa, que puede hacer pasar escondida bajo la chaqueta. Entregan los tableros. Pavlo se sienta con doble ración, y Sujov con sus dos escudillas. Ahora ya no hablan entre sí, llega el momento sagrado.

Sujov se quita la gorra de piel y la coloca sobre sus rodillas. Inspecciona con la cuchara primero una escudilla, luego la otra. Bien, hasta hay algo de pescado. Por la noche, el guisote siempre es más flojo que por la mañana. Al preso hay que alimentarlo de mañana, para que pueda trabajar; pero por la noche se duerme de todos modos.

Comienza a comer. Primero engulle el caldo, ansiosamente. Cuando tiene el líquido caliente en el estómago, notando cómo se extiende el calor por todo su cuerpo, todo su ser se vierte hacia el resto de la sopa. ¡Aaaah! ¡Este es el breve momento para el que vive el preso!

Nada preocupa ya a Sujov, ni el largo período de encierro, ni lo interminable de la jornada, ni el hecho de que no haya domingo. Ahora piensa: «¡Lo soportaremos! ¡Todo lo soportaremos, con la ayuda de Dios, y alguna vez terminará!»

Después de haber bebido el caldo caliente de ambas escudillas, vacía la segunda en la primera y rebaña aquélla con la cuchara. Así es mejor. No tiene que cuidarse de la segunda escudilla, ni tenerla sujeta con la mano.

Como sus ojos ya no tienen trabajo, mira de soslayo las escudillas de los demás. El de su izquierda tiene el agua pura en la suya. ¡Qué canallas, son compañeros de penalidades y hacen cosas así!

Sujov se come la col que sobrenada en el resto de la sopa. Sólo en la escudilla de Zesar hay una patata. De tamaño mediano, helada, naturalmente, con una parte dura y sabor dulzón. Casi no encuentra pedacitos de pescado, sólo un fragmento de espinazo de vez en cuando, todo mondo. Mas hay que masticar bien todo pedazo de espina y toda aleta, y chupar el jugo, el buen jugo. Todo esto lleva su tiempo, pero Sujov no tiene ningún proyecto urgente, ahora es festivo para él: doble ración agenciada a mediodía, y otra vez para la cena.

Puede uno dejarse tranquilamente de lo demás.

Quizás iría aún a ver a los letones, a por tabaco. Mañana por la mañana posiblemente ya no tendría.

Sujov no toca su pan para nada. Doble ración y encima pan es demasiado; el pan se queda para mañana. La tripa nunca está satisfecha: si hoy das demasiado, mañana pide más.

Sujov come despacio y no se preocupa por lo que hay a su alrededor, ¿para qué? No necesita nada nuevo, mientras come su rancho legítimamente adquirido. A pesar de ello ve que una mesa más lejos queda libre un sitio y se sienta Ju-81, el gran viejo. Está en la brigada 64, como Sujov sabe, y mientras esperaba la entrega de paquetes supo además que la sesenta y cuatro ha sido enviada hoy a la construcción exterior de la «Sozkolonie», en vez de la ciento cuatro, tendiendo alambradas durante todo el día, sin pausa de calefacción. Ellos mismos se cercaron su zona de trabajo.

Ese viejo siempre está encerrado en campos de concentración y prisiones, le relataron a Sujov; no le alcanza ninguna amnistía, y cuando cumplió los diez primeros años de encierro, le condenaron en seguida a diez más.

Ahora Sujov puede verle de cerca. Entre todas las espaldas encorvadas de los presos, la suya llama la atención por lo erguido, y cómo está sentado a la mesa… como en un puesto más elevado. En su cráneo no hay que rapar ya: todos los cabellos se le cayeron con la buena vida del campo. Los ojos del anciano no miran huidizos a los lados, sino que están fijos, sin ver, por sobre la cabeza de Sujov. Come mesuradamente su acuosa sopa con una cuchara estropeada de madera, sin inclinarse sobre su escudilla, sino alzando cada vez la cuchara hasta la boca. Ni arriba ni abajo tiene dientes; en su lugar, las osificadas mandíbulas mastican el pan. Su rostro muestra las huellas de las penalidades, pero no es el rostro demacrado de un vencido, sino que parece labrado en piedra oscura. También por sus manos grandes, negruzcas y agrietadas, se adivina lo que ha pasado en todos los años que le han acorralado en campos y prisiones como una res. Pero no le

han podido, no capitula: no pone sus trescientos gramos de pan sobre la sucia y pringosa mesa, sino sobre un trapo limpio. Mas Sujov no tiene tiempo de seguir mirándolo. Terminando de comer, lame la cuchara y la mete en la bota de fieltro, se encasqueta la gorra, se levanta, coge las dos raciones de pan, la suya y la de Zesar, y se va. La salida es por la escalera de atrás. Allí hay dos más del servicio de comedor, que no tienen más trabajo que descorrer el cerrojo, dejar salir a los hombres y volver a cerrar.

Sujov sale con la tripa bien llena, orondo y satisfecho, y se decide, aunque no debe faltar mucho para el toque de queda, a hacer una rápida visita al letón. Sin detenerse a llevar el pan al barracón 9, se dirige a grandes pasos al barracón 7.

La luna está muy alta; parece recortada del cielo, pura y blanca. El cielo está muy despejado y las estrellas clarísimas. Pero Sujov no tiene ahora tiempo de mirar al cielo. Sólo de una cosa se da cuenta: el frío no cede. Algunos han oído decir a los civiles que el parte de la radío predice treinta grados para la noche y cuarenta para la mañana.

Se podía oír de muy lejos aquella noche; en alguna parte de la población roncaba un tractor, y más lejos, en la carretera, rechinaba una excavadora. En el campo se oía crujir todos los pasos de las botas de fieltro.

Ni un soplo de viento.

Sujov quería comprar cosecha casera, como otras veces, a rublo un vaso; aunque fuera, en la libertad, un vaso costaba tres rublos o más aún, según la especie. En el campo de trabajos forzados todo tenía precios especiales, que no podían compararse con los de fuera, ya que aquí nadie podía disponer de dinero, éste era muy raro y apenas tenía nadie. En este campo no pagaban por el trabajo ni un kopek. En Ust-Ishma, al menos Sujov recibía treinta rublos al mes. Si a uno le enviaban dinero sus parientes, no se lo entregaban, sino que era ingresado en una cuenta personal. Con ésta, una vez al mes, se podía comprar algo en el tenderete: jabón, galletas mohosas, cigarrillos marca «Prima». Te gustara o no la mercancía entregada, tenías que

aceptar el pedido hecho al jefe. Si no lo querías, como el dinero ya estaba restado de la cuenta, lo perdías de todos modos.

Sujov sólo por medio de trabajos auxiliares conseguía dinero. Coser zapatillas con los trapos entregados, dos rublos; remendar chaleco, pago a acordar.

El barracón 7 no es como el 9, que está dividido en dos mitades. En el 7 hay un largo corredor, al que dan diez puertas; una brigada en cada habitación, hacinada en siete yacijas de cuatro plazas. Bien, y además una cabina como letrina y la cabina del más viejo. Sí, y también los artistas habitan en una cabina.

Sujov entró en la habitación donde le había citado el letón. Estaba echado en la yacija inferior, con las piernas levantadas, sobre el larguero, y conversando con su vecino en letón.

Sujov se sentó a su lado. Buenas noches, pues. Buenas, pero el otro no baja las piernas. La habitación era pequeña, de modo que todos se enterarían de quién había venido y por qué. Esto ambos lo comprendieron, y por ello Sujov se limitaba a estarse sentado, vacilando: ¿qué?, ¿cómo va? Vamos tirando. Hace frío hoy. Sí. Sujov esperó a que los otros reanudaran la conversación que sostenían antes (discutían acerca de la guerra de Corea: si entraban los chinos, si habría guerra mundial o no), y luego se inclinó hacia el letón:

–¿Tienes de tu cosecha?

–Tengo.

–A ver.

El letón bajó las piernas al pasillo, se apoyó. Este letón era un tacaño; había que ver cómo llenaba el vaso… siempre con miedo de echar para un cigarrillo de más.

Mostró a Sujov la bolsa del tabaco, la abrió cuidadosamente.

Sujov tomó una pulgarada en la palma de la mano. Sí, era el mismo de la última vez, negro y cortado de la misma manera. Alzó la mano hasta la nariz, olfateó… El mismo. Pero al letón le dijo:

–Parece que no es éste.

–¡Claro que es éste! ¡Es éste! – respondió el letón, furioso-. Nunca

tengo de otra clase, siempre es el mismo.

–Bueno, bueno -apaciguó Sujov-, relléneme un vasito; me voy a liar uno, y luego quizá tome otro más.

Dijo «relléneme» intencionadamente, puesto que el letón siempre medía con reserva.

El letón sacó de debajo de la almohada un segundo bolso, más redondo que el primero, y sacó su vasito del armario. El vasito era de plástico, pero Sujov lo había comprobado; cabía exactamente lo mismo que en un vaso de vidrio.

El letón vertió un poco.

–¡Apriétalo, aprieta! – le dijo Sujov, apretando él mismo el tabaco con el dedo.

–¡No necesitas decírmelo!

Iracundo, el letón le quitó el vaso y apretó el tabaco, aunque no tanto. Y siguió llenando.

Sujov desabotonó mientras tanto el chaleco, buscando en el enguatado el billetito, por medio del tacto. Con ambas manos lo fue recorriendo y moviendo hacia un pequeño agujero situado en una parte muy distinta, cosido sólo con dos pespuntes. Cuando corrió el billete hasta el agujero, rompió los hilos con las uñas, dobló el billete dos veces a lo largo (de todos modos, ya estaba arrugado en el sentido longitudinal) y lo sacó por el agujero. Dos rublos; un billete viejo que ya no crujía. En aquel momento aulló uno:

–¡Nuestro padrecito, el del bigote, ya os dará bien! ¡Este no se fía ni de su hermano, e iba a creeros a vosotros, infelices!

Lo bueno del campo de trabajos forzados era que uno podía desahogarse cuanto quisiera. En Ust-Ishma no tenías más que murmurar que fuera no había cerillas, y ya estabas arrestado o te aumentaban diez años la condena. Aquí, por el contrario, grita lo que quieras desde la yacija de arriba, y los soplones no se ocuparán de ti, puesto que el encargado del Ministerio del Interior rehusa darse por enterado.

Sólo que aquí no había demasiado tiempo para criticar.

–¡Eh, ya puedes llenar tranquilamente! – rezongó Sujov.

–Bueno, toma un poco más. El letón agregó una pizca encima. Sujov sacó su propio bolso para tabaco y vertió la hebra del vaso al bolso.

–En orden -dijo con decisión, pues no quería consumir tan pronto el ardientemente deseado cigarrillo-. Mide ya el segundo.

Después de haber discutido un poco más con el leton, vertió el segundo vaso, pagó sus dos rublos, se despidió del letón y se fue.

Una vez fuera, se echó a correr, para no descuidar el momento de la llegada de Zesar con su paquete.

Pero Zesar ya estaba en su yacija, ocupado con el contenido del paquete. Las cosas estaban esparcidas sobre la cama y el armarito, sólo que allí no daba la luz, interceptada por la litera de Sujov, de manera que estaba casi a oscuras.

Sujov metió la cabeza entre la yacija de Zesar y la del capitán y alargó a Zesar su ración de la noche.

–Su pan, Zesar Markovich.

No dijo: «¿Qué, lo ha recibido?»… Eso hubiera sido una indirecta referida al haber guardado sitio en la cola, por lo cual tenía derecho a una participación. El ya lo sabía. Mas, aún después de ocho años de trabajos forzados, no se había convertido en un glotón, y no lo sería nunca.

Pero no podía dominar a sus ojos. Sus ojos, los ojos de ave de rapiña de un preso de campo de concentración, ojearon las cosas de Zesar, distribuidas por la cama y el armario, y aunque los paquetes no habían sido desenvueltos todos y quedaba más de un cucurucho sin abrir, la rápida mirada y el olfato de Sujov le dijeron que Zesar había recibido un embutido, leche condensada, un gordo pescado ahumado, tocino, bizcocho de aroma intenso, otro tipo de pastel con olor distinto, azúcar en terrones como un kilo, y al parecer también mantequilla, cigarrillos, tabaco de pipa… e infinidad de cosas más.

Todo eso percibió en el breve momento de decir:

–Su pan, Zesar Marcovich.

Zesar, excitado, confuso como un borracho (todos estaban así cuando recibían un paquete), hizo un breve gesto:

–¡Quédatelo, Iván Denisovich!

La sopa y doscientos gramos de pan además: esto era una cena completa, y naturalmente también la parte completa de Sujov por el paquete de Zesar.

Y en seguida, como si hubiera funcionado un interruptor, Sujov dejó de esperar alguna de las cosas buenas que Zesar tenía extendidas. No hay nada peor que permitir a la tripa que se rebele, y sobre todo inútilmente.

Aquí había cuatrocientos gramos de pan, luego doscientos más y además los doscientos, como mínimo, cosidos en la colchoneta. Es bastante. Doscientos que se zampará ahora, mañana por la mañana conseguirá ciento cincuenta más, y los cuatrocientos se los llevará al trabajo… ¡Qué vida de sibarita! Los doscientos de la colchoneta, que reposan tranquilamente. Una suerte haber tenido la astucia de ocultar el pan en el colchón; precisamente se lo robaron del armario a uno de la brigada 75, y hubo un gran griterío.

¡Algunos creen que el destinatario de paquetes es una especie de vaca que ordeñar! Por eso, con la misma facilidad que lo recibe, lo pierde otra vez. El destinatario, naturalmente, se alegra si aún antes del reparto puede conseguir una escudilla extra de puré, y haría cualquier cosa por un cigarrillo de sobremesa. Al vigilante le das algo, al brigadier… ¿y por qué no al encargado del correo? Si quería, podía tener olvidado tu paquete una semana, antes de apuntarlo en la lista. Y el tipo del almacén, al que hay que entregar por la mañana, antes de diana, llevará Zesar su paquete en un saco (para que no le roben nada, para que no pispen los cacheadores, y porque al comandante del campo le da la gana), también hay que cebarlo, porque si no, él te roba poco a poco y más que los demás. ¡Todo el día encerrado con la comida de otros, el marrano, quién va a pedirle cuentas! ¿Y no vas a dar nada a Sujov por sus favores? ¿No habrá que dar algo al encargado de los baños para que te eche una toalla decente…, no

mucho, claro, pero algo de todos modos? Y el peluquero, para que te afeite con papel (eso quiere decir, para que limpie la navaja en un trozo de papel y no en tu rodilla desnuda). Que aquí, que allá, pero tres o cuatro cigarrillos siempre los pierdes. ¿Y a los de la guardia, para que te aparten tus cartas y no las extravíen? Al doctor tienes que darle algo, por si algún día quieres hacer marrón y tumbarte a la bartola sin salir del campo. Y al vecino que come contigo del mismo armarito, como el capitán con Zesar, algo ha de caerle, puesto que él te cuenta los bocados que te llevas a la boca; por muy cerdo que uno sea, siempre da algo.

Sea envidioso el que cree que siempre es el vecino quien tiene el bocado más grande. Mas Sujov conocía la vida y su estómago no ansiaba cosas pertenecientes a otros.

Entre tanto se había quitado las botas, subiendo a su litera y sacando el pedazo de hoja de sierra del guante; lo contempló y decidió buscar a la mañana siguiente una buena piedra de tamaño pequeño, para convertir la hoja de sierra en una cuchilla de zapatero. En unos cuatro días, si se aplicaba por la mañana y por la noche, podría hacer un cuchillo, con filo curvo bien cortante.

Pero antes que nada, y sobre todo antes de mañana, debía esconder el objeto. Lo escondería bajo un ensamblaje de las tablas que formaban su yacija. Como aún no había llegado el capitán, a quien le habría caído la porquería en la cara, Sujov levantó su pesada colchoneta, rellena de serrín, mas no de virutas, y puso manos a la obra.

Sus vecinos de arriba, Alioska el baptista y al otro lado del pasillo, en la yacija vecina, los inseparables estonianos, veían lo que estaba haciendo. Pero Sujov no tenía nada que temer de éstos.

Fetiukov atravesó el barracón, gimiendo, encorvado. Los labios manchados de sangre. De manera que habían vuelto a pegarle al ir a por las escudillas. Sin mirar a nadie y sin ocultar sus lágrimas, pasó frente a toda la brigada, trepó y se apelotonó sobre su colchoneta.

En realidad, inspiraba lástima. No resistirá hasta el término de su

condena. No sabe adaptarse.

Entonces apareció, de buen humor, el capitán, con la gamella llena de té especialmente preparado. En el barracón había dos barriles con té, pero aquello no era té ni nada. Templado, casi incoloro, una verdadera bazofia, y con el olor del barril, a podrido y a madera escaldada. Era el té para las simples bestias de carga. Mas, al parecer, Buinovski tenía té de verdad, que Zesar le había dado, puro al recipiente y en seguida al depósito de agua hirviendo. Contento, se acomodó bajo el armario.

–¡Por poco me quemo los dedos bajo el chorro! – fanfarroneó.

Ahí abajo, Zesar desenvolvía una hoja de papel, colocaba sobre ella esto y lo otro, y Sujov colocó su colchoneta en su lugar, para no seguir viendo y no ponerse de mal humor. Pero, una vez más, no podían prescindir de Sujov… Zesar se irguió en toda su altura y guiñó un ojo a Sujov:

–¡Denisovich! Oye…, dame diez días.

Eso quería decir: déjame tu navajita. Sujov tenía una, escondida también en la armadura de la yacija. Si doblas el dedo por la falange media, tienes una imagen aumentada de la navajita; pero vaya si cortaba, hasta pedazos de tocino de cinco dedos de grueso. Sujov la había hecho él mismo, como también el mango, y siempre la tenía afilada. Sacó la navaja de su escondrijo y se la dio a Zesar. Este asintió con la cabeza y desapareció otra vez hacia abajo.

También la navajita significaba ganancia adicional. Después de todo, la posesión de un cuchillo se castigaba con arresto. Y luego: déjanos tu cuchillito, para cortar embutido, pero tú te chuparás el dedo, eso sólo podía hacerlo uno que no tuviese conciencia humana de ninguna clase.

De manera que Zesar volvía a estar en deuda con Sujov ahora.

Después de haber ocultado el pan y arreglado el escondite del cuchillo, Sujov sacó su bolsa de tabaco. En seguida sacó una porción igual a la que había tomado prestada, y se la largó a los estonianos por encima del pasillo: muchas gracias.

El estoniano distendió los labios en una especie de sonrisa, murmuró algo a su hermano, y en seguida liaron un cigarrillo: a ver qué tal sabe el tabaco de Sujov.

¡No es peor que el vuestro; probadlo tranquilamente! A Sujov también le hubiera gustado probar, pero una especie de relojería en su interior le avisó de que ya no debía faltar mucho para el control. Aquélla era la hora en que podía presentarse de repente un guardián en el barracón. Para fumar había que salir al corredor, y Sujov se imaginaba que en su yacija no tendría tanto frío. En realidad, en el barracón no hacía calor ni por asomo, las mantas estaban escarchadas por dentro. Por la noche temblaban de frío, mas de momento aún parecía soportable.

Sujov no tenía nada que hacer, y comenzó a picar de la ración de doscientos gramos, escuchando a su pesar lo que hablaban entre sí el capitán y Zesar al tomar el té.

–¡Coma usted, capitán, coma sin cumplidos! Tome de este pescadito ahumado. Tome del embutido.

–Gracias; se lo acepto con gusto.

–¡Úntese esa rebanada con mantequilla! ¡Auténticos panecillos de Moscú!

–Casi resulta imposible creer que en alguna parte sigan haciéndose panecillos. ¿Sabe usted? Esta súbita abundancia me recuerda que, estando yo una vez casualmente en Arkangelsk…

Los doscientos hombres de su mitad de barracón hacían un ruido de mil demonios, mas a pesar de ello Sujov oyó que fuera golpeaban el carril. Luego Sujov notó algo más: en el barracón había entrado el vigilante Kurnossenki, un tipo bajito y sonrosado. Llevaba un papel en la mano, y de su conducta se deducía que no había venido para sorprender fumadores y llevarlos al control, sino que buscaba a alguien.

Kurnossenki leyó una vez más su billete y preguntó luego:

–¿Dónde está la ciento cuatro?

–Aquí -le respondieron.

Los estonianos ocultaron los cigarrillos y aventaron el humo.

–¿Dónde está el brigadier?

–¿Qué hay? – preguntó Tiurin desde su yacija sin darse mucha prisa a levantarse.

–¿Han redactado las declaraciones los interesados?

–¡Están escribiéndolas! – replicó Tiurin con firmeza.

–Ya debían estar entregadas.

–Mi gente no tiene mucha cultura; no resulta tan sencillo -se refería a Zesar y al capitán. Era un tío estupendo el brigadier; nunca se quedaba corto en las respuestas-. Ni pluma, ni tinta hay aquí.

–Debería haber.

–¡Todo lo robaron!

–¡Oye, brigadier, como sigas hablando demasiado, la tomaré también contigo! – dijo Kurnossenki, bonachón-. ¡Mañana por la mañana, antes de diana, las declaraciones habrán sido entregadas! ¡Y todos los objetos no permitidos, entregados en el depósito de propiedad personal! ¿Entendido?

–Entendido.

«¡El capitán tiene la suerte de cara!», pensó Sujov. Y el propio capitán no se da cuenta de nada, cuenta sus trolas de marino y come embutido.

–Bien, y ahora -dice entonces el guardián-

¿tenéis aquí a un Sch-311?

–Voy a mirar en la lista -dice el brigadier para camuflaje-. ¿Cómo puede uno recordar esos malditos números?

El brigadier demoraba el asunto, quería ahorrar a Buinovski al menos la noche, aplazando hasta el control.

–¿Está aquí un tal Buinovski?

–¿Cómo? ¡Presente! – asoma el capitán bajo la yacija de Sujov, bajo la manta.

El piojo vivo es siempre el primero en caer en el peine.

–¿Tú? Sí, cierto, Sch-trescientos once. Vamos.

–¿A… adonde?

–Ya lo sabes.

El capitán dio un profundo suspiro. Sin duda no le habría parecido tan duro salir con la escuadrilla de torpederos en una noche cerrada y tormentosa, como ser arrancado ahora a la apacible conversación para ir a parar al helado «bunker».

–¿Por cuántos días? – preguntó con voz quebrada.

–Diez. Vamos, no te duermas, vivo. El servicio de barracón gritó:

–¡Control! ¡Control! ¡Todos fuera!

De manera que el vigilante ya estaba en el barracón.

El capitán se volvió. ¿Se llevaría la chaqueta enguatada? Si lo hacía, se la arrancarían y no le dejarían más que el chaleco, de todos modos. Iría tal como estaba. Durante un instante, el capitán había alimentado la esperanza de que Volkovoi se olvidaría…, mas Volkovoi jamás olvidaba. Abandonó, pues, todos los preparativos; ni siquiera se metió la cajetilla de tabaco en el chaleco. Llevarla en la mano habría sido absurdo…, se la hubieran quitado en seguida al cachearle.

A pesar de ello, Zesar le pasó un par de cigarrillos cuando se ponía la gorra.

–Suerte, camarada.

El capitán hizo un gesto con la cabeza a la brigada 104 y siguió al guardián, desamparado.

Algunos le decían aún algo para sí como «¡Animo», o «¡Mala hierba nunca muere!»… ¿Qué podía decirse? Los de la ciento cuatro conocían el sótano, ellos mismos lo habían construido: paredes de piedra, suelo de cemento, ni sombra de ventana, y la pequeña estufa sólo se encendía para que fundiera el hielo de las paredes, con el resultado de que se formaba un charco de agua en el suelo. Tenías que dormir sobre la tabla pelada, de pan, te daban trescientos gramos al día, y sopa sólo los días tercero, sexto y noveno.

¡Diez días! Diez días de arresto ahí, arresto severo y cumplir hasta el último día… Eso significa arruinarse la salud para toda la vida. La TBC la tienes asegurada, y luego ya no sales de las enfermerías.

¡Mientras estés en el barracón, da gracias al Cielo y procura que no te enganchen!

–¡Vamos, fuera! ¡Voy a contar hasta tres! – bramó el veterano del barracón-. ¡Si alguno no ha salido para entonces, lo denuncio al ciudadano vigilante!

El veterano del barracón también era uno de esos marranos. Di tú mismo: por la noche lo encerraban en el barracón igual que a nosotros, y se comportaba como el amo de todo, sin temer a nadie. Por el contrario, todos le temían a él. Denunciaba a unos a los vigilantes, a otros les rompía la cara él mismo. Pasaba por ser inválido, porque en una pelea le arrancaron un dedo, pero tenía una jeta criminal. En efecto, era un criminal, pero junto con los demás artículos le condenaron por el 58, apartado 14, y así vino a parar al campo de concentración.

Eso ocurre en un abrir y cerrar de ojos: te apunta, te denuncia, ya te han colgado dos días de reclusión en el sótano, con trabajo.

Lentamente fueron dirigiéndose a la puerta, acumulándose en ella; los de las yacijas superiores se echaban abajo como osos y se hacinaban todos en la estrecha puerta.

Sujov, con el cigarrillo liado, que tanto ansiaba, en la mano, saltó rápidamente de la yacija, metió los pies en las botas y se disponía a marcharse, pero Zesar le inspiraba compasión. No es que quisiera ganar más a costa de Zesar, sino que le dolía de todo corazón. Zesar meditaba mucho acerca de sí mismo, pero no sabía nada de la vida: recibía un paquete, y se entretenía tranquilamente con él, en vez de llevarlo a toda prisa al almacén, antes del control. Y ahora ¿qué haría Zesar con su paquete? ¿Llevarse la gran bolsa consigo al control? ¡Ja, ja! Sería el hazmerreír de quinientos hombres. Si la dejaba aquí, darían cuenta de ella los primeros que volvieran del control. En Ust-Ishma, las costumbres eran aún más salvajes: a la vuelta del trabajo, la chusma de criminales se adelantaba corriendo, y cuando llegaban los últimos, sus armarios ya estaban saqueados a fondo.

Ahora Zesar recogía precipitadamente lo suyo, observó Sujov,

pero demasiado tarde. Se metió el embutido y el tocino bajo el chaleco, para salvar al menos aquello.

Sujov se sintió movido a compasión y le dijo rápidamente lo que había de hacerse:

–Quédate el último, Zesar Marcovitch; ocúltate en la oscuridad y permanece echado hasta el último momento. Cuando pase el guardián con el servicio de barracón registrando las yacijas y todos los rincones, te levantas. ¡Te haces el enfermo! Yo saldré el primero y volveré en seguida el primero. Así lo haremos…

Y desapareció.

Al principio Sujov tuvo que abrirse paso por la fuerza, protegiendo el cigarrillo en el hueco de la mano. En el corredor que dividía el barracón en dos mitades no adelantaba nadie, tipos listos, que se pegaban a las paredes; dos filas a la izquierda, dos filas a la derecha…, y en medio un estrecho pasadizo, suficiente para que pasara uno: Sal al frío si quieres ser tan idiota; nosotros aún nos quedaremos un ratito aquí. Todo el día al frío, y ahora, ¿diez minutos más helándonos? Nadie va a ser tan memo. ¡Revienta tú hoy, y yo mañana!

Por lo común, Sujov se apretaba contra la pared igual que todos. Mas ahora salió a largas zancadas bromeando encima:

–¿De qué os asustáis, tontainas? ¿No sabéis lo que es el frío siberiano? ¡Salid y calentaos al sol de los lobos! ¡Vamos, dame fuego, abuelo!

Se metió el cigarrillo en la boca al llegar al vestíbulo y salió a la escalera. «El sol de los lobos», así llamaban a la luna, por broma, en la región de Sujov.

¡Qué alta estaba ya! ¡Un poco más y llegaría a su cénit! El cielo estaba blanco, hasta un poco verdoso, y las estrellas cada una su fulgor. La nieve tenía un reverbero blanco, como también las paredes de los barracones… Las lámparas no podían competir en aquellas condiciones.

Ante el barracón de atrás se reunía una masa oscura; salían para

colocarse en formación. Ahí en frente también. Los gritos de barracón a barracón eran ahogados por el crujido de la nieve.

Ante la escalera, con el rostro vuelto hacia la puerta, había cinco hombres, y detrás de ellos otros tres. Sujov se colocó junto a éstos, en segunda fila. Con pan en el estómago y un cigarrillo entre los dientes, resultaba perfectamente soportable estar allí. Era bueno el tabaco, bien fuerte y aromático. El letón no le había engañado.

Poco a poco iban saliendo los demás; detrás de Sujov había ya dos o tres filas de a cinco. Entre los que estaban fuera cundía la rabia: ¿Qué esperan esos camellos para salir del corredor? Aquí nos estamos helando.

Ninguno de los presos veía nunca un reloj, ¿de qué les habría servido un reloj? El preso sólo necesitaba saber: ¿Cuánto falta para la diana? ¿Tardará mucho hasta la revista? ¿Hasta la hora de comer? ¿Hasta el toque de queda

Con todo, se decía que el control de la noche se efectúa siempre a las nueve. Sólo que nunca terminaba con el de las nueve, sino que se continuaba con dos o tres controles más. Antes de las diez no se conciliaba el sueño. Y a las cinco, según dicen, diana. No tenía nada de extraño que el moldavo se durmiese hoy antes de acabar la jornada. En un sitio caliente el preso se duerme en seguida. Por la noche se recupera el sueño atrasado durante la semana; si no los levantaban, en domingo barracones enteros estaban en sueños. Todos los hombres, sin excepción.

¡Ahora salían, por fin! ¡Bajaban la escalera dando tumbos!… ¡Sin duda el veterano y el guardián les pateaban el trasero! ¡Así había que hacerlo con aquellos bestias!

–¡Eh! – los recibieron algunos de las primeras filas-. ¿Os creéis muy listos, puercos? ¿Desnatando la mierda, no? ¡Si hubierais salido antes, ya estaríamos contados!

Echaron afuera a todo el barracón. Cuatrocientos hombres… Eso: había ochenta filas de a cinco. Los presos se pusieron en formación, delante en filas de cinco en fondo, pero lo de atrás no era más que una

manada de cerdos.

–¡Formen bien ahí detrás! – ladró el veterano del barracón ante la escalera.

¡A jorobarse todo el mundo! ¡Esos perros no quieren formar!

Apareció Zesar en la puerta, haciéndose el enfermo; tras él, dos hombres del servicio de la otra mitad del barracón, dos hombres de ésta y un enfermo del pie. Se colocaron formando la primera fila, de modo que Sujov se halló en la tercera. Zesar fue empujado hacia el final.

El guardián apareció en la escalera.

–¡En fila de a cinco! – gritó hacia atrás. Tenía buena garganta el tío.

–¡En fila de a cinco! – aulló el veterano del barracón. Este aún gritaba más.

¡No forman, mierda!…

Entonces el veterano bajó la escalera como un rayo, ¡y dale fuerte en los lomos! Sin embargo, se fijaba bien dónde dejaba caer los golpes. Sólo apuñeaba a los flojos.

Formaron. Volvió adelante. Y entonces empezaron, él y el guardián:

–¡ Primera!. ¡ Segunda! ¡ Tercera!…

Cada una de las filas nombradas ponía pies en polvorosa hacia el barracón. Por hoy habían terminado con el «jefe».

Es decir, habían terminado si no tenía lugar un segundo control. Esos piojos, cretinos, no sabían de cuentas ni lo que cualquier pastor: éste quizá no sepa leer ni escribir, pero cuando lleva su rebaño sabe al menos si están todos sus becerros. Esos de aquí jamás lo aprenderían.

El invierno pasado no había secaderos en este campo, todos dejaban su calzado en el barracón durante la noche, y así los secaban al segundo, al tercer y al cuarto control. No vestidos, sino sólo envueltos en las mantas. Este año habían construido secaderos, no para todos, pero cada dos días todas las brigadas podían dejar a secar las botas de fieltro durante toda la noche. Por esto el segundo control

tenía lugar dentro, llevando a los presos de una a otra mitad del barracón.

Sujov no entró el primero, mas no perdió de vista a los precedentes. Corrió a la yacija de Zesar y se sentó. Se quitó las botas de fieltro, se subió a la yacija cercana a la estufa y desde allí colocó sus botas sobre ésta. El que da primero, da dos veces. Y vuelta a la yacija de Zesar. Acuclillado, vigiló con un ojo que no robaran las cosas de Zesar, y con el otro sus botas de fieltro, para que no se las echaran abajo al asaltar la estufa.

–¡Eh! – tenía que gritar-. ¡Ese pelirrojo! ¿Quieres que te parta los morros con esta bota? ¡Deja las tuyas y no toques las ajenas!

Los presos, uno a uno, volvieron al barracón. En la brigada 20 gritaban:

–¡Entregad las botas!

En seguida los hacen salir con las botas del barracón, y luego cierran éste. Luego los otros vagan por ahí:

–¡Cuidado, vigilante! ¡Déjenos entrar!

Pero los vigilantes ya están en el barracón de la plana mayor, haciendo inventario según sus tablillas a ver si alguno se ha escapado o están todos. Entonces apareció Zesar en el pasillo entre las yacijas.

–¡Gracias, Iván Denisovich!

Sujov asintió con la cabeza y trepó hacia arriba rápido como una ardilla. Podría comerse los doscientos gramos, fumar un segundo cigarrillo o también dormir.

Sólo que la afortunada jornada había puesto de tan buen humor a Sujov, que ni siquiera tenía ganas de dormir.

Para Sujov era cosa sencilla acostarse: alzar de la colchoneta la manta de color pardo sucio, echarse en la colchoneta. Sujov no había dormido sobre sábanas al menos desde…, bien, debió de ser hacia el cuarenta y uno, cuando se lo llevaron de su casa; hasta le parecía curioso que las mujeres usaran sábanas, más trabajo para lavarlas. Colocando ahora la cabeza sobre la almohada rellena de virutas, las piernas cubiertas con el chaleco, la chaqueta sobre la manta y: ¡gracias

a Dios, un día menos!

Gracias por no hacerme dormir en el calabozo, aquí aún se puede soportar.

Sujov estaba echado con la cabeza hacia la ventana, y Alioska, separado de Sujov sólo por la tabla, en la yacija de al lado, y con la cabeza en la dirección opuesta, para que le llegara un poco de luz de la bombilla. Otra vez leía el Evangelio.

La bombilla no estaba demasiado lejos de ellos, se podía leer, e incluso coser a su luz.

Entonces Alioska oyó cómo Sujov alababa a Dios en voz alta, y se volvió.

–Su alma quiere rezar a Dios, Iván Denisovich. ¿Por qué no la deja usted, eh?

Sujov lanzó una mirada de soslayo a Alioska. Sus ojos brillaban como dos velas. Suspiró.

–Porque las oraciones son como peticiones, Alioska…, o no llegan a su destino, o «Rechazada la reclamación».

Ante el barracón de la plana mayor había unos pequeños buzones, en número de cuatro, precintados, que eran abiertos cada mes por un encargado. Muchos depositaban instancias en estos buzones. Esperaban y contaban los días: a ver si llegaba la respuesta al cabo de dos meses o sólo de uno. Pero no había respuesta, o si la había: «Rechazada la petición.»

–Porque ha rezado usted poco, Iván Denisovich, sin fervor, por eso no se cumplió su petición. ¡No hay que flaquear en la oración! Y si tiene usted fe y dice a esa montaña: ¡levántate y anda!, la montaña se echará a andar.

Sujov sonrió y se lió otro cigarrillo. El estoniano le dio fuego.

–No digas necedades, Alioska. Jamás he visto que las montañas anden. Pero ahí abajo, en el Cáucaso, tú y todo tu grupo de baptistas rezabais… ¿Se echó a andar algún monte?

Pobres tontos: rezaban a Dios, ¿a quién molestaban con eso? Todos en bloque fueron condenados a veinticinco años. Pues ahora lo

hacían así: veinticinco años a todo el mundo. Todos, sin excepción, por el mismo rasero.

–Pero nosotros no orábamos por esto, Denisovich -insistió Alioska. Se había acercado mucho a Sujov, con su Evangelio; casi se tocaban sus caras-. De todas las cosas perecederas y terrenales, sólo una nos autorizó a pedir Dios: «El pan nuestro de cada día, dánosle hoy.»

–¿La ración, pues? – preguntó Sujov.

Pero Alioska no se dejó confundir; sus miradas eran aún más insistentes que sus palabras, mientras daba tirones y caricias al brazo de Sujov.

–¡Ivan Denisovich! No hay que rezar para pedir que envíen un paquete, o por una cucharada más de sopa. ¡Lo que vale mucho para el hombre, ante Dios es vanidad! Hay que orar por los bienes espirituales, para que el Señor tu Dios elimine la escoria del mal de tu corazón…

–Escúchame. Nuestro pope de Polomnia…

–¡Deja en paz a tu pope! – rogó Alioska, frunciendo incluso la frente de disgusto.

–No, no, escúchame -Sujov se apoyó sobre un codo-. En Polomnia, nuestra parroquia, no hay persona más rica que el pope. Si uno encarga, por ejemplo, cubrir un tejado, le cobramos treinta y cinco rublos, pero al pope le cobramos cien, por mucho que se lamente. El, el pope de Polomnia, mantiene a tres mujeres en tres ciudades distintas, y vive con la cuarta y su familia. Y tiene dominado al obispo de la diócesis, de modo que cuando nuestro pope le da la mano siempre se lleva algo pegado. Y a todos los demás popes que envían los echa; no quiere partir con nadie…

–¿Por qué me hablas del pope? La Iglesia ortodoxa ha renegado del Evangelio. A ésos sí que no los encierran por disidentes.

Sujov fumó tranquilamente, viendo cómo se excitaba Alioska. Apartando el brazo y echándole una bocanada de humo a la cara, dijo:

–Alioska, yo no estoy contra Dios, ¿entiendes? Yo quiero creer en

Dios. Pero eso del paraíso y el infierno no me lo creo. ¿Queréis hacernos pasar por tontos, haciéndonos creer que más tarde vamos a parar al cielo o al infierno? Eso no me gusta.

Sujov se tumbó nuevamente de espaldas, arrojando la ceniza cuidadosamente en el espacio entre la yacija y la ventana, para no quemar las cosas del capitán. Se enfrascó en sus pensamientos, sin oír lo que Alioska profería en forma precipitada y confusa.

–Además -dijo finalmente-, que puedes rezar cuanto quieras, y no te quitarán nada de la condena. Desde la diana hasta el toque de queda, tienes que pasar por todo.

–¡Pero no es para eso que debes orar! – Alioska estaba horrorizado-. ¿De qué te sirve la libertad? ¡En la libertad, hasta el último resto de tu fe es ahogado por las zarzas! ¡Aquí tienes tiempo de pensar en tu alma! El apóstol San Pablo ha dicho: «¿Por qué lloráis y laceráis mi corazón? Pues estoy dispuesto a hacerme apresar, y también a morir por el nombre de Nuestro Señor Jesús.»

Sujov miró al techo en silencio. Ni él mismo sabía si deseaba realmente la libertad o no. Al principio la anhelaba mucho, y cada noche contaba los días que habían pasado y los que faltaban para el fin de su condena. Mas pronto se cansó de hacerlo; y luego se supo por rumores que no enviaban a los presos a casa, sino al destierro. ¡Sabía el diablo si la vida sería mejor para él en otra parte que allí!

Puesto en libertad, no tendría más que un solo deseo: ¡A casa!

Y a su casa no le dejarían volver…

Alioska no mentía, se percibía claramente en su voz y se leía en sus ojos: no le disgustaba estar preso en el campo…

–¿Lo ves, Alioska? – explicó Sujov-. Para ti la cosa es sencilla, por decirlo así: Jesucristo dispone que estés preso, y tú cumples condena en nombre de Jesucristo. Pero ¿y yo? ¿No será porque en el cuarenta y uno no estaban preparados para una guerra? ¿Fue culpa mía acaso?

–Parece que no hay segundo control… -murmuró Kilgas desde su yacija.

–Sí… -replicó Sujov-. Hay que marcar con piedra blanca el día que no hay dos controles. Bostezó.

–A dormir, pues.

Precisamente en este momento, en el silencioso y tranquilo barracón se oyó descorrer con estrépito el cerrojo de la puerta interior. Se precipitaron en el corredor los dos que habían ido a llevar las botas de fieltro, y gritaron:

–¡Segundo control!

A sus talones, el vigilante:

–¡Todos a la otra mitad!

¡El que hubiese empezado a dormir! Gruñeron, se levantaron, metieron los pies en las botas. Nadie se quitaba los pantalones enguatados: sin ellos no se hubiera podido dormir bajo la deshilachada manta, a menos de quedarse helado.

–¡Malditos cerdos! – barbotó Sujov. Pero en realidad no estaba muy furioso, puesto que todavía no había conciliado el sueño.

Zesar alzó la mano y dio a Sujov dos bollos, dos terrones de azúcar y una rodaja de embutido.

–Gracias, Zesar Markovich -Sujov se inclinó sobre el pasillo-. Para mayor precaución, suba su saco aquí.

Estando arriba no sería fácil que alguno arrebatara algo al pasar, y ¿a quién se le ocurriría buscar en la yacija de Sujov? Zesar alargó a Sujov el saco blanco, atado. El lo ocultó bajo la colchoneta y esperó a que saliera más gente, para no estarse tanto rato con los pies desnudos en el corredor. Pero el guardián le dio un bufido:

–¡Vamos, tú, el del rincón!

Sujov bajó de un salto. Sus botas de fieltro con los trapos para los pies estaban tan bien sobre la estufa…, ¡sería una lástima quitarlas de allí! Tantas babuchas como había hecho, y siempre fueron para otros, y él no tenía. Pero ya estaba acostumbrado, y no duraba mucho.

Durante el día también robaban las zapatillas que encontraban.

Y en las brigadas que habían entregado sus botas de fieltro en los secaderos, los que poseían babuchas se alegraban ahora de no tener

que salir descalzos o con los pies envueltos en los trapos.

–¡Vamos! ¡Vamos! – tronó el guardián.

–¿Estáis dormidos, carroña? – agregó furioso el veterano.

Empujaron a todos a la otra parte del barracón, y a los últimos hasta el corredor. Sujov se arrimó al muro vecino a las letrinas. El suelo estaba algo húmedo bajo los pies, y llegaba por abajo una corriente helada del vestíbulo.

Una vez estuvieron todos fuera, los vigilantes y el veterano pasaron a ver si no permanecía alguno oculto o dormido en la oscuridad. Pues si faltan en la cuenta, mierda; y si sobran, mierda también: otro control más. Ahora terminaba y aparecieron en la puerta.

–Uno, dos, tres, cuatro…

Los hicieron pasar rápidamente, de uno en uno. Sujov se apretujó con el número dieciocho y corrió hacia su yacija, apoyó el pie en el larguero y ¡zas! ya estaba acostado.

Así. Los pies metidos otra vez en el chaleco, la manta encima, sobre ella la chaqueta, y ¡a dormir! Ahora traerán a todos los de enfrente a nuestra mitad del barracón, pero eso no va a preocuparnos. Zesar volvió y Sujov le bajó su saco.

Apareció Alioska, una calamidad de hombre, servicial con todos, pero incapaz de procurarse una ganancia extra.

–¡Toma, Alioska! – Le dio un bollo. Alioska sonrió.

–¡Gracias! ¡Pero si usted mismo no tiene…!

–¡¡Come!!

Yo no tengo, cierto…, pero siempre nos arreglamos de algún modo.

¡Y ahora, la rodaja de embutido a la boca! ¡Morderla! ¡Masticarla! ¡Sabor de carne! ¡Y verdadero jugo de carne! Ya lo tenía en la tripa.

Se acabó el embutido.

El resto, decidió Sujov, para mañana antes de diana. Se cubrió la cabeza con la manta, aquella manta deshilachada y sucia, sin oír ya cómo se llenaban los pasillos entre las yacijas de presos procedentes

del otro lado, para el control.

Sujov se durmió completamente satisfecho. El día de hoy había sido un éxito para él: Escapó al arresto, su brigada no fue enviada a la «Sozkolonie», a mediodía se agenció una ración extra, no le cogieron la hoja de sierra en el cacheo, ganó algo con los servicios prestados a Zesar, y compró tabaco. Y no se puso enfermo; se había recuperado.

Pasó el día, sin que nada lo ensombreciese, casi felizmente. Desde diana hasta el toque de queda, asi eran los dias de su condena, en numero de tres mil seiscientos cincuenta y tres.

Tres días de más: por los años bisiestos…

This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
04/08/2008
LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/